Caras y Caretas

LA PROYECTADA JIRA DE ALVEAR





ELPIDIO. — Alvear se va.




— Guárdeme usted el secreto: Alvear se va.




— ¿Sabe usted la gran noticia? Alvear se va.

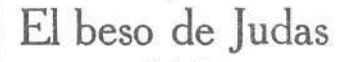


TODOS. — ¡Alvear se va! ¡Alvear se va!





DON HIPOLITO. — ¿Y a dónde se va?
ELPIDIO.



El beso de Judas

POR

E. Phillips Oppenheim



En la noche de mi regreso de la Riviera, después de unos tres meses de descanso, me encontraba en el salón del Hotel Marridge cuando se me acercó un hombre de mediana edad y de dudosa apariencia, que estaba sentado solo en uno de los rincones. Pasaron unos segundos antes de que pudiera reconocerle, pero en ese lapso cruzaron por mi mente un sinnúmero de desagradables recuerdos.

— ¿Usted no se habrá olvidado de mí, de nuestros partidos de golf en Woiking, sir Norman? — me preguntó.

Al momento recordé quien era.

— El señor Stanfield, ¿no es cierto? No, no me he olvidado.

Yo había llegado unos minutos antes de la cita para una cena, y acepté la invitación de un cocktail de mi conocido del golf.

— Fué cosa extraordinaria la interrupción de nuestro primer partido de golf — recordó él. — Nunca volví a interesarme por mi casita después. La dejé antes de que terminara el año.

— Así me dijeron. ¿Tiene usted aún aquel modelo de domésticos? — le pregunté.

— Me dejó poco después — contestó él con pesadumbre. — ¿No tuvo usted suerte en sus investigaciones, sir Norman?

— Ninguna completamente — confesé yo. — Sin embargo, no desespero. Siempre tengo el presentimiento de que un día u otro resolveré aquel misterio.

El mozo trajo los cocktails y alzamos las copas.

— Entonces, a la salud de ese día — dijo mi compañero.

— Que así sea — agregué yo sinceramente.

Luego hablamos durante un momento de otros asuntos.

Aquella noche había en el restaurante varios grupos de invitados y hermosas damas estaban ya reunidas con sus respectivas parejas. Una en particular atrajo mi atención. Saludó a mi compañero al pasar y fué a reunirse con un grupo al final del salón. Lo último que noté en ella fué una hermosa sarta de perlas.

— ¿La conoce usted? — pregunté a mi compañero.

— Es una viuda sudamericana; su nombre es De Mendoza.

— ¿La conoce?

— Mi habitación está en el mismo piso de su departamento. Algunas veces es lo bastante amable para recordar nuestros casuales encuentros en el ascensor.

Mis amigos llegaron y me despedí de mi conocido de ocasión. De una forma u otra, aquel encuentro fué seguido de una impresión desagradable. Había llevado mis pensamientos al humillante recuerdo del hecho que el asesino de Richard Ladbrooke quedaba aun sin descubrir, y que el hombre que se hizo llamar Pugley había escapado bajo nuestros propios ojos, sin que jamás se volviera a saber de él. Entre mis compañeros de cena había un oficial del Ministerio de Guerra, y nuestra conversación versó sobre cuestiones de orden social.

— Como sus relaciones con la Scotland Yard ya han dejado de existir, sir Norman — me dijo, — no tendrá usted razones para incomodarse por lo que se dice. La epidemia de crímenes que tuvimos hace dos años parece haberse reproducido exactamente con los mismos resultados. Hay cuatro crímenes sin aclarar y cinco grandes robos a la cuenta de su antiguo departamento. La gente cree que la persona que está a la cabeza de todo eso es el mismo que cometió todos aquellos robos de hace diez y ocho meses y que al escapar del arresto mató al inspector de policía.

Fingí poca atención a la conversación, pero lo cierto es que me interesó considerablemente. Si la persona que había escondido su identidad bajo e



nombre de Pugley, pero quien yo sospechaba fuera el conocido Michael Sayers, se había entregado nuevamente a sus fechorías, la vida tendría un nuevo interés para mí durante los próximos meses.

Nuestra reunión esa noche era de seis personas: un célebre criminalista y su esposa, mi amigo del Ministerio de Guerra con su esposa y cuñada, y yo.

— Usted estuvo oportuno al dejar Scotland Yard cuando su reputación estaba bien sentada, sir Norman — dijo el criminalista. — El crimen se presenta ahora en una nueva era, y la lucha no es como la de otro tiempo. Ya no es la clase baja la que se ocupa de cometer robos y crímenes; hábiles e inteligentes científicos han tomado su lugar. El criminal de hoy, en nueve casos sobre diez, es de mayor capacidad mental que el detective que se le opone.

— La lucha debería ser, por lo mismo, más interesante — observé yo vagamente.

Era mi intento que mi interés por la profesión fuera notado lo menos posible, y por un tiempo hablé de diferentes asuntos con la dama que tenía a mi lado. Admirábamos la hermosa ristra de perlas de la señora De Mendoza, cuando el criminalista intervino en nuestra conversación.

— Son las mujeres como esa — comentó él — las que eligiendo joyas de fabuloso valor para decorar sus cuerpos, incitan al crimen. Yo diría que ese collar vale unas ochenta mil libras. ¡Qué atracción para el ladrón científico! Si realmente es cierto que Pugley está de nuevo en actividad... ¡qué oportunidad!

— Posiblemente las joyas estarán la mayor parte del tiempo en la caja de hierro — insinué yo. — No creo que ella las saque del hotel.

———

Antes de retirarme a mi habitación, y siendo el último que quedaba en el gran hall del hotel, me acerqué al portero, un antiguo conocido mío. Mientras charlaba con él entró precipitadamente un hombre y se dirigió al despacho. Al verme se detuvo un momento, indeciso; después se vino a mí.

— Discúlpeme, ¿pero no es usted sir Norman Gray? — me preguntó.

Yo hice un movimiento de asentimiento.

— ¿Me permitiría cinco minutos para hablarle de un asunto urgente de negocios?

Sacó una tarjeta y me la entregó. Al tiempo de dirigirme a uno de los sillones leí la tarjeta:

Mr. Stanley Delchester

y debajo el nombre de una famosa compañía de seguros.

— Hace muchos años, sir Norman, cuando usted pertenecía a Scotland Yard, usted salvó a nuestra compañía de una gran pérdida en el asunto de la esmeralda de Hatton Garden.

— Lo recuerdo bastante bien.

— Sabemos que usted ha renunciado al servicio, pero esperamos que se sentirá inclinado a aceptar una pequeña comisión. Inesperadamente nuestro jefe llegó a saber que usted se encontraba aquí, y me envió para entrevistarlo. Está parando en este hotel una señora De Mendoza, la reputada viuda de un comerciante de Buenos Aires, afortunada poseedora de un magnífico collar de perlas que ha asegurado en nuestra casa por cien mil libras. Al aceptar la póliza cometimos un grave error, el cual reconocimos poco después. Nada sabemos de la dama, y en esas circunstancias es en contra de nuestros intereses aceptar el riesgo. Sin embargo, hemos hecho todo lo posible para protegernos. Desde que la póliza fué emitida nos hemos mantenido en contacto con la dama y con el detective del hotel, pero éste nos ha avisado hoy que por encontrarse enfermo ha tenido que retirarse a su casa y que por esta noche el sereno tomará su lugar. La póliza caduca dentro de una semana y de ningún modo será renovada. Queremos saber si, por la suma que usted guste fijar, se haría cargo de la vigilancia del collar durante esa semana.

— ¿Han tenido ustedes alguna noticia de ladrones operando en la vecindad? — le pregunté.

— No, pero le seré franco. Nuestro departamento de averiguaciones ha formado una dudosa opinión de la señora De Mendoza.

— Comprendo. Temen que se simule un robo.

— ¡Precisamente! Al momento de recibir la carta del detective nos pusimos en comunicación con el gerente del hotel. Todo lo que pudimos saber es que la enfermedad del detective fué completamente inesperada y que el hombre se retiró a su casa sin avisar con la debida anticipación. Le insinuamos al gerente la necesidad de un hábil detective, lo que él no consideró necesario, manifestando que jamás se había cometido un robo de joyas en este hotel y que consideraba al portero completamente competente para vigilar los intereses de los pasajeros...

Por un momento consideré el asunto.

— Sir William Greaves, nuestro gerente, me ha pedido que le proponga una retribución de dos mil libras — continuó mi visitante.

— Acepto — respondí.

———

A la mañana siguiente me entrevisté con el gerente del hotel, de quien era antiguo conocido. Mostró cierta irritación cuando le hablé del collar de la señora De Mendoza.

— Para ser franco con usted — me confesó — aunque la señora es una buena clienta y paga sus cuentas con regularidad, lamento ahora haberle dado alojamiento.

— ¿Por qué? — le pregunté.

— La gente con joyas valiosas debiera tener más cautela — respondió él. — Este es el último hotel en Londres donde podría cometerse un robo de joyas. Yo sé que la misma dama toma las mayores precauciones y cada noche lo deposita en la caja del hotel. Sin embargo, puede tener la seguridad, sir Norman, de que se le darán todas las facilidades en su tarea. Yo le propondría que usted hiciera una visita a la dama.

La idea ya se me había ocurrido, y más tarde, en el mismo día, envié mi tarjeta a la señora De Mendoza, y al momento fuí invitado a pasar a su salita. La encontré escribiendo cartas, vestida con un simple *négligée* y llevando las perlas. Escuchó las pocas palabras con que me presenté yo mismo, y sonrió de un modo suplicante.

— He sido siempre muy tonta — dijo, — muy supersticiosa. He poseído el collar por varios años y lo he llevado en sitios poco frecuentados, y sin embargo nunca he sentido tanta aprensión como siento en estos días.

— Es ciertamente raro — respondí yo. — La servidumbre de este hotel está elegida más cuidadosamente que en cualquier otro hotel de Londres, y los pasajeros son, en su mayor parte, clientes antiguos.

— Aprensiones como las mías — dijo ella — no se basan en la razón. Sin embargo, confieso que me encuentro mucho más tranquila ahora que la compañía de seguros cuenta con sus servicios. ¿Le gustaría examinar las perlas?

Se acercó a mí y me puso el collar en las manos. Las perlas hacían un juego maravilloso, todas de un tamaño considerable y de un oriente perfecto.

— Dígame cómo se propone guardar mi tesoro, sir Norman — dijo ella con una tierna sonrisa cuando le devolví el collar. — ¿Se disfrazará de mozo para servirme en el comedor y dormirá a la puerta de mi departamento?



— Créame — le aseguré — que de ningún modo le seré incómodo. ¿Por la noche usted envía las perlas a la caja del hotel?

— Siempre lo he hecho — contestó ella. — ¿Le parece que sería mejor que las guardara aquí? ¿Me promete sentarse en este sillón toda la noche con un revólver en sus rodillas, si lo hago así?

— Por nada del mundo. La caja del hotel es el lugar más seguro.

— Me agrada oir su opinión — dijo ella con una suave sonrisa. — Dormiría muy poco si supiera que las perlas estaban cerca de mí... y que usted estaba sentado aquí, de guardia.

— Depositándolo en la caja creo que puede estar usted tranquila con respecto al collar. Si me necesitara para algo en cualquier momento, el número de mi habitación es cuatrocientos treinta y dos.

— ¿En este piso?

— En este piso.

— Dígame — preguntó ella un poco precipitada al levantarse para acompañarme, — ¿quién es esa persona con quien usted hablaba anoche en el salón? Siempre lo encuentro en el ascensor.

— Es una persona de quien sé muy poco. Creo que su nombre es Stanfield. Una vez jugué al golf con él en Working.

— ¿Stanfield? — repitió ella. — ¿No fué en su propiedad, cerca de Working, donde una vez se cometió un crimen... un policía fué encontrado muerto?

— Yo estaba jugando con él cuando sucedió eso — le afirmé.

— ¿Y el asesino nunca fué descubierto?

— ¡Nunca!

— Me extraña que usted no se interesara en el caso — observó ella.

— Sí, lo hice — le dije.

Ella hizo un pequeño gesto, y repuso:

— Mis temores por mi collar vuelven a despertarse. Seguramente que debía haber sido un asunto sencillo para una persona lista como usted, de quien se decía que era un habilísimo detective, descubrir el criminal.

— Está fuera de mi alcance el entregarlo a la justicia — repliqué yo. — Hoy hay muchos criminales paseándose por las calles, de cuyas culpabilidades la policía está bien segura, pero, sin embargo, no puede detenerlos por carecer de evidencias.

— ¡Qué extraño! — murmuró ella. — ¿Me invitará a cenar alguna noche para contarme algunas de sus aventuras?

— Estaría encantado — le contesté — si usted me concediera su compañía esta noche.

A las ocho en punto la señora De Mendoza entró en el salón. Su llegada causó una ligera sensación. Stanfield, que estaba en su rincón de costumbre tomando un cocktail, observó con sorpresa nuestro encuentro y entrada en el comedor.

— Ese hombre que me mira tanto está allí otra vez... Stanfield, ¿no dijo usted que se llamaba? — observó ella al tomar nuestro asiento.

— Seguramente que le sorprendió vernos juntos. La noche que llegué le pregunté quién era usted.

— ¿Por qué?

— Por la misma razón que muchos otros hacen igual pregunta.

Ella me miró con expresivo gesto.

— Usted está determinado a no hacerme la corte esta noche, y eso que me he puesto mi vestido favorito.

— Admiro su gusto — le aseguré.

— ¿Nada más?

— Es usted la más elegante y hermosa dama que está en este salón.

— Demasiado impersonal — lamentó ella.

La conversación tornó al asunto del collar. Me dijo que las perlas habían sido coleccionadas por su esposo entre la India, la Polinesia, París y Río. Habló de él con bastante franqueza, diciéndome que había sido un acaudalado comerciente en frutas.

Contestó a todas mis preguntas con reserva, y empecé a creer que me había equivocado con respecto a ella.

La música seducía, y después de la cena bailamos varias piezas; demostró luego ciertos signos de nerviosidad y me llevó aparte con una sonrisa disculpadora.

— No me encuentro bien — me confesó; — esta noche me han atacado los nervios. Voy a retirarme temprano. ¿Tiene inconveniente?

— Ninguno — le dije. — Permítame que la acompañe al ascensor.

— Le voy a rogar que haga algo más que eso — dijo cuando salíamos del salón. — Le voy a rogar que venga a mi sala y acompañe a la doncella hasta el despacho cuando lleve el collar. Y como recompensa, si quiere volver, tomará un whisky y soda conmigo.

Cuando llegamos a su lujoso departamento ella me señaló el diario y una silla.

— Le ruego que me espere unos cinco minutos — me dijo. — Voy a pedirle a Annette que me ayude a cambiarme y después le daré el estuche para que lo busque a usted.

Hizo una pequeña reverencia y desapareció. Por un momento la seguí con la mirada. La puerta quedó un poco abierta. Después la oí llamando a la doncella en las habitaciones interiores.

Una extraña impresión predominó en mi mente por aquellos pocos segundos. Estoy convencido de que obré por impulso. Cerré la puerta de la sala y abrí la que daba al corredor. No se veía un alma, y me pareció que no todas las luces estaban encendidas. Quedé allí, con los nervios en tensión. Mi atención estaba concentrada en esperar el regreso de la señora De Mendoza y en que se abriera alguna de sus puertas. De pronto lo que yo esperaba sucedió. La puerta del dormitorio, en línea con en la que yo estaba escuchando, se abrió. Miré por la rendija, y Annette, la doncella, cruzó el umbral. Quedó escuchando por un momento y después dobló hacia la izquierda en dirección del ascensor y la escalera. En un par de silenciosos saltos yo también llegué hasta la esquina, y aceché sus movimientos. Me sorprendió que en vez de pararse frente al ascensor doblase hacia la escalera. La seguí. Al llegar al último ángulo las luces se apagaron repentinamente. Se sintió un grito de estupor seguido de un cuerpo pesado cayendo sobre la alfombra. En un segundo o dos me encontré en el lugar. Vagamente pude ver a Annette tendida en el suelo respirando dificultosamente, aparentemente casi sin conocimiento.

Nada hice en el momento para dar la alarma. Me incliné sobre la muchacha para asegurarme que no estaba fingiendo... que realmente había sido tratada con violencia. De repente se abrió una de las puertas inmediatas y apareció una figura que dejó un par de zapatos sobre la alfombra. Supongo que yo era visible en la semiobscuridad, pues aquel hombre se dirigió hacia mí.

— ¡Hola! ¿Qué hay? — exclamó.

Saqué mi antorcha eléctrica y lo enfoqué. Era mi amigo Stanfield en pijama, con un cigarrillo entre los labios y calzando cómodas zapatillas.

— ¿Qué diablos está haciendo ahí? — me preguntó. — ¿Y quién apagó las luces?

— Mejor que las encienda y verá — respondí yo. — Hay una llave al lado de su puerta.

La encontró después de unos segundos de andar a tientas, y nos miró con sorpresa. La doncella, con una mano en la garganta, se había repuesto lo bastante para sentarse, recostándose contra la pared, cadavéricamente pálida y gimiendo.

— *¡Un robo! — exclamó Stanfield asombrado.*

— Toque su timbre — le dije.

Desapareció en su habitación por un momento, dejando la puerta abierta. En seguida reapareció.

— He tocado los tres timbres — me dijo.

— Entonces deben estar cortados los hilos, porque no han sonado — le contesté señalando el registro que no se había movido. — Vaya al ascensor y procure llamar a alguien.

Nos dejó por un minuto. Yo me acerqué a la doncella que empezaba a llorar.

— ¿No vió quién la atacó? — le pregunté.

— No — sollozó ella. — Las luces se apagaron de pronto y alguien vino por detrás.

— ¿Por qué no me esperó para que la acompañara en el ascensor?

Ella me miró sorprendida.

— Nunca uso el ascensor — me respondió.

— ¿Por qué no?

— Fred, el camarero del segundo piso, siempre me espera abajo — explicó ella con repugnancia.

— Comprendo. ¿Pero no le dijo su señora que me esperara para acompañarla?

La pregunta la sorprendió.

— La señora sólo me dijo que me apurara a bajar.

El silencio en el corredor fué interrumpido. Stanfield reapareció seguido de un ejército de sirvientes y del gerente.

— Haga retirar a todos excepto dos hombres en quienes pueda confiar — le dije a éste. — El collar de la señora De Mendoza ha sido robado.

Hubo un murmullo de consternación y excitación. El gerente eligió a dos y despachó el resto, colocando a uno al lado del ascensor y el otro en la escalera. En pocas palabras le expliqué lo que había sucedido.

— ¿Cree usted que el ladrón se ha escapado? — me preguntó.

— No puedo decir. Necesito saber quien ocupa esas tres habitaciones.

— La última la ocupa el señor Stanfield — dijo mirando los números; — las otras dos están desocupadas.

— ¿Está seguro que esa está desocupada? — le pregunté señalando a la que estaba frente a nosotros.

— Ciertamente — fué la respuesta confidencial, — tome las llaves y asegúrese.

Estuve a punto de hacerlo, a no ser por que apareció la señora De Mendoza profundamente excitada.

— ¡Mi collar! — exclamó — ¡No me diga que ha desaparecido!

— Señora — empezó el gerente, — lamento...

— ¿Qué estaba usted haciendo entonces? — preguntó dándose vuelta hacia mí. — ¿Quiere decir que fué robado mientras Annette iba con usted?

— Annette no salió conmigo — repuse yo. — Salió de su dormitorio sin pasar por la sala.

— ¿Es cierto, Annette? — le preguntó ella.

— ¿Por qué no, señora? Usted no me dijo que pasara por la sala y no sabía que el señor me tenía que acompañar.

— Esa muchacha está mintiendo — declaró la señora De Mendoza enfurecida.

— Lo que debemos hacer por ahora es tratar de recuperar el collar. Necesito que todos se retiren, excepto usted — agregué dirigiéndome al gerente.

Los pocos días que siguieron fué un continuo e irritante reclamar de la señora De Mendoza a la compañía de seguros. Nada pudimos hacer para evitar que los diarios se enterasen de la desaparición del collar, y el tema se había hecho general. El sexto día después del robo le propuse a Stanfield jugar una partida de golf en Working, a lo que él accedió gustoso. Almorzamos en el restaurante del club y, como en la anterior ocasión, jugamos una interesante y reñida partida. Fué al terminar la partida cuando tuve uno de esos inesperados momentos de inspiración que han marcado los éxitos de mi vida. Habíamos hablado de aquella triste tragedia que interrumpió nuestra primera partida, y me acordé del pobre Ladbrooke tendido en el suelo con un agujero de bala en la frente.

Mi compañero y yo nos dirigimos hacia el edificio del club.

— ¿Un whisky y soda? — le propuse yo.

— Voy a cambiarme los zapatos primero — contestó volviéndose hacia las habitaciones.

Después de beber mi whisky y pagar la cuenta fuí en busca de Stanfield. Podía haberme evitado el trabajo. El y el taxi habían desaparecido. Tuve que esperar a que me mandaran otro auto, y regresé solo a Londres.

Al llegar al hotel me encontré con los repre-

sentantes de la compañía de seguros que me esperaban, y se me informó que la señora De Mendoza estaba en su departamento. Acompañado del gerente de la compañía nos dirigimos hacia allí. Creo que ella estaba bien preparada para lo que esperaba o, mejor dicho, para parte de ello. Nos recibió con un poco de impaciencia.

— He estado todo el día esperando saber algo de ustedes — dijo ella, dirigiéndose a Delchester.— Mi joyero, que hizo la avaluación de las perlas, y mi abogado me han ayudado a hacer la reclamación. Deseo saber cuando puedo esperar su cheque.

— Permítame decirle, señora, que no será necesario — dijo el gerente adelantándose. — Aquí está su collar.

Le entregó el collar. Ella lo miró con estupor. No había señas de alegría en su cara. Pareció más bien, por el momento, consternada.



— ¿Cuándo lo encontraron ? — preguntó casi sin aliento.

— Como a las cuatro, en la mañana del robo — dije yo.

— ¿Pero en dónde?

— Si quiere venir conmigo — le respondí — se lo mostraré.

La conduje al lugar donde había caído Annette y abrí la puerta de la habitación más próxima. Noté como ella se sorprendió al ver la traba que había sido fijada asegurando la puerta de comunicación.

— Llegué a la conclusión—le expliqué — de que el robo había sido cometido por alguien que se había escondido en una de estas tres habitaciones, y también de que el collar estaría escondido en este lugar.

— ¿Cómo lo adivinó ?— preguntó ella.

— Porque el ladrón cometió una imprudencia. Mientras me encontraba al lado de Annette vi por un momento una luz a través del montante de esa puerta. Creo debo admitir, sin embargo — continué — que necesité cuatro horas para encontrar el collar.

— ¿Dónde lo encontró, entonces? — preguntó ella con curiosidad.

Levanté la alfombra y en una de las tablas del piso había un nudo. Con la ayuda del tirabuzón de mi cortaplumas lo saqué. Entonces hice que Delchester metiera un dedo por el agujero. En la parte interior había un gancho asegurado a las tablas.

— El collar estaba colgando de ese gancho — les dije. — Me imaginé que más tarde sería retirado por alguien que deliberadamente ocuparía la habitación. En realidad la habitación había sido pedida para la primera semana de julio.

— ¿Por quién? — preguntó ella.

— Por el señor Stanfield — le respondí — Intentaba regresar en julio, y parece que prefería ocupar la misma habitación que tiene actualmente.

Siguió un corto silencio. Delchester me tendió una mano.

— Le quedamos sumamente agradecidos, sir Norman. Nuestro seguro, como usted sabe, expiró hoy al medio día, y no es necesario decirle que no será renovado. Les deseo buenas tardes.

Se retiró. El gerente apeló a mí.

— Sir Norman — dijo, — hay mucho en este asunto que es difícil comprender. Espero que no considerará necesaria la intervención de la policía.

Me volví hacia la señora De Mendoza.

— ¿Desea usted hacer la denuncia? — le pregunté.

— ¿Contra quién?

— Contra la persona que hemos conocido como Stanfield.

— ¿Ese hombre tan curioso que se sienta en el salón? He recuperado mi collar, que es todo lo que me interesa.

El gerente se retiró, mucho más satisfecho. La señora De Mendoza me rogó que la siguiera a su departamento.

— ¿Y el epílogo? — me preguntó una vez allí.

— Temo — respondí — que el epílogo tendrá que ser suspendido. Fué hoy, en el campo de golf de Working, cuando cierta escena de hace diez y ocho meses se reconstruyó en mi mente. Vi la explicación de un crimen sin motivo. Comprendí qué mano fué la que metió aquella bala en los sesos de Ladbrooke, y en beneficio de quién.

— Y sin embargo usted lo dejó escapar.

— Si me hubiera imaginado que le sería posible escapar, lo hubiera estrangulado antes.

— ¿Y qué hay de mí? — me preguntó. — Desde el momento en que supe que usted había salido solo con él, me imaginé lo que sucedería. Sin embargo no tuve miedo y le esperé.

Miré el collar y encogí los hombros.

— Es doloroso perder cien mil libras — le recordé — y según usted entendía, la partida no se había perdido. Ni un alma sabía en el hotel que el collar estaba en la caja del gerente; sin embargo, usted tuvo valor para quedarse hasta el fin, lo admito.

Ella se acercó a mí. Su mirada era insinuante y sentí el efecto.

— Cuando amo — dijo — tengo valor y mi cariño tiene todas las cualidades, salvo constancia. ¿Tiene miedo de mí, sir Norman, porque maté a un hombre quien?...

— Una confesión — murmuré.

Ella sonrió.

— Sin testigos — agregó. — Después de todo fué usted quien dijo que el asesinato es el más fácil de los crímenes. Lo que usted sabe y lo que yo sé nunca me llevará al presidio. ¿Me llevaría usted allí si pudiera, enemigo mío?

Me separé un poco de ella. Su aliento tocaba mi mejilla y sus labios habían tomado un movimiento invitador.

— La metería allí sin un momento de duda — respondí. — Usted mató un hombre a sangre fría para ocultar a un asesino y criminal. La mano de la justicia es lenta, especialmente donde la evidencia es escasa, pero al final agarra.

Ella rió desdeñosamente.

— Por lo menos seamos amigos hasta que pueda meterme en la celda. Lo maté con mi mano derecha.

Me tendió la mano izquierda. La tomé y la llevé a los labios.

— El beso de Judas — le recordé.

F I N

La Gran Serpiente Marina

por

H. C. Andersen

Este era un pececillo de buena familia: no recuerdo el nombre; pero eso te lo dirán los sabios. Tenía mil ochocientos hermanos, todos de la misma edad que él. No conocían a su padre ni a su madre; pues, desde luego, tuvieron que gobernárselas solos y nadar a donde quisieran; pero esto era muy divertido. Lo que es agua no les faltaba: todo el océano. Tampoco se tenían que preocupar en buscar que comer: ya vendría ello solo; y así cada uno siguió su capricho, dispuesto a tener su propia historia.

El sol llegaba hasta el fondo del agua y brillaba alrededor de ellos. Aquello era un mundo de seres extraordinarios: algunos terriblemente grandes, con bocas enormes, capaces de tragar a los mil ochocientos hermanos; pero ellos no pensaban en eso: es verdad que todavía no se habían tragado a ninguno.

Los hermanos nadaban en pelotón; unos junto a otros, como nadan las sardinas; pero cuando más entretenidos iban sin pensar en nada, vino de arriba a dar sobre ellos, con un ruido horroroso, una cosa larga y pesada que no tenía fin Lo que fuese se alargaba, se alargaba cada vez más, y los pescadillos a quienes pegaba al caer, quedaban medio atontados. Todos los pececillos y pescados, desde la superficie del agua hasta el fondo del mar, se hicieron a un lado llenos de miedo; aquella cosa pesada y violenta fué hundiéndose cada vez más, alargándose millas y millas al través del océano.

Peces y caracoles, cuanto nadaban, andaban o se dejaban llevar por la corriente, sintieron aquel golpe horroroso, aquella anguila desconocida y extraordinaria que de repente vino de arriba.

¿Qué era, pues, aquello? Nosotros lo sabemos; era el gran cable que los hombres tendían de Europa a América.

Donde quiera que cayó, aquello fué un pánico, una verdadera revolución entre aquellos pacíficos habitantes del mar. El pez volador saltó por encima del agua a toda la altura a que pudo llegar; pez hubo que saltó del agua como disparado; otros se tiraron de cabeza al fondo con tal violencia, que llegaron antes que allí hubieran visto el cable, asustando a los lenguados, que andaban tranquilamente por el fondo comiéndose a sus semejantes. Algunas langostas se salieron de su excelente armadura, y no faltó quien se dejara atrás una pata.

En aquella confusión y baraúnda se perdieron los mil ochocientos hermanos, no se volvieron a encontrar ni ya se reconocieron; sólo unos diez quedaron unidos, y después de pasarse dos horas sin atreverse, se les fué pasando el miedo y les entró la curiosidad.

Miraron a su alrededor, arriba, abajo, y allá en el fondo creyeron entrever al monstruo, espanto de grandes y chicos. Lo que fuese, se estendía cuanto la vista alcanzaba. Era bastante flaco, pero no sabían hasta qué punto podría hincharse ni cómo andaba de fuerzas. Estaba inmóvil, pero — pensaban ellos — podía ser una añagaza.

— Dejadlo donde está. ¡Qué nos importa! — dijo el más prudente de los pececillos; pero el más pequeño no se quiso quedar sin saber qué era aquello. Pues vino de arriba, arriba era el mejor sitio para enterarse. Y salieron nadando hacia la superficie. El mar estaba como un espejo.

Allí encontraron un delfín, que es un gimnasta, una especie de payaso que sabe dar volteretas sobre el mar. Debía haber visto algo y estar enterado. Le preguntaron, pero no se había ocupado más que de sí mismo y de sus volatines, y como no sabía qué decir, se calló, echándoselas de persona importante que no quiere contestar.

Después se dirigieron a una foca, que justamente iba a hundirse en el agua. Esta fué más política, a pesar de que come peces pequeños; pero aquel día estaba harta. Sabía algo más que el delfín.

— Yo he pasado muchas noches sobre una piedra mojada, cerca de tierra, a muchas leguas de aquí. Allí hay unos seres muy falsos, que en su lengua se llaman hombres. Andan siempre detrás de nos-

otros, pero las más de las veces nos escapamos de entre sus manos. Esto es lo que yo he entendido, y eso habrá hecho esa anguila por la que preguntáis. Habrá estado en su poder, tierra adentro, Dios sabe cuánto tiempo, y allí la habrán metido en algún barco para llevarla a algún país lejano. Yo vi el trabajo que les costó; pero sólo la pudierón sujetar cuando se encontraba extenuada de estar en tierra. La ponían en círculos concéntricos y oí el ruido que hacían al enrollarla, pero se les pudo escapar y aquí se vino. Ellos la sujetaban con todas sus fuerzas; todo se les volvía echar manos y manos, pero se escurrió y se fué al fondo. Allí estará, creo yo, hasta nueva orden.

— Está algo delgada — dijeron los pececillos.

— La han matado de hambre — respondió la foca — pero se restablecerá pronto, volviendo a su gordura y fuerza.

— Yo entiendo que es la gran serpiente marina que tanto temen los hombres y de la que hablan tanto. Yo antes nunca la había visto y no creía en ella; ahora sí, ahí la tenemos. Y la foca se fué al fondo.

— ¡Lo que sabe! ¡Cómo se explica! — dijeron los peces. — Yo nunca he sabido tanto... ¡Con tal que todo eso no sea mentira!

—Pedemos bajar y enterarnos — dijo el más pequeño. — Por el camino oiremos la opinión de los demás peces.

— No damos un golpe de cola por saber nada — respondieron los otros dando la vuelta.

— Pues yo allá me voy — dijo el pequeño, y puso rumbo al fondo. Pero estaba muy lejos del sitio donde cayó aquella cosa tan larga. El pececillo no hacía más que buscar por todas partes.

Nunca se había imaginado el mundo tan grande. Las sardinas nadaban en grandes masas y brillaban como barcas de plata. Pasaban pescados de todas formas, con dibujos de todos colores, y medusas como flores, casi transparentes, se dejaban llevar por el agua. En el fondo crecían hierbas altísimas y árboles de forma de palmera, con las hojas cubiertas de animales con cáscaras brillantes.

Al fin distinguió el pececillo, allá en el fondo, una línea negra y larga. Fué allí, pero no era ningún pez ni el cable; era el casco de un navío naufragado, partido en dos por la presión del agua. El pececillo entró nadando en la cámara. La corriente se había llevado todas las victimas menos dos: una mujer joven que aun estaba allí con un niño en brazos. El agua los levantaba, los mecía, parecían dormidos. El pececillo se llevó un susto atroz; ignoraba que ya no despertarían. Las algas y plantas marinas colgaban del techo sobre los hermosos cuerpos de la mujer y del niño. Todo estaba muy callado y solitario. El pececillo salió lo más aprisa que pudo al agua más clara, allí donde había luz y se veían otros peces. A poco se encontró un ballenato atrozmente grande.

— ¡No me comas! — le dijo. — Ya ves que no soy ni una golosina. Conmigo no tienes ni para un diente, tan pequeño soy, y para mí, vivir es un gran placer.

— ¿Qué haces tan abajo, a donde no vienen los de tu especie? — le preguntó el ballenato. Y el pececillo le enteró de aquella extraña anguila, o lo que fuese, que había caído de arriba, asustando hasta los más valientes del mar.

— ¡Hola! ¡Hola! — dijo el ballenato, tragándose tal buche de agua que tuvo que echarlo como una fuente cuando salió a respirar.

— ¡Hola! ¡Hola! Entonces eso fué lo que me hizo cosquillas en el lomo al dar una vuelta. Yo creí que sería algún mástil. Pero eso no pasó aquí; fué mucho más adentro. Voy a enterarme. Así como así no tengo otra cosa que hacer.

Y fué nadando hacia adelante y el pececillo lo siguió, no demasiado cerca, porque el ballenato dejaba detrás, en un largo trecho, una corriente horrorosa.

Toparon con un tiburón y un pez sierra muy viejo. Los dos habían oído hablar algo de aquella anguila extraordinaria, tan larga y tan delgada; como verla no la habían visto, pero a eso iban.

En esto llegó un gato marino.

—Yo también soy de la partida — dijo, y se unió a ellos.

— Como esa gran serpiente no sea más gorda que un cable, yo la parto de un mordisco. — Y abrió la boca enseñando sus seis hileras de dientes. — Señalo las anclas, así que mejor podré romper esa cuerda.

— ¡Ahí está! — dijo el ballenato. — ¡Ya la veo! — Creía tener mejor vista que los demás. — ¡Mirad cómo se levanta, cómo ondea, se encoge y hace eses!

Pero no era el cable, era una anguila excepcional, de más de dos varas de largo.

— Esa ya la tengo vista — dijo el pez sierra, — y nunca ha armado gran jaleo ni asustado a los peces grandes.

Y la hablaron preguntándola por la novedad y si quería ir en busca de noticias.

— ¡Una anguila mayor que yo! ¡Entonces va a haber una desgracia!

— No la habrá — dijeron todos: — somos bastantes para no tolerarlo. — Y se apresuraron a avanzar.

Pero un bulto se les atrevesó en el camino; un monstruo extraordinario, mayor que todos ellos.

Parecía una isla flotante que no pudiese sostenerse a flor de agua.

Era una ballena viejísima. Llevaba la cabeza cubierta de plantas marinas, el lomo lleno de bichos, é infinidad de ostras y mariscos salpicaban de blanco su piel negra.

— Abuelo, venga con nosotros — le dijeron. — Ha venido un pez nuevo que no toleramos.

— Prefiero quedarme donde estoy — respondió. — Dejadme en paz, dejadme descansando. ¡Ay! ¡Ay! Estoy malo de verdad. Bastante trabajo me cuesta subir hasta sacar la espalda. Los buenos de los pájaros me limpian un poco y eso me alivia. Y eso que a veces hunden demasiado el pico y me llegan hasta el sebo. Mirad, todavía llevo en el lomo el esqueleto de uno de ellos. Ese clavó las garras demasiado, no pudo soltarse cuando volví a hundirme, y los pececillos le han ido limpiando. Buenos estamos los dos.

— Todo aprensión — dijo el ballenato. — Yo nunca estoy malo, ningún pescado enferma.

— Perdone — respondió la ballena — pero las anguilas enferman de la piel, las carpas dicen que tienen viruelas y todos nosotros tenemos tenias intestinales.

— ¡Esos son cuentos! — dijo el ballenato, y siguieron su camino.

Al fin llegaron al sitio donde estaba el cable. Era una cuerda tendida en el fondo, de Europa a América, sobre bancos de arena, manchas de cieno, suelos de roca y enredijos de plantas, a veces bosques enteros de corales. Allí cambian las corrientes, los remolinos se enroscan y los peces bullen sin cesar, en bandadas más nutridas que las que ven los hombres cuando las aves emigran en primavera. Aquello es un vaivén, un chocar de agua, un ruido sordo y continuo, del que todavía queda algo en los caracoles grandes cuando nos los acercamos al oído.

— Ahí está el bicho — dijeron todos, y estuvieron un rato mirando al cable, cuyo principio y fin se perdían en el horizonte.

Las esponjas, los pólipos y las gorgonas, que se

balanceaban en el fondo, se inclinaban y se paraban, de modo que a veces lo ocultaban y otras lo dejaban ver.

Alrededor bullían los caracoles y los gusanos. Arañas gigantescas paseaban por encima de él. Otros bichos azules, que comen con todo el cuerpo, estaban como oliendo aquel animal nuevo que se había echado en el fondo. Los lenguados daban vueltas en el agua para ver por todos lados. Las estrellas de mar, que hundidas en la arena sólo sacan sus tentáculos con los ojos en las puntas, estaban también esperando ver en qué paraba todo aquello.

El cable, en cambio, estaba inmóvil; pero el pensamiento humano pasaba a través de él.

— Este tiene muchas mañas — dijo el ballenato — y es capaz de pegarme en la barriga, que es mi parte sensible.

— Tomémosle antes el pulso — dijo un pólipo; — yo tengo los brazos largos y los dedos muy sensibles. Ya antes le he tocado, pero ahora voy a apretar algo más.

Y estendió su brazo mayor tocando y enredando al cable.

— No tiene concha — dijo, — tampoco piel; me parece que no dará crías vivas.

La anguila se tendió junto al cable, estirándose cuanto podía.

— Este es más largo que yo — dijo, — pero no se trata sólo de longitud. Hay también que tener piel, estómago y agilidad.

El ballenato, joven y fuerte, se inclinó hasta el mismo fondo, a donde nunca había llegado.

— ¿Eres pez o planta? — preguntó. — ¿O eres sólo obra de arriba, que no puede vivir entre nosotros?

Pero el cable no respondió, ni estaba para ello. El pensamiento humano corría por él, atravesando en un segundo cientos de leguas, de continente a continente.

— ¿Quieres contestar o que se te rompa? — preguntó el voraz tiburón, y con él todos a coro. — ¿Quieres contestar o que se te rompa?

La cuerda no respondió, ensimismada en sus propios pensamientos.

— ¿Y a mí qué? Como me rompáis, me suben y me componen. Eso ya ha pasado otras veces con otros de mi especie en mares más pequeños.

Por eso no respondió; tenía otras cosas que hacer. Estaba telegrafiando, ejerciendo una profesión lícita en el fondo del mar.

Encima de ellos se ponía el sol, como dicen los hombres; el cielo era una inmensa hoguera.

— Ahora llega la luz roja — dijo el pólipo; — así veremos esto mejor, si es que vale la pena.

— ¡A ella! ¡A ella! — gritó el gato marino, enseñando los dientes.

— ¡A ella! ¡A ella! — repitieron el pez espada, el ballenato y la anguila.

Tomaron carrera, el gato de mar delante; pero en el preciso momento de ir a hincarle el diente, el pez sierra, ciego de pura rabia, clavó su sierra en la cola del gato. Fué una equivocación, y el pobre bicho no tuvo fuerza para morder.

¡El lío que se armó! Grandes y pequeños, pólipos y caracoles, corrían confundidos, mordiéndose, apretándose e hiriéndose unos a otros. El cable seguía quieto cumpliendo su obra, y esto es lo que hay que hacer.

Llegó la noche, pero en el mar lucían millones y millones de animales microscópicos. Cangrejos, no mayores que una cabeza de alfiler, pasaban como estrellas. Esto parece maravilloso, pero así sucede.

Todos miraban al cable.

— ¿Qué será y qué no será?

Hé aquí el problema.

Pasó una vaca marina. Los hombres llaman a esta especie sirenas. Esta era hembra, tenía cola, dos bracillos con que paletear en el agua y los pechos colgando.

— ¿Queréis conocer las cosas y sus principios? — dijo. — Porque entonces yo soy la única que os puede dar luz. Pero en cambio exijo pastos libres para mí y los míos en el fondo del mar. Yo soy pez como vosotros; pero al propio tiempo soy casi terrestre y con prácticas. Soy la más sabia del mar. Yo sé todo lo que pasa aquí abajo y lo que pasa arriba. Eso, que es para vosotros un rompecabezas, viene de arriba; y lo que de allí se cuela, aquí abajo o está muerto o se muere. Dejadlo donde está. Es pura invención humana.

— Sin embargo, yo creo que es algo más — dijo el pececillo.

— A callar, atrevido — respondió la vaca marina.

—¡Fuera! ¡fuera! — gritaron todos.

Y la sirena les explicó que el monstruo causa de tanta alarma (que por lo demás no decía esta boca es mía) era sólo invención de tierra seca. Y les dió una conferencia sobre la vanidad de los hombres.

— Quieren pescarnos — les dijo; — viven sólo para eso. Nos tienden redes, y nos echan anzuelos con cebo para engañarnos. Y ésta que tienes aquí es una especie de cuerda mayor, en la que creen vamos a morder. ¡Serán tontos! Conque no tocarla, si la dejáis ahí se pudrirá. Lo que viene de arriba no sirve para nada.

— No sirve — dijeron todos — ateniéndose a esta opinión para tener alguna.

Con todo, el pececillo conservó su primera idea. Esta culebra delgada y larga tal vez sea el pez más maravilloso del océano.

— ¡Sí! Lo más maravilloso, decimos nosotros, con conocimiento de causa.

He ahí la gran serpiente marina, anunciada siglos atrás en mitos y leyendas.

Concebida y procreada en el cerebro del hombre, y tendida en el fondo del mar, lleva de oriente a occidente la palabra humana, casi con igual rapidez con que la luz del sol llega a la tierra. De año en año crece en poder y extensión al través de los mares, rodeando la tierra, bajo las corrientes vertiginosas, como bajo las aguas cristalinas, en cuyo fondo, como si navegara en el aire purísimo, el pescador ve hormiguear los peces de colores.

Aun más profunda se tiende la serpiente: un *Midgaardsorm* que se muerde la cola al rodear la tierra. Los peces y los mariscos la tapan al pasar, sin concebir aquella creación de arriba: la serpiente de la sabiduría, silenciosa y preñada de pensamientos, anunciando en todas las lenguas el bien y el mal; el prodigio de los prodigios del mar, la moderna serpiente marina.



D I B U J O S D E B E S A R E S

Nuestros pequeños visitantes



Jorge Charneca, de guerrero antiguo.

Aída Vinti, de fantasía.

María S. Baiani, de presidaria cartagenera.

Dora Cavel, de aldeana.

Rita Abulafia, de mariposa.

Esther A. de Vinete, de holandesa.

María J. P. Moreno, de bandera española.







Irene Blanco Rosetti, de maja.

Esther Waingortin, de jockey.

Emilio Gallur, de cocinero.

Antonia Giacobbo, de reina mora.

María E. Tyheralde, de plafonier.

Inés Montori, de locura.

Nélida Caruso, de pierrot.









María Angélica Bello, de bailarina.

Juan José Casagrande, de lechero.

Nelly Alicia Varela, de dama antigua.

Elena Carballo, de cigarrillo.

Aidée Pastor, de vendedora de aves

Romeo Canil, de baturro.

Elsa R. Mabuesin de fantasía.








Horacio J. Pellegrin, de Mefistófeles.

Ricardo Zaquieres, de paje.

Blanca R. Castilla, de tejedora.

José A. Vázquez, de duende.

Dolores T. Saperas, de dama antigua.

José M. Vianelli, de arlequín.

Olguita E. Márquez, de angelito.









Blas B. Rémoli, de pescador.

Aida Macchi, de tulipán.

Adela Muñoz, de labradora.

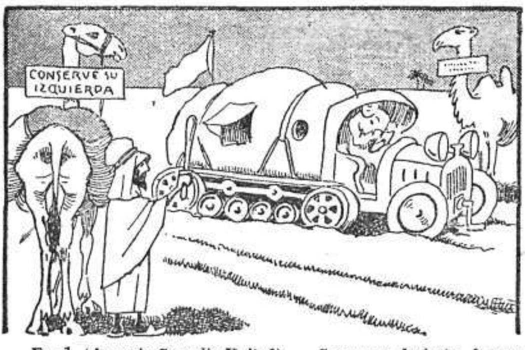
María Carmen Pozzi, de holandesa.

Elsa N. Reilly, de aldeana.

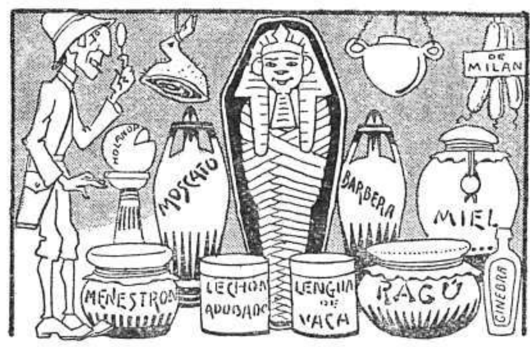
Rosita Casoni, de payaso.

Hebe M. Giacchino, de odalisca

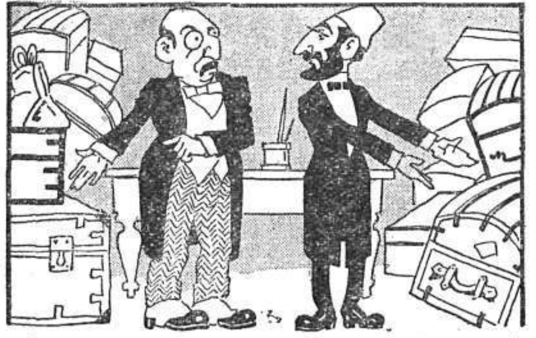
TELEGRAMAS DEL ÚLTIMO SEGUNDO



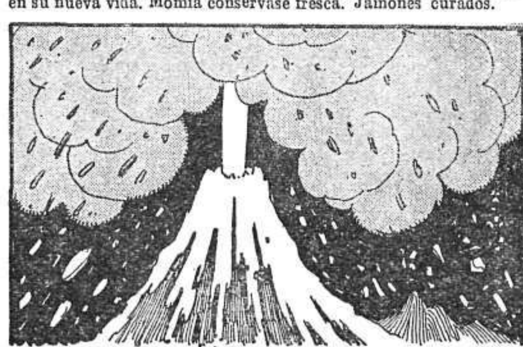
Fez 1. (Agencia Camelis United). — Cruzamos desierto. A pesar de ser desierto estaba muy concurrido de caravanas. Tráfico despejado. Gran porvenir compañías areneras. Ley "seca" por falta de agua. La poca que hay es agua ardiente por el exceso de sol.



El Cairo 2. (Agencia Macanis Societti). — Se ha descubierto tumba de un nuevo Faraón, que vivió apenas hace cuatro mil años, rodeado de conservas alimenticias para no morir de hambre en su nueva vida. Momia consérvase fresca. Jamones curados.



Lausana 3. (Agencia Habas al jamón). — Influencia de los equipajes. Mustafá Kemal bajá subirá los baúles al carro antes que firmen una mala paz. Kemal andará el mundo si no firman.



Nápoles 4. (Agenci Grupetis). — Vesubio en erupción. Trabaja más de las ocho horas diarias. Aparatos chismográficos señalan terremoto a más de cuarenta millones de kilómetros. Debió ser en otro planeta.

Dibujos de Redondo.



pero sin mirarlo con cristal de aumento ni pesimismos injustificados, pues todo puede tener remedio siempre que Vd. acuda a tiempo con la medicación adecuada.

IPERBIOTINA MALESCI

cura los nervios y la sangre, tonificando el organismo, sin causar jamás trastornos digestivos ni de otro orden, pues **no contiene,** como los ioduros, materia mineral de ninguna especie, siendo además sumamente agradable al paladar.
Empiece hoy mismo el tratamiento y verá que rápidamente vuelve usted a su ser natural.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina: M. C. de MONACO **VIAMONTE, 871 Buenos Aires**

Concurso científico



Doctor Carlos Lagos García, cuyo trabajo obtuvo el 1.er premio en el concurso de "La Revista de Ciencias Médicas".



Doctor José Solari, que obtuvo el 2.º premio en dicho concurso.

LA BELIGERANCIA DE LA VITAMINA

En la revista "La Nueva Ciencia" encontramos los interesantes datos siguientes: Vitamina es un nombre de moda. La ciencia de nuestros días le reconoce beligerancia. Vamos a definirla: Vitamina es un nombre de sustancias de composición desconocida que existen en pequeñísimas cantidades en los alimentos naturales, y que se suponen indispensables, a la nutrición y crecimiento. Su ausencia ocasiona las enfermedades denominadas por deficiencia o avitaminosis. La mayoría de los experimentadores consideran que las vitaminas son diastasas o fermentos. Cuando faltan, suspenden su funcionamiento las glándulas de secreción interna. El doctor Luis Kuhne aconsejó comer las frutas con cáscara. Hay naturalistas que comen crudos los vegetales en la convicción de que la cocción les quita algo esencial y, en efecto, varias de esas vitaminas o fermentos son disueltos por el agua de cocción y desintegrados por el calor. Las vitaminas no sólo se hallan en los vegetales sino en el huevo, la leche, el hígado, los intestinos y hasta en los músculos. En donde abundan, sobre todo, es en los cereales y las levaduras. Esos fermentos o vitaminas se encuentran principalmente en la corteza que cubre el fruto. El maní tostado es menos nutritivo que cuando conserva su película roja El cernido fino de las harinas también detiene en el cedazo la parte mejor del alimento. Los elementos privados de vitaminas ocasionan, a lo que parece, el escorbuto, la pelagra, el raquitismo, el beriberi y otras. De manera que en la alimentación (especialmente la de los enfermos) hay que tener en cuenta las vitaminas o fermentos, pues la cantidad no es tan importante como la calidad cuando se trata de la ración alimenticia. Todavía no se han podido aislar las vitaminas. Y constituyen uno de los estudios más interesantes de la biología moderna. Pichones y gallinas alimentados con arroz sin corteza se depauperan rápidamente y mueren de beriberi.

NUEVOS TUBOS DE PLOMO Y CRISTAL

Los rayos X no pueden atravesar el plomo, pero sí con gran facilidad el cristal ordinario, por lo que los que manipulaban los tubos de rayos X resultaban con frecuencia con terribles quemaduras.

Los nuevos tubos de rayos X, llamados de Coolidge, están hechos con cristal que contiene más del sesenta por ciento de su peso de plomo.

Este vidrio es ligeramente obscuro, pero completamente transparente, a pesar de lo cual es opaco a los rayos X, y los que los manejan están libres de toda quemadura.

Estos tubos llevan una especie de ventana de cristal ordinario para que los rayos puedan dejar sentir su acción através de ella.



Pequeña causa... grandes efectos.

Es lo único que cuadra decir en este caso, pues una persona que come una pastilla de

Santeína

que es muy pequeña, obtiene un efecto notable sobre su estado general.

No hemos de olvidar que la mayoría de los malestares y enfermedades que a diario nos aquejan son debidos, casi siempre, a

mal funcionamiento del intestino

habiendo o no constipación o estreñimiento, es decir, sequedad de vientre.

Entre esos malestares o enfermedades figuran: mal aliento, lengua cargada, jaquecas, granos, barros, malas digestiones, colitis, reumatismos, etc., etc.

La Santeína

(Dioxidriftalofenona)

es presentada bajo la forma de deliciosas pastillitas de chocolate, gratas al paladar, que no dan regüeldos ni asco. A la dosis de una pastilla a cualquier hora del día, en cualquier estado, es laxante; a la dosis de dos, es purgante; pero purgante que no exije cuidado alguno y que puede ser dado a los niños o a las personas delicadas.

Es el purgante soñado para toda persona de gusto algo delicado.

SE HALLA EN LAS FARMACIAS Y EN

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida Buenos Aires



Bodas de plata



Los esposos José Felippa y Magdalena Moriondo rodeados de sus hijos en la fecha conmemorativa. — Canals.



Señores José Alessi y Virginia Sartini, festejando el veinticinco aniversario de su enlace. — Salto Grande.



En el vigésimoquinto aniversario del enlace de los señores Domingo A. Mamani y Virginia B. de Mamani. — Capital.



Los señores de Lattore y familia celebrando las bodas de plata. — San Antonio de Areco.

FÁBULAS PROFANAS

LAS TEORIAS DEL ANOPHELE

Por SAMUEL EICHELBAUM


OLANDO, volando sin tregua, como un mensajero de cuyo mensaje dependiese la vida de todo un pueblo, un tábano grandote y de zumbido tan fuerte como el redoble de un tambor, emigró del monte San Gregorio, de Entre Ríos, donde había hecho sus más nutritivas succiones, hacia el norte de la República en busca de regiones propicias para el libre desarrollo de la especie a que pertenecía.

Después de largos y sucesivos vuelos, después de agotar todas sus energías en batir alas, descendió, rendido, en el lago del Ingenio Santa Margarita.

Era al caer de la tarde, hora indicada para el descanso. En una de las orillas del lago el insecto halló, tras larga búsqueda, debajo de unas matas de pasto, un pequeño reducto de agua verdosa y estancada. Allí se posó, dispuesto a descansar de tantas fatigas, hasta entonces perfectamente inútiles. Encogió sus alas, deslustradas de tanto vuelo, y las dejó en descanso. Sintió hambre, hambre imperiosa, como no la había sentido jamás en los bosques rumorosos de las tierras de Montiel. Y, como Rocinante por no haber comido, dióse a filosofar sobre los inconvenientes del descontento.

«El lugar y el destino que se le reserva a cada uno al nacer — pensó — deben ser considerados siempre como los mayores y los mejores bienes. Si yo estuviese ahora — siguió reflexionando — en el monte donde tanta diversidad de troncos hube de saborear, no experimentaría en este triste trance la vacuidad de mi aguijón.»

En este instante un anophele observaba al tábano intruso con la soberbia de un dueño de casa. Ofrecía el anophele, plásticamente, el espectáculo de un burgués de melodrama social. La escena de los dos insectos evidenciaba una vez más cómo la satisfacción del estómago determina en quienes la obtienen una agresividad inusitada y una imponencia decorativa de la que, sin esa satisfacción, se carece de ordinario. El tábano, que es varias veces más voluminoso que el anophele, parecía, no obstante, de una pequeñez humilde y conmovedora.

— ¿Qué haces y qué deseas aquí? — interrogó con insolencia el anophele.

— Nada deseo, por lo menos de ti — respondió con la dureza de un plebeyo ofendido el tábano.

— Necesito saber qué haces en estas zonas, que no son precisamente las de tu centro.

— He llegado hasta aquí en peligroso peregrinaje, emprendido al objeto de conocer bien esta región. Pienso vivir aquí, pues se me ha dicho que abundan en esta zona los cuadrúpedos que son mis víctimas predilectas y cuya sangre chupo con incomparable fruición. Los prefiero a las flores y a los árboles. Hembra soy y tengo, por lo tanto, la misión del daño.

— Doy fe de que como hembra tengas la misión del daño, aunque no en una medida tal que justifique el tono de jactancia que empleas. Pero acaba de caérsete, inadvertidamente, una ingenuidad. ¿Dices que piensas vivir por aquí? Difícil empresa si es que no te aseguras antes nuestro consentimiento, y nosotros no lo damos por principio. Somos proteccionistas los anopheles, los paladines de la industria azucarera. Por nosotros vive; por nosotros crece. Hemos establecido una alianza con los industriales de esta región por intereses recíprocos. Somos como dos ebrios que en el mutuo apoyo encuentran el equilibrio de que carecen por sí solos. Infundimos y difundimos un mal indispensable a vuestros aliados. Sin él los habitantes del norte tendrían energías, salud bastante para conspirar contra la industria azucarera, creando nuevas actividades y fomentando otras riquezas. Nosotros estamos para impedirlo, y cumplimos noblemente con nuestro deber. Somos tan sólo teóricamente parásitos; prácticamente resultamos de una utilidad incomparable. No hay, pues, en rigor de verdad, bondadosa tolerancia de parte de nuestros dueños de ingenio al proporcionarnos estas comodidades, esta vida de bienestar. Nos la ganamos honradamente. No hay nadie que obsequie en vano el confort de que nosotros disfrutamos. Porque la limpieza de estas aguas, amiga mía, no es cosa natural. Estas aguas están solícitamente cuidadas para mejor procrear. De nuestras larvas de hoy dependen las cosechas de los años venideros. Nuestros protectores, que son precisamente nuestros protegidos, lo saben bien.

— Larga ha sido tu explicación. Mas no comprendo qué pretendes de mí.

— ¡Qué torpe eres! Hasta en ello se comprueba tu inutilidad. He querido significarte que ni tú, ni tus iguales pueden vivir aquí. Vosotros sois los verdaderos parásitos, los parásitos perfectos. Y si no, ¿qué haces tú con ese aguijón enorme? Das un chupón y dejas al sujeto con la misma vitalidad. Representas dentro de los dípteros la subclase más inútil. Tu misión no es el daño, como decías mintiendo a sabiendas. Tu vida se reduce a molestar. No sirves para nada. ¿Por qué, en pago de qué beneficios se te podría tolerar en esta zona? ¿No comprendes, insecto romántico — no te ofendas, pero tienes realmente el romanticismo de los versificadores, tan molestos y tan inútiles como tú — que el daño, cuando se hace tan inteligentemente, es mucho más útil que el bien? Pregunta, si no, a los hombres de pro que tenemos en la provincia.

Una piedra certera acabó con el pobre tábano cuando se disponía a replicar las teorías proteccionistas del anophele, quien comprobó, una vez más, que en su establecimiento los parásitos no son tolerados. Para el anophele la caída de la piedra era un acto de justicia deliberadamente ejecutado.

De Ramos Mejía



Lindo coro formado por las niñas del colegio Nicolás Avellaneda, que actuó con gran gusto artístico en la fiesta escolar celebrada en la Biblioteca Sarmiento.

Alumnos con sus familias que asistieron a la simpática fiesta organizada por la directora y personal docente del colegio Nicolás Avellaneda.


A la Fuerza...
Hay una fuerza a cuyo empuje casi nadie resiste: la fuerza de la costumbre. Arrastrados por ella hacemos muchas cosas que no deberíamos hacer. Así, por ejemplo, Ud. entra a la botica, pide "un remedio para el dolor de cabeza" y toma lo que le dan sin preocuparse de qué es ni de cómo se llama. ¿Por qué incurre en tal imprudencia? ¿Por qué acepta cualquiera de esos dudosos analgésicos de antaño exisitiendo ya algo positivamente eficaz y seguro? Por la simple "fuerza de la costumbre." No insista Ud. en dejarse arrastrar así. Siempre que quiera aliviarse rápidamente cualquier dolor o cortar cualquier resfriado, pida CAFIASPIRINA (Aspirina con Cafeína) que es lo que hoy prescriben los mejores médicos de preferencia a la aspirina sola, porque es de efecto mucho más rápido; porque levanta las fuerzas; porque regulariza la circulación de la sangre y, sobre todo, porque es ABSOLUTAMENTE INOFENSIVA PARA EL CORAZON. Puede obtenerla en tubos de 20 tabletas y SOBRES ROJOS BAYER de una dosis.
Este es el original y legítimo "SOBRE BAYER"
Limpio
Cómodo
Higiénico
Seguro
BAYER
CAFIASPIRINA
DOS TABLETAS BAYER
CAFIASPIRINA

LAS MUJERES SUTILES

La historia árabe preislámica menciona a numerosas mujeres célebres por su inteligencia, la rectitud de su juicio y la finura de su espíritu. Voy a hablar de dos de ellas, que me han parecido más típicas.

Hind, la primera, hija de Khousse, tenía reputación de espíritu sutil y de razonamiento justo sobre las personas y las cosas.

Un día su padre le planteó las siguientes cuestiones:

— ¿Cuál es el árbol mejor y más útil?

— El datilero — respondió ella — si está plantado en una tierra generosa y fértil. En él encuentra recursos para el hambre el viajero que atraviesa el desierto.

— ¿Y cuál es el animal más útil?

— La oveja; uno se puede nutrir de su leche; y con su lana se abriga contra las variaciones del tiempo.

— ¿Y el camello?

— El camello — contestó la muchacha — es la montura para los largos viajes, el precio expiatorio de las ofensas y la dote nupcial de las mujeres.

— ¿Cuál es el hombre bueno?

— Según mi opinión, es el que con placer cuida de los intereses ajenos que se le confían, a quien siempre se pide y que él no pide nunca nada, y que su tienda está abierta a todos los vientos, dando hospitalidad a todos; pone paz entre sus semejantes y no tiene nunca necesidad de ellos.

— ¿Cuál es el peor de los hombres?

— El hombre lampiño... que habla de todo sin conciencia, de modo arbitrario, y es solapado y mentiroso.

— ¿Cuál es la mejor de las mujeres?

— La que lleva un hijo en su seno, que conduce a otro de la mano y que tiene otro más que sigue sus pasos.

— ¿Cuál es la mejor ama de casa?

— La que no traspasa nunca la puerta de su hogar, atenta a que sus recipientes de provisiones estén siempre llenos; que sabe gobernar su casa y cuidar a su familia.

— ¿Y la peor?

— Es la que al caminar levanta viento y polvo... que grita cuando habla... que cuando se sienta tiene necesidad de apoyarse sobre una hija, y cuando sale quiere que otra hija la acompañe.

— ¿Cuál es la mujer que menos te agrada?

— La que se calla cuando se le ruega que hable, y no deja de hablar cuando se le dice que calle.

— ¿Cuál es el hombre que más estimas?

— El hombre ágil y amable, generoso, inteligente, pronto a la acción, experto en los negocios, servicial, que sabe hacerse temer y nunca teme a nadie.

— ¿Y cuál es el hombre que más te disgusta?

— El haragán incorregible, que descuida sus negocios confiando en la destreza de los otros; estrecho de espíritu, a quien nadie respeta, escucha u obedece.

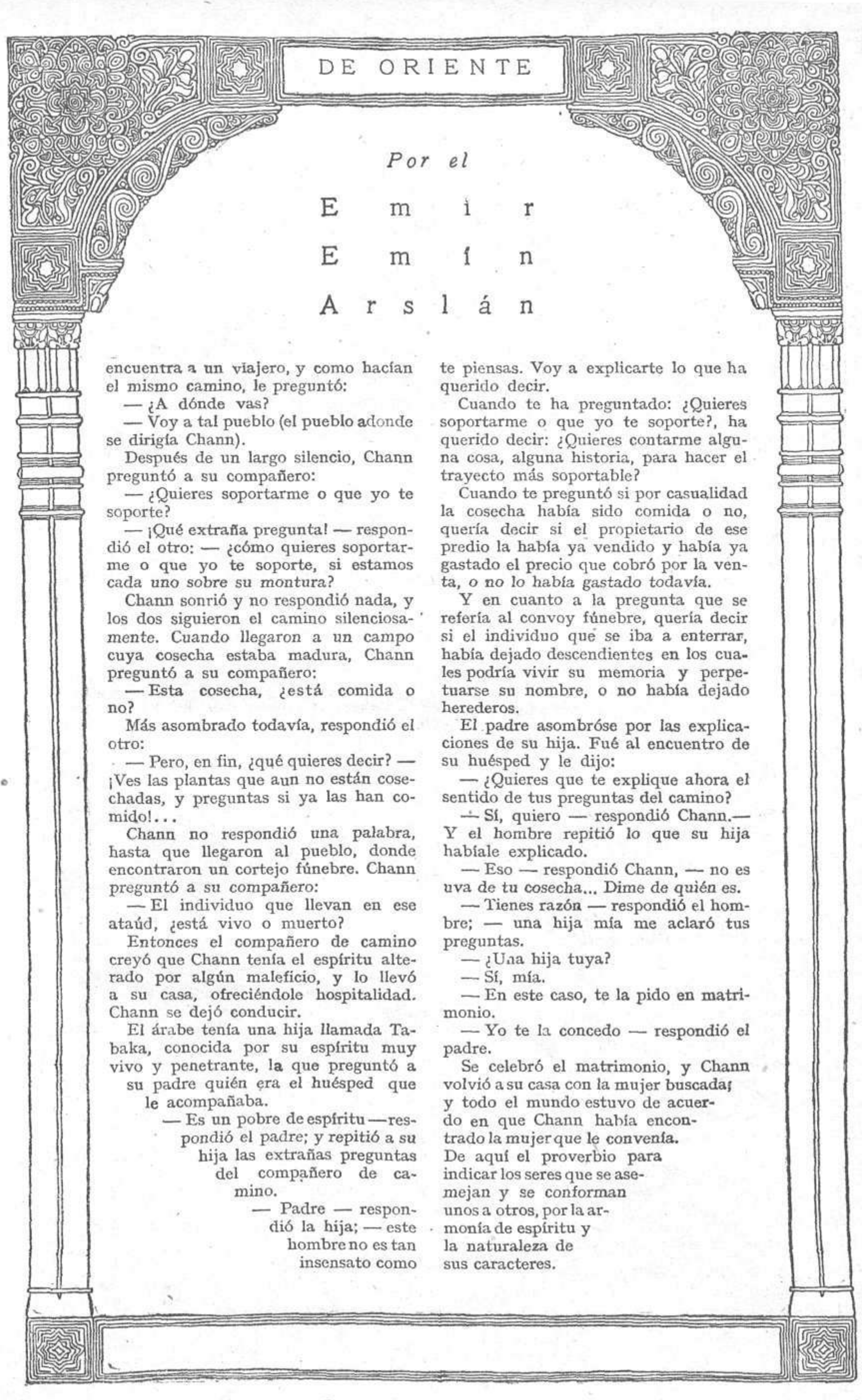
* * *

Entre los millares de proverbios árabes hay uno muy conocido aun en nuestros días.

Es un proverbio retruécano que se pronuncia así: *Onafaká Chann Tabaka*, lo que quiere decir: Cada olla encuentra su tapa.

Chann era un árabe conocido por la sutileza de su espíritu. Cansado de su celibato decidió un día casarse. «Necesito — dijo — ponerme en campaña para encontrar una mujer que sepa comprenderme». Y he aquí que se pone en camino en busca de la esposa soñada.

En una de sus excursiones



Por el

Emir Emín Arslán

encuentra a un viajero, y como hacían el mismo camino, le preguntó:

— ¿A dónde vas?

— Voy a tal pueblo (el pueblo adonde se dirigía Chann).

Después de un largo silencio, Chann preguntó a su compañero:

— ¿Quieres soportarme o que yo te soporte?

— ¡Qué extraña pregunta! — respondió el otro: — ¿cómo quieres soportarme o que yo te soporte, si estamos cada uno sobre su montura?

Chann sonrió y no respondió nada, y los dos siguieron el camino silenciosamente. Cuando llegaron a un campo cuya cosecha estaba madura, Chann preguntó a su compañero:

— Esta cosecha, ¿está comida o no?

Más asombrado todavía, respondió el otro:

— Pero, en fin, ¿qué quieres decir? — ¡Ves las plantas que aun no están cosechadas, y preguntas si ya las han comido!...

Chann no respondió una palabra, hasta que llegaron al pueblo, donde encontraron un cortejo fúnebre. Chann preguntó a su compañero:

— El individuo que llevan en ese ataúd, ¿está vivo o muerto?

Entonces el compañero de camino creyó que Chann tenía el espíritu alterado por algún maleficio, y lo llevó a su casa, ofreciéndole hospitalidad. Chann se dejó conducir.

El árabe tenía una hija llamada Tabaka, conocida por su espíritu muy vivo y penetrante, la que preguntó a su padre quién era el huésped que le acompañaba.

— Es un pobre de espíritu — respondió el padre; y repitió a su hija las extrañas preguntas del compañero de camino.

— Padre — respondió la hija; — este hombre no es tan insensato como te piensas. Voy a explicarte lo que ha querido decir.

Cuando te ha preguntado: ¿Quieres soportarme o que yo te soporte?, ha querido decir: ¿Quieres contarme alguna cosa, alguna historia, para hacer el trayecto más soportable?

Cuando te preguntó si por casualidad la cosecha había sido comida o no, quería decir si el propietario de ese predio la había ya vendido y había ya gastado el precio que cobró por la venta, o no lo había gastado todavía.

Y en cuanto a la pregunta que se refería al convoy fúnebre, quería decir si el individuo que se iba a enterrar, había dejado descendientes en los cuales podría vivir su memoria y perpetuarse su nombre, o no había dejado herederos.

El padre asombróse por las explicaciones de su hija. Fué al encuentro de su huésped y le dijo:

— ¿Quieres que te explique ahora el sentido de tus preguntas del camino?

— Sí, quiero — respondió Chann.— Y el hombre repitió lo que su hija habíale explicado.

— Eso — respondió Chann, — no es uva de tu cosecha... Dime de quién es.

— Tienes razón — respondió el hombre; — una hija mía me aclaró tus preguntas.

— ¿Una hija tuya?

— Sí, mía.

— En este caso, te la pido en matrimonio.

— Yo te la concedo — respondió el padre.

Se celebró el matrimonio, y Chann volvió a su casa con la mujer buscada; y todo el mundo estuvo de acuerdo en que Chann había encontrado la mujer que le convenía. De aquí el proverbio para indicar los seres que se asemejan y se conforman unos a otros, por la armonía de espíritu y la naturaleza de sus caracteres.

Escuela Municipal de Música



Personal docente y alumnos de la Escuela Municipal de Música. Esta institución cultural y filantrópica proporciona gratuitamente, además de instrumentos y métodos, una sólida preparación en teoría, solfeo e instrumentos de orquesta y banda a los numerosos alumnos que a ella asisten.

CURIOSIDADES

Las mujeres tienen que declararse en Nueva Guinea, pues los indígenas consideran impropio de su dignidad pretenderlas para casarse. Cuando una muchacha se enamora de un mancebo, envía un trozo de cuerda a la madre o hermana del galán, la cual advierte al joven la preferencia de que es objeto. Si le conviene, va en busca de la enamorada y se casa con ella en el acto, pues allí no existe el noviazgo

——

Los monos son muy aficionados al alcohol, pero su uso los torna tuberculosos.

——

Los anestésicos estimulan el crecimiento de los vegetales. Sometidas a la acción del cloroformo, las lilas florecen a las dos semanas. Los lirios invierten poco más tiempo en llegar a la madurez.

PENSAMIENTOS

— Escucha siempre la voz de tu conciencia.

— Adora a Dios. El verdadero culto que a él se le da consiste principalmente en las buenas obras.

— La felicidad no nos advierte ni avisa nada.

— El que no puede ser pobre, no es capaz de ser libre.

— La virtud tiene un velo; el vicio una careta. VÍCTOR HUGO.



¡BELLA Y JOVEN!

Cómo explica una estrella del mundo social el secreto de sus triunfos.

por Charlotte Rouvier.

* * *

Cómo conseguir un cutis que los hombres admiren.

Un hombre podrá admitir, con ciertas reservas, que los polvos, cremas y demás afeites constituyan una ayuda necesaria para la conservación de la belleza, pero en el fondo de su corazón él seguirá soñando con una hermosura que no necesite de esos recursos para el realce de sus dotes naturales. Las mujeres, que saben tener en cuenta esto y que dan importancia a la opinión de los hombres, evitan el uso de cualquier substancia que denuncie que su belleza no es completamente natural. Y es por esto que dichas mujeres, en número siempre mayor, están adquiriendo la costumbre del empleo de la cera mercolizada (en inglés: «pure mercolized wax»), que puede hallarse en cualquier farmacia. Aplicando la cera mercolizada por la noche y retirándola por la mañana, ellas obtienen y conservan un cutis completamente natural, pues la cera nada agrega al cutis viejo, sino que, por lo contrario, procede a la extirpación de este último, absorbiendo, gradualmente y en forma imperceptible, las células muertas, y haciendo que aparezca la fresca, clara y aterciopelada tez que se halla inmediatamente debajo, y cuya sana y juvenil apariencia nunca podrá confundirse con la de una piel rígida y artificial.

El excesivo sudor.

La excesiva transpiración es, quizás, uno de los más graves inconvenientes que una persona pueda sufrir; pero, afortunadamente, ahora esta desagradable molestia puede ser curada sin necesidad de recurrir para ello a un tratamiento médico. El empleo de un poco de borite, que es un polvo blanco de agradable uso, aminora notablemente los inconvenientes de la transpiración excesiva. Se le puede conseguir fácilmente en casi todas las farmacias.

Los peligros del rouge.

El carmín o rouge, a más de dar al rostro un antipático aspecto artificial, trae aparejadas malas consecuencias para el cutis, haciendo que las mejillas se arruguen y se sequen y, a veces, se llenen de barrillos. El rubinol, absolutamente inofensivo, embellece las mejillas con un rosado que en nada se distingue del natural. Todas las mujeres de mejillas pálidas, para suplir la falta de color natural, pueden recurrir confiadas al rubinol en polvo, que pueden adquirir en cualquier farmacia, perfumería y otros comercios que se dedican a la venta de artículos de tocador.

Cómo conservar el cabello en buen estado.

No importa que su cabello sea rubio, negro, castaño, o de color rojo. Si quiere usted conservarlo abundante, brillante y en buenas condiciones generales, debe cuidarlo prolijamente. Muchas señoritas descuidan su pelo totalmente, creyendo que, a pesar de ello, siempre parecerá bien. Esto es absurdo. Voy a decirles cómo trato yo mi cabello: Ante todo, no dejo de cepillarlo ni una noche, por cansada que me sienta. Después, cada dos semanas, lo lavo bien, usando a ese fin una cucharada de stallax granulado disuelto en agua caliente, enjuagándolo bien después y secándolo con toallas calientes. El resultado es sencillamente maravilloso.

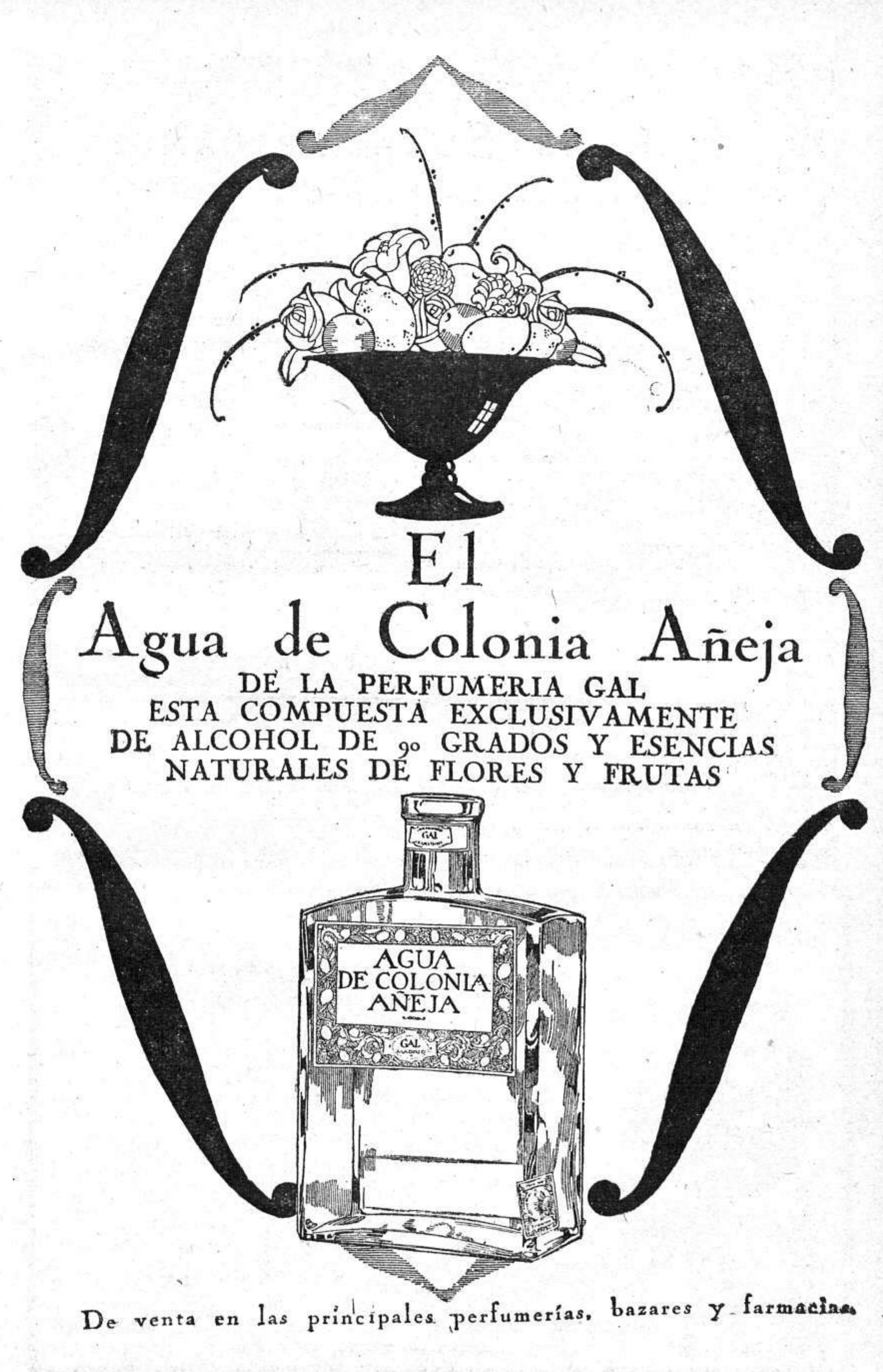
Extirpación completa del vello.

Cómo quitarse de un modo permanente, no sólo temporalmente, el vello que desfigura la belleza, es cosa que muchas damas desean conocer. Es una lástima que no esté extendido más generalmente el conocimiento de que basta para el caso el uso de porlac puro pulverizado, de venta en todas las farmacias. Debe aplicarse directamente al pelo que se quiera hacer desaparecer. Este tratamiento se recomienda porque no sólo borra instantáneamente el vello sin dejar la menor señal, sino también porque mata por completo las raíces.

Nuevas maestras



Escuela normal número 3 de maestras de la capital. De derecha a izquierda: Lina Sgusgu, Rosa Lauria, Manuela González, Amalia Azzimonti, Ana María Lasa, Ana Rodríguez, Elisa Furlong, Cloe Draper, Amanda Alvarez, Rosa Corbacha, Ofelia Cúneo, Elisea Correa, Hortensia Torres, Ismenia Facio, Juana Palumbo, Amanda Artussi, Thelcide Cubaynes, Elvira Rossi, Haydée Ramírez, Nélida Ottonelo, María Nieves Simón, Concepción Carreras y Amelia Ruggia Moreno.


El
Agua de Colonia Añeja
DE LA PERFUMERIA GAL
ESTA COMPUESTA EXCLUSIVAMENTE
DE ALCOHOL DE 90 GRADOS Y ESENCIAS
NATURALES DE FLORES Y FRUTAS
AGUA
DE COLONIA
AÑEJA
GAL
De venta en las principales perfumerías, bazares y farmacias.



POEMAS SURAMERICANOS



LA TRISTEZA

Sobre la soledad de la llanura
caía
el chorro cristalino de la quena,
y el agua de sus notas horadaba
el corazón del indio.
Y el indio yo era.

Y lentamente,
de gota en gota formóse un lago.
Y en ese lago,
con pavoroso gesto de suicida,
se zambulló la tarde.

¡Y yo estaba
abrazado a la tarde, aquella tarde!

LA QUEBRADA

El hombre fué creado.

Lo mismo que ahora:
una cabeza,
un busto
y cuatro extremidades,
¡y un corazón dentro del busto!
Poco
para la enormidad del universo.

El hombre holló la Tierra con su planta.

Y la Tierra ante el mono
de una cabeza,
un busto
y cuatro extremidades
y un corazón dentro del busto,
lanzó una carcajada.

Sarcasmo.
Hoy los hombres
tendemos puentes
sobre las carcajadas.

UBRE FUTURA

La sed encendió su hoguera
en mi garganta,
su hoguera
inexpugnable para los bomberos.

Me trepé a la montaña
y la exprimí con la boca
hasta agotarla,
hasta agotarla.

Esos
ímpetus que de improviso
me dan
de arrebatarme,
de saltar,
de hablar a gritos
y de hundir
mis manos en el vientre del espacio:
son los ríos
que me bebí esa tarde de ancha sed.
Los ríos
que quieren escaparse de mis venas
para inundar a todo el universo.

PAISAJE LOCO

Un potro robusto
parado está en plena vereda.
¡Claro! Tiene buen gusto.
Los hombres deben ir a la calzada.
Y pues que no le espantan, él se queda,
y aquí no ha pasado nada.

Yo me acerco y le miro
las relucientes pezuñas,
más limpias que las uñas
de los gobernantes suramericanos.
Y suspiro
mirándome las manos.

Reflejados como en un espejo,
veo el sol,
un edificio viejo
y al fondo, la perspectiva alargada.
De pronto pasa un hombre con traje
de vasallo:
el caballo
mueve las patas con un modo
de repugnancia. Y se deshace todo
el paisaje.

Y aquí no ha pasado nada.



ALBERTO HIDALGO


TALCO PARISIEN
Para la toilette de las señoras y de los niños, el
TALCO PARISIEN
no tiene rival.
Refresca, suaviza y da blancura al cutis.
Hace desaparecer toda clase de sarpullidos o irritaciones; calma en seguida el ardor después de afeitarse.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA 215,
sus secciones y en todas las buenas farmacias.
SERRANO.

De Avellaneda

Numeroso público que asistió a la solemne ceremonia en que tomaron parte prestigiosos elementos de la sociedad.



Colocación de la piedra fundamental en la iglesia de Valentín Alsina, para la que ha donado cien mil pesos la señora María L., viuda de Campanar, que actuó de madrina.

UNA BROMA DE CARNAVAL

NARRACIÓN PARA LOS DIVERTIDOS

Por

EUGENIO SELLÉS



Un manicomio es un cementerio de almas. Y así como la muerte física no tiene recato ni castidad que guardar, la locura, que es la muerte del espíritu, abandona también la honestidad debida al estado social.

En esos panteones de cadáveres que andan fuera del mundo, aunque encima de la tierra, el ser humano, para el cual ya nada existe, vive en soledad con otro ser que existe únicamente para él. Es la comunicación de dos fantasmas en las tinieblas.

La mujer demente procede en esa obscuridad mental como la mujer cuerda en la obscuridad material: a sus anchas y según sus instintos. Ha perdido el miedo de la vista ajena. Por eso la locura femenina es, generalmente, incasta.

Hay, sin embargo, excepciones. Eralo, sin duda, la infortunada loca que conocí cierta tarde en una casa de orates.

Cuando entré en el jardín, todas las alienadas continuaron como estaban, sin hacer caso ni cuenta de nosotros. Unas, tendidas cuan largas eran; otras, medio desnudas de pecho; alguna, totalmente desnuda de piernas y dando con ellas en el tronco de un árbol. Solamente ésta de quien hablo se ocultó detrás de un tilo grande y se tapó exageradamente el pecho, aunque lo tenía ya cubierto hasta la garganta. Pensé entonces que era menos loca que otras muchas mujeres a las cuales vemos en libertad.

Pero cuando tapó también sus ojos, que eran hermosos, y, con exceso cruel de pudor, ocultó hasta sus manos, bien hechas y bien cuidadas, conocí que estaba fuera de toda razón femenina. Maravillóme más todavía que su recato y afán por abrigarse, el género de abrigo con que se tapaba. Cubría todo su cuerpo larguísimo manto que empezaba liado a la cabeza a modo de rostrillo monjil, tan ceñido, que solamente le dejaba libres los ojos, la nariz y la boca; y encima del manto tenía puesto otro abrigo impermeable, con amplia capucha que se caló al verme, dejando completamente cubierto el poco rostro que la toca descubría.

Mi curiosidad fué grande, porque ni había barruntos de lluvia que aconsejaran la precaución del impermeable, ni la temperatura pedía tanto abrigo.

—¿Tiene usted frío?— le pregunté, para entablar conversación con ella.

—No — contestó dulcemente, pero arrebujándose mejor con su impermeable. — No tengo frío. Tengo... lunares. Y no quiero que me suceda lo que le sucedió a mi amiga Concha. Por eso me he encerrado en este convento; y aun así necesito llevar mi capa de aguas. No hay castidad bastante guardada de la vista agudísima de los hombres. Tienen la mirada líquida.

—No entiendo— dije — lo de la mirada líquida.

—Que es como el agua de la lluvia: cae por fuera, pero se filtra por el tejido de la ropa y cala hasta la carne. Además, no sirve lo espeso del vestido, porque las malas lenguas nos desnudan y descubren lo que cubre la tela.

Pensé que se trataba de una mujer calumniada, y me atreví a decírselo.

—¿Yo calumniada? Mi amiga. Y realmente no fué calumniada tampoco; no dijeron de ella sino la verdad: que tenía dos lunares.

—¿En su reputación? — pregunté.

—Sí. Es decir, no. En su cuerpo; pero es lo mismo, porque teniéndolos en el cuerpo se tienen en la reputación.

—No lo entiendo — advertí.

—¡No entiendes nada! — repitió con esa ingenua descortesía de los niños y los locos. — Sin duda has entrado por equivocación en este convento: aquí están las monjas locas, pero no las bobas. Me explicaré. Como tú sepas que yo tengo lunares en mi cuerpo, los tengo ya en mi reputación. Porque es claro que la gente no puede conocerlos sin mostrárselos: y no se muestran sin daño de la reputación. ¿Lo entiendes ahora?

—Perfectamente — contesté, asombrado de la manera de razonar de los locos, más lógica a veces que las de los cuerdos.

—Pero lo misterioso — prosiguió — es que Concha no había enseñado sus lunares a nadie y, sin embargo, todo el mundo los vió. Mi amiga...

pero ¡si no era amiga!, era más. Eramos como una sola persona repetida en un espejo. En fin, lo que fuera, amiga o sombra, era un pensamiento virgen, tan virgen, que seguía pareciéndolo después de casada. Casó muy joven, e hizo del matrimonio una religión en que el hogar era el templo, la cuna de su hija el altar y su marido, su Enrique, el Dios en quien adoraba de día y soñaba de noche.

Era una mujer de sociedad por fuera y una monja por dentro. Monja con el mundo por claustro, que es el linaje de virtud más difícil y meritorio. En ella era la castidad más todavía que un voto: un sentimiento natural; y era la pureza una luz: la tenía y la comunicaba a los demás. Su cara daba gozo por hermosa y miedo por severa. En suma, una de esas mujeres por las cuales todos los hombres son capaces de volverse locos para amarlas, y todos se vuelven cobardes para pretenderlas; y aun si hubiera alguno bastante osado para enamorarla, se hubiese contenido antes de conseguirla, por esa dulce compasión que siente quien va a deshojar una flor delicada.

La defendían, como triple muralla, su amor conyugal, su virtud y sus apariencias, que en junto la guardaban de tentaciones propias y de osadías ajenas.

Pero ni esto bastó para su seguridad, porque el diablo sopló una noche, y murallas, altar y Dios rodaron por tierra.

Según iba hablando, la loca se exaltaba tanto, que hasta descubrió sus ojos para clavarlos en los míos, escudriñando la sensación que su relato me producía.

Entonces vi de cerca y de lleno su rostro, que era de hermosura indudable, a pesar de esa impasiblidad estatuaria, de esa falta de vida, de esa que pudiera llamarse opacidad de la fisonomía de los dementes, que les da aspecto semejante al de una lámpara apagada.

Comprendí, por su actitud, que tenía interés en ser preguntada y en que le diera pie para seguir su narración.

Lejos de retraerse, se mostraba comunicativa. Se encontraba frente a frente de su manía.

— ¿Flaqueó? — la dije, accediendo a su deseo secreto.

— ¡No! — contestó con energía. — Ni flaqueó ni fué calumniada. Dijeron de ella una de esas verdades que hacen más daño que la calumnia.

Era tiempo de carnaval, cuando el diablo anda suelto, unas veces por las calles, con su traje sucio y su rabo de percalina, y otras por los salones, con su capa veneciana de raso.

Concha asistía a una mascarada en un salón aristocrático. Se había quitado la careta antes que nadie porque ni gustaba de dar bromas, ni temía recibirlas, como otras muchas mujeres que se ponen la careta por lo que se la ponen los floretistas, para seguridad de la piel, pues sólo yendo desconocidas van respetadas.

Iba del brazo de Enrique, su marido, cuando una máscara — el diablo de la capa veneciana — dijo a Concha.

— Adiós, Vestal.

— No lo dirás por el traje — respondió Concha, que vestía de diosa de la locura.

— Cada uno se disfraza de lo que no es: por eso precisamente se llama disfraz. Si tuvieras alma y vida de loca, te vestirías como esas vestales y beatas que a esta misma hora llenan de escándalo y de vino el salón del teatro Real. Pero mucho cuidado, marido dichoso — añadió, encarándose con Enrique — porque también las vestales tienen... lunares.

Enrique, que realmente confiaba en la virtud de su mujer, contestó riendo:

— ¿En su vida?

— Más adentro — repuso el máscara.

— ¡Bah! Será en la conciencia — dijo Concha, también con la risa serena de quien está seguro de su conciencia.

— No, más afuera. — Y bajando la voz añadió el máscara: — Tus lunares están en la carne.

— ¡Mientes! — replicó Concha, entre avergonzada y sobrecogida.

— ¿Miento? Estoy viéndotelos ahora mismo, porque mi careta es milagrosa: da a quien la lleva el don de la doble vista. Voy a demostrarlo.

Y metiendo la cabeza entre las de Concha y Enrique, de manera que su boca caía junto a los oídos de ambos, y hablando en esa voz bajísima con que se dicen los secretos interesantes, el máscara señaló los sitios del cuerpo donde Concha tenía sus lunares.

La pobre muchacha sintió un estremecimiento frío por todas sus carnes; porque, efectivamente, tenía en ellas dos graciosos lunares, y aquel hombre los señalaba con certeza y puntería tales que, a no haberlos visto muchas veces, fuera imposible acertarlos.

Y el de la capa veneciana desapareció rápidamente, confundiéndose entre aquella colmena bulliciosa de máscaras que llenaban los salones.

Fué grande la turbación de Concha y no menor la sorpresa de su marido, quien, por pruebas palpables y precisas, veía que eran conocidos de otro hombre secretos reservados exclusivamente para él: encantos tan recónditos que sólo pueden verse a la luz de un altar o al fuego de un pecado: mediando un sacramento o mediando un vicio.

Concha no supo cómo contestar a aquella revelación. Enrique buscó al máscara para exigirle explicación seria del misterio; pero no lo encontró entonces ni después en toda la casa.

— ¿Qué es esto? — preguntó Enrique cuando volvió al lado de su mujer.

— No lo sé — contestó ella con perfecta candidez.

— Pues nadie, sino Dios y tú, podéis saberlo, fuera de ese hombre que ha dicho verdades que yo únicamente puedo conocer siendo tú honrada.

— Pues en el caso presente no lo saben sino Dios y ése, que debe ser el diablo.

Concha sufrió entonces la primera injuria de palabra y de obra de su marido, que, asiéndola violentamente del brazo, la condujo a casa.



La calumnia, aunque por diversas causas, produce a veces en las conciencias puras los mismos efectos que la acusación verdadera de un delito.

No hay espíritu bastante sereno para oirla con desprecio; perturba más cuando es menos merecida.

El rostro de Concha palidecía; su voz temblaba como si realmente hubiese en ella pecados por qué temblar y palidecer. La felicidad del matrimonio murió de aquella puñalada traidora, porque ante un hecho innegable, toda sospecha era fundada y toda excusa imposible.

El marido exigía, con derecho, explicación, y la mujer no podía dársela, porque era la primera en ignorar cómo y por qué otro hombre que su Enrique conocía aquel secreto. Y así la desconfianza del uno y el tormento de la otra formaban como esos nudos ingeniosos que se aprietan y enredan más cuanto más manoseados.

Enrique desconfiaba, porque Concha se atolondraba al contestarle; y Concha se atolondraba porque Enrique desconfiaba al preguntarle. Y su situación no tenía salida.

— Si no hay en ti traciones, habrá a lo menos descuidos — le decía Enrique, con ese amor noble que desea abrir caminos de salvación para su fe.

Pero Concha, por más que examinaba su vida, no recordaba caso en que nadie pudiera haber visto sus lunares.

Su misma exagerada castidad la condenaba.

— Ya que no recuerdas, inventa. Inventa algo para mi tranquilidad y tu decoro. Miente siquiera, que así demostrarás que los estimas.

Pero Concha no mentía; la pobre no había aprendido a mentir, porque jamás lo había necesitado.

Y Enrique acabó por convencerse de que Concha había faltado hipócritamente a sus deberes conyugales.

Aquella noche fué para los amantes esposos como una pesadilla con los ojos abiertos. Quedó en ella roto para siempre el vínculo consagrado con la doble consagración del sacramento y del amor.

El estallido de los celos es pronto, como el estallido de la tormenta. O mata con su primer rayo antes que lo veamos, o no mata nunca. Cuando se le ve, ha pasado sin herir. Rayo diferido es rayo apagado.

Enrique no tuvo la fiereza de matar a su mujer en el primer ímpetu celoso. ¡Ojalá la matara; porque así Concha hubiera sufrido solamente un golpe y una muerte en un minuto de terror y otro minuto de agonía!

Enrique lloró su desengaño y abandonó el cuarto de su mujer, dejando de ver por vez primera aquellos lunares que eran ahora los puntos negros con que terminaba una historia de confianza y de felicidad.

Concha quedó sola, inmóvil, clavada en un sillón. Paralizada su voluntad y sus energía, no las tuvo ni para defenderse ni para resignarse. ¡Contra quién había de emplearlas, si combatía con un fantasma impalpable! Si Enrique la hubiera acusado por sospechas, su dignidad se hubiese levantado para desvanecerlas o para desdeñarlas. Pero la acusaba con hechos demostrados.

Si hubiera sido realmente infiel, su ira cayera sobre el amante indigno que hubiese revelado los favores recibidos. Pero era inocente.

Pasaba por su ser el dolor más terrible de los dolores: el dolor seco. Rugía dentro de su cabeza una de esas tempestades sin agua, que ensordecen con sus truenos y encienden la temperatura en vez de templarla con lluvia consoladora. El llanto es la sangre del alma: si afluye a ella y se agolpa cuando debe circular por sus corrientes propias, sobreviene la congestión, y con la congestión la parálisis del pensamiento y del sentimiento.

¡Cuánto padeció la pobre! Yo lo sé mejor que nadie, porque estuve toda aquella noche dentro de su corazón, y al salirme seguí padeciendo como si ella estuviese entonces dentro del mío.

Perdíase su razón en aquel misterio, como se pierde cuando intenta penetrar los misterios de la existencia.

¿Cómo y en cuál momento y quién pudo sorprender sus secretos corporales? ¿Algún descuido en el baño? ¿Alguna sorpresa en el sueño? Eran imposibles. Los dos santuarios de su castidad, la alcoba y el cuarto de baño, se cerraban hasta para su doncella, mientras no estaba completamente cubierto lo que debe cubrir el pudor. Ni aquella Virgen de la Concepción, colgada junto al lecho, a la cual rezaba todas las noches al acostarse, pudo nunca fijar sus ojos purísimos en las no menos puras carnes de su patrocinada, porque Concha apagaba la bujía después de rezar y antes de despojarse de aquellos lienzos interiores, más blancos aún que por su limpieza propia, por la limpieza del alma que envolvían.

Concibió después una sospecha horrible. ¿Habrían abusado de ella por medio de un narcótico? Pero ¿cuándo? Jamás se había separado de su madre, cuando soltera, ni de su marido cuando casada. Luego, fuera ya de razón, sospechó hasta de la inocencia de su hija. Mas la pobre niña estaba en esa edad en que los ojos miran sin ver y la lengua balbucea palabras sin recuerdos.

Fuése al cuarto de su marido y le expuso todas estas razones. Pero resultaron contraproducentes.

— Esas serían — le contestó — las maneras honradas de explicar el hecho, y tú misma me estás convenciendo de que son imposibles. Y como el hecho es innegable, no queda sino la explicación que deshonra. Para mí has muerto. Vístete. Voy a entregarte ahora mismo a tus padres, como se devuelve una moneda falsa. Nuestra hija vivirá contigo hasta que cumpla los siete años. Después la recogeré para educarla a mi modo. Más vale que aprenda vicios claros al lado de un hombre solo que hipocresías traidoras de su madre.

Ante la injusticia de su marido y de su suerte, Concha, en vez de romper a llorar, rompió a reir. Abrió desmesuradamente los ojos, y por sus anchas aberturas comenzó a ver con claridad la causa de su desdicha. Entonces dió un grito de terror, cogió el hule que había al pie del lavado y se envolvió con él. Comprendió todo el misterio. El máscara del baile tenía la mirada líquida y había calado hasta los lunares.

¿Entiendes ahora bien lo de las *miradas líquidas*, y entiendes por qué me tapo con esta capa de hule?

La loca acabó aquí su historia. Volvió a cubrirse cuidadosamente y se apartó de mí, escondiéndose tras los árboles del jardín.



El médico director del manicomio completó entonces el relato.

Concha, la amiga de la loca, era la loca misma, que ponía su historia en cabeza ajena.

Sus recuerdos no alcanzaban a más de lo referido.

— Después de aquella noche de angustias — prosiguió el doctor — Enrique, doblemente inquieto de una parte por lo sucedido y de otra por el estado anómalo de su mujer, la condujo al domicilio paterno. Era el amanecer, la hora en que volvían a sus hogares las gentes alegres que habían pasado la noche de piñata en los bailes de máscaras.

No bien hubo entrado en el gabinete, Concha profirió un nuevo grito de espanto y fué a esconderse detrás del piano, exclamando:

— ¡Ahí está, ahí está otra vez el hombre de la mirada líquida!

El que allí estaba, vestido todavía con su capa veneciana, no era otro sino el propio padre de Concha, el cual regresaba en aquel momento del baile de la marquesa de N.

Refirióle Enrique lo acontecido.

— ¡A quién se lo cuentas! — dijo el padre, riendo a carcajadas. — ¡Tontines! ¡Si he sido yo

quien os ha dado la broma de los lunares! ¿Quién si no yo podía conocerlos, ni quién señalarlos mejor que el padre que ha criado, vestido y bañado tantas veces a tu mujer, cuando era una muñeca de carne y hueso?

—¡Buen rato y buen susto me ha dado usted con su broma! —dijo Enrique, lanzando uno de esos amplios suspiros de tranquilidad que vuelven el alma al cuerpo.

Marido y padre explicaron el caso a Concha. Pero la explicación llegaba tarde.

Seguía gritando y mirándolos con ojos de imbécil, sin entenderlos ni conocerlos. Se había vuelto loca, y en aquel cerebro cerrado y obscurecido no penetraba ya ni penetró más la luz de la razón.

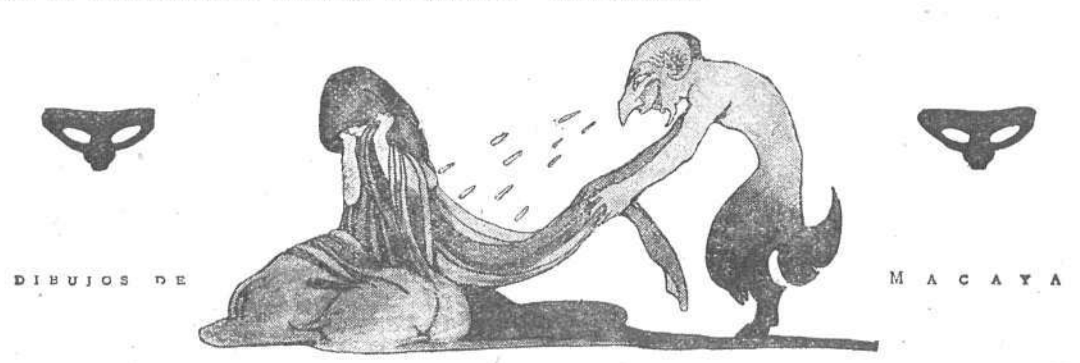
La demencia adquirió en poco tiempo tales vuelos y proporciones tan alarmantes, que fué necesario encerrar a esta pobre señora en el manicomio.

Su padre murió un año después, acongojado por las consecuencias de su broma de Carnaval. Lo mató la tristeza de haber sido demasiado alegre en su vida.

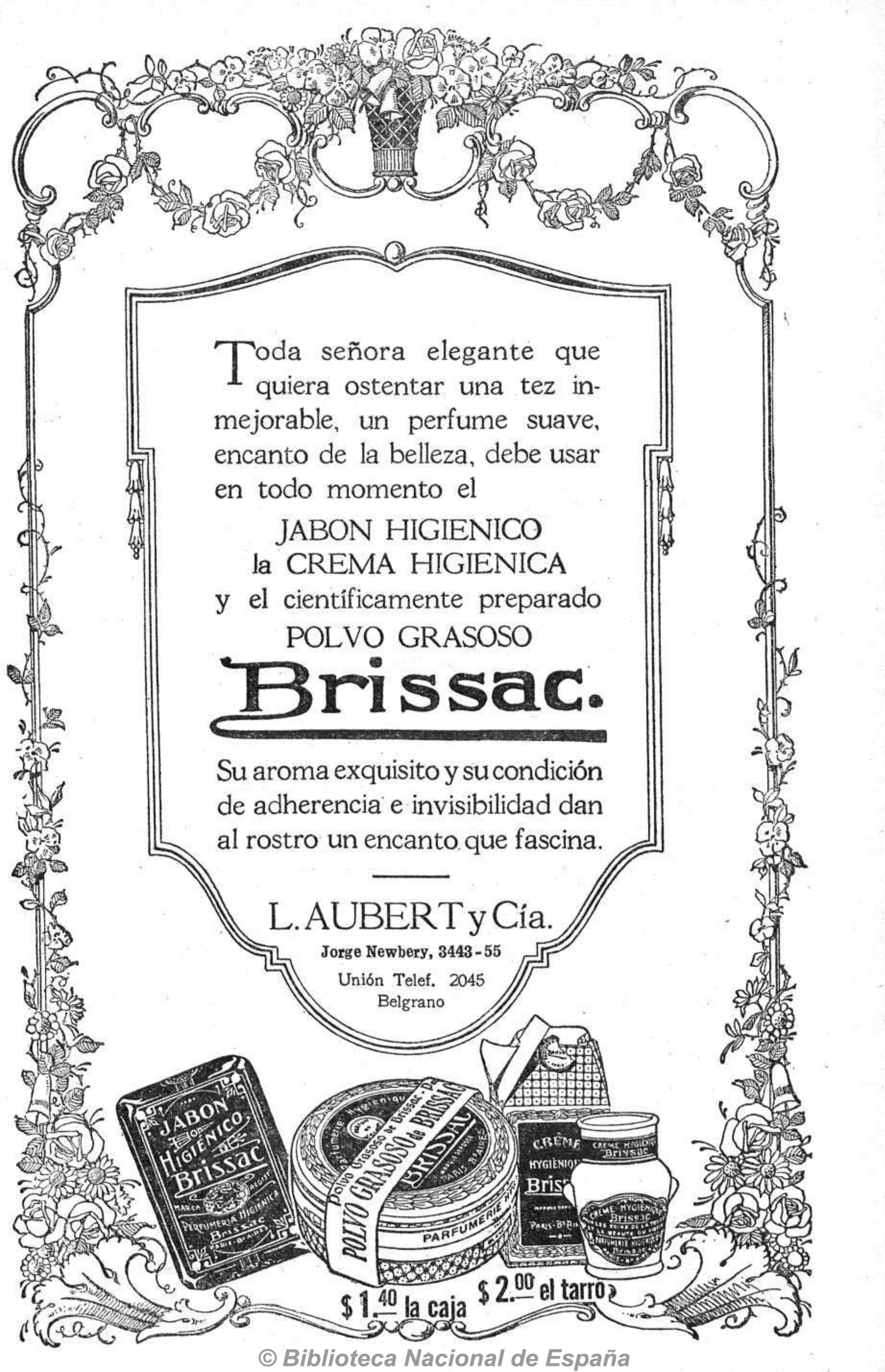
—¿Y confía usted en la curación?

—Poco, porque la doliente tiene mucha vergüenza y ésta es la peor colaboradora en su locura. Padece realmente la manía de la castidad. Sin embargo, se ha ganado terreno en este último año. Su locura es dulce, tranquila y muy simpática. Fuera de los accesos, discurre bien y habla con patética elocuencia. Conoce y recuerda su historia, y la cuenta con todos los pormenosres; solamente confunde y trastrueca su personalidad, abribuyendo, como usted ha visto, sus desgracias a una amiga íntima en cuyo cuerpo vivió algunas horas. Se figura ser una monja que ha profesado en este convento, temerosa de que le suceda lo que a su amiga, porque tiene lunares como y donde aquélla. Se exalta únicamente cuando ve a los hombres, y más si son desconocidos. Está convencida de que tienen la mirada líquida.

Esa es la manifestación de su locura: la razón de su sinrazón.



DIBUJOS DE MACAYA


Toda señora elegante que quiera ostentar una tez inmejorable, un perfume suave, encanto de la belleza, debe usar en todo momento el
JABON HIGIENICO
la CREMA HIGIENICA
y el científicamente preparado
POLVO GRASOSO
Brissac.
Su aroma exquisito y su condición de adherencia e invisibilidad dan al rostro un encanto que fascina.
L. AUBERT y Cía.
Jorge Newbery, 3443-55
Unión Telef. 2045
Belgrano
JABON HIGIENICO de Brissac
PERFUMERIA HIGIENICA Brissac
POLVO GRASOSO de BRISSAC
PARFUMERIE
CRÊME HYGIÉNIQUE Brissac
CREME HYGIENIQUE Brissac
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro

De Quilmes

Niños que tomaron parte en el animado concurso infantil celebrado recientemente.

Señoras de Bentzel y de Suchan y señorita Lorea paseando por la rambla del balneario.



A igual que se preserva al organismo de las innumerables enfermedades que lo acechan, así debe usted preservar su cabellera de una caída inminente.

La razón es muy sencilla: Una cabeza desprovista de cabello impresiona desfavorablemente sobre su estado de salud, a la vez que desmerece completamente la belleza de su físico. El

Específico Boliviano

Benguria

famoso desarrollador de las cabelleras y poderoso medicamento contra las canas, le hará crecer desde las primeras aplicaciones cabello nuevo en abundancia, haciendo desaparecer radicalmente las canas.

Sus componentes, a base de vegetales extraídos de la flora boliviana, destruyen instantáneamente la caspa y curan radicalmente la calvicie.

Las canas recobran su color natural sin necesidad de usar tinturas, tan perjudiciales para la raíz capilar.

UNICO LUGAR para la venta del Especifico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. Rafael Benguria B.

AVENIDA DE MAYO, 1239. — Buenos Aires. — Unión Telefónica 5753, Rivadavia.

SUCURSALES:

En Córdoba: Casa Angel Torres. — En la Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51, y Tienda "San Ponciano", calle 5 esquina 50. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (República Oriental): Sarandí, 429.

ATIENDO PEDIDOS Y CONSUTLAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA.



«Siempre compadecí a aquellos que no saben reir en Carnaval, llorar en la cuaresma, recordar en el día consagrado a los muertos y sentir la alegría y dulzura de los tiempos de Navidad... porque esas alegrías o tristezas en determinada fecha nos hacen comprender el ritmo de la vida y de los tiempos, el ritmo de la naturaleza, el ritmo de la alegría... » (1).

La gran ciudad vive, pues, sus días de alegría; y el ritmo prodigioso renueva, a través de los años y de los siglos, esas horas de bulliciosa despreocupación, esas horas que representan una tregua bien fugaz, por cierto, pero tan necesaria a veces para atesorar nuevas energías que nos hagan sobrellevar las pequeñas y grandes luchas de la vida diaria.

De todas partes nos llega la sonora, intensa vibración de esas horas de bullicio y algazara; el ritmo potente de la vida nos impone de manera ineludible esas alegrías y expansiones en las fechas determinadas, e involuntariamente nos dejamos llevar también por la corriente cuando no nos detenemos para observar, con el alma plena de indulgencia, las ajenas expansiones...

Contemplamos, pues, con profundo interés las mil brillantes facetas de los días de algazara y alegría; muchas escenas de la animada farándula mundana merecen especial atención, escenas que serán desmenuzadas pocas horas después por el implacable *Monsieur Potin*... Pero no dejamos de escuchar también el comentario sereno y reposado a propósito de las últimas crónicas que nos llegan desde muy lejos.

Ha interesado vivamente, en este ambiente nuestro, la reciente noticia que nos anunciara el compromiso oficial de la princesa Yolanda, la bellísima y encantadora princesita real de Italia; no habría podido ser de otra manera, puesto que la sociedad argentina valora y respeta sinceramente el alto ejemplo que han sabido dar en su vida de hogar los augustos soberanos del país amigo... Sería el caso de recordar el armonioso epitalamio aquel que dice: «Hubieron bodas reales...» Pero la gentil princesita, colmada por todos los dones del rango, la belleza y la fortuna, no ha querido aspirar a un trono; toda su ambición ha sido la de elegir el compañero de su vida, y el gallardo capitán del regimiento de Saboya, de muy noble linaje, eso sí, ha sido el que ha conquistado — tal como en los cuentos de hadas — a la hija del rey caballero, heredera de todas las virtudes de una reina tan buena como linda...

La gentil princesita de Italia no es la primera en anteponer a razones de estado las del propio corazón; Mary de Inglaterra, la rubia y bondadosa heredera de los soberanos de la Gran Bretaña, quiso también realizar su ensueño juvenil... El obligado comentario aconseja que no está de más tener presente ese renunciamiento generoso, ese despego, tan natural, con que las modernas princesitas — herederas de dinastías cuya historia llena las crónicas de centenares de años — abandonen pompas y grandezas, con las vanidades y los halagos inherentes a tan altas cimas, porque habló su corazón... En cambio aquí, entre las hijas de nuestra tierra, de esta América mantenedora de los más altos ideales de democracia, hay muchas que se desviven por conquistar un título nobiliario o por enlazarse con familias de la rancia aristocracia extranjera que puedan ostentar blasones.

Sólo deseo anotar para ustedes, amigas lectoras, algunos datos inéditos, muy oportunos desde que tanto se habla en derredor del reciente compromiso de la bella princesa Yolanda... Gentiles y juveniles figuras de la sociedad argentina han tenido ocasión de conocerla muy de cerca, cuando realizara ella su visita a Inglaterra en ocasión de las grandes fiestas deportivas en que tuvo tan prestigiosa actuación el conde Calvi di Bergolo, capitán de caballería del regimiento de Saboya, y es que allí, en Windsor, en el riente cuadro de la campiña inglesa, se levanta un precioso *cottage*, morada de un aristócrata ruso, emigrado, apuesto coronel de caballería, que ha resuelto ganar su vida en tierra extranjera formando un importante *élevage*, modelo en su género; la gracia y la belleza de la mujer argentina es la que ilumina el joven hogar... El coronel Rodzianko, hijo de la ilustre princesa Galitzine, y su esposa, Elena Nash Virasoro, nuestra joven compatriota, cuya arrogante belleza fuera tan admirada en la corte de los zares, conquistaron la simpatía de la princesa real en aquellos concursos presenciados por la gallarda e intrépida amazona, que, vivamente interesada por la empresa fundada por el coronel Rodzianko, le expresó el deseo de visitarles a él y a su esposa en su *home*, del que habrían de hacer los honores las juveniles figuras que acompañaban a la bellísima señora de Rodzianko: May y Dolly Nash Virasoro, Yolanda Calvo...

Perdura aún el recuerdo de aquel improvisado almuerzo lleno de alegría, la impresión del encanto singular de la joven princesa, de su espontánea cordialidad, hasta de su sorpresa al oir llamar con su dulce nombre a la interesante porteña que se encontrara tan casualmente en aquel riente *cottage* inglés.

— ¿Conque tú llevas mi mismo nombre? — expresó, con esa familiaridad propia de soberanos, y que no puede chocar en ella merced a su exquisita afabilidad. — ¿Y fué por mí que te llamaron Yolanda? — insistía con su luminosa sonrisa. — Pues estoy encantada de ver mi nombre tan bien llevado, porque eres muy linda...

Dada la familiaridad de aquella reunión, en la que nadie recordaba las prácticas protocolares, hubo alguna pregunta o insinuación un tanto indiscreta...

— ¿Que he venido para celebrar mis esponsales con el príncipe de Gales? Pero si apenas le conozco.. Para mí no reza, felizmente, la razón de estado; eso queda para *il bambino*... Soy dueña de mi porvenir y he de casarme por cariño, lo mismo que ustedes.

El ensueño juvenil se ha realizado hoy, pero la luminosa sonrisa de la bellísima princesa dejaba adivinar entonces que su corazón había hablado ya.

Y para que este romance, tan parecido a un legendario cuento de hadas, nos impresione más aún, cabe recordar un dato singularmente interesante. La hermana del conde Calvi di Bergolo, futuro esposo de la princesa real de Italia, Matilde Calvi di Bergolo, casada con el príncipe real de Dinamarca — que renunciara también a todos sus derechos por vivir su vida sentimental — es compatriota nuestra, por más que las leyes italianas no puedan admitirlo... Hija de diplomático nació en tierra argentina, porque quiso el destino que algún destello de la gracia y el encanto criollo pudiese intensificarse y florecer en la helada comarca del Norte...

La dama duende.

Buenos Aires, 13 de febrero de 1923.

(1) Delfina Bunge de Gálvez.

ENLACE



SEÑORITA CARMEN FLORES CON EL ALFÉREZ DE FRAGATA GABRIEL MALLEVILLE.


Polvos de Tocador
Su suavidad y delicada finura justifican la preferencia que las damas otorgan a los riquísimos
PERFUMES
Excelsior
GRIET & Cia
Estos polvos de tocador se preparan en los tonos BLANCO, ROSA y RACHEL.
POUDRE
Excelsior
EXTRA
GRIET & Cie
POLVO
Excelsior
Extra Concentré
La caja, $ 1.70
GRATIS
remitimos a quien la solicite una muestra de cualquiera de estos deliciosos POLVOS DE TOCADOR.
Polvo de Belleza
"PEBA"
Grasoso e Invisible
La caja, $ 1.50
POLVO
Gladys
La caja, $ 2.40
Pruebe usted las finas AGUAS DE COLONIA de esta acreditada marca
Griet & Cia
Perfumeria Excelsior
LAVALLE, 717
BUENOS AIRES



Picnic organizado por el círculo social "Dalmacio Vélez Sársfield".

UN ENIGMA, A PESAR DE LOS GEÓLOGOS

El interior de la tierra constituye todavía un enigma: nuestro conocimiento se limita, en suma, a una profundidad mínima de la capa externa. Sin embargo, se han alcanzado notables resultados en el estudio de las características de la costra del globo terrestre.

Entre otros, los de los cálculos fisicomatemáticos del doctor Baudisch, de que habla la revista "Reclams Universum". Se trataba de resolver primero esta cuestión: si la costra terrestre es capaz de soportar su propio peso. Con relación al diámetro de las tierras, la costra tiene tiene poco más o menos el espesor de la cáscara del huevo respecto del mismo huevo. Ahora bien, la cáscara del huevo no sólo es suficiente para soportar su propio peso sino para resistir una carga relativamente notable.

Si se calcula que la costra terrestre tiene de espesor 300 kilómetros y el peso específico es de 2500 kilogramos por metro cúbico, el cálculo demuestra que la costra terrestre no está en condiciones de resistir su propio peso. Las presiones que se ejercen sobre ella son muchos más considerables, pues se calculan en 777 toneladas por centímetro cuadrado. Para que se tenga una ligera idea de lo que esto significa, basta pensar que el mejor acero no soporta más de diez toneladas sobre la misma medida de superficie. La escasa fuerza de resistencia de la costra del globo explicaría también la formación de volcanes sobre las costas marinas. Allí, a la presión del aire, se agrega el peso de la columna de agua, y la suma de estas presiones tiene por efecto empujar hacia lo alto, en los puntos de menor resistencia, el fuego de las regiones profundas.



Por más bonito, por más gracioso y expresivo que sea un rostro, pierde todos sus encantos cuando comienzan a aparecer en él las molestas erupciones. Para evitarlas y curarlas beba la dosis de

Levadura de Frutas Gibson

un laxante suave de las frutas frescas, de riquísimo sabor, que combate los granos, forúnculos, sarpullidos, eczemas y todas las afecciones del cutis, desde el propio origen.

Distribuímos un interesante folleto descriptivo de esta especialidad. Pídalo.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

168, Defensa, 192 — Unica Sucursal: Florida, 159 (Pasaje Güemes)

U. Telef. del 5921 al 5925, Avenida

DICHOSO TU

Diálogo entre dos amigos que se encuentran en la calle después de largo tiempo sin verse.

SAMUEL. — Adiós, José.

JOSÉ. — Hola, Samuel; tanto tiempo. ¿Cómo te va?

SAMUEL. — Muy bien, gracias; ¿y a ti?

JOSÉ. — Magnífico. Pero, hombre, qué gordo te has puesto. Se ve que te sienta la vida de hogar.

SAMUEL. — Cómo no; mi vida es un poema. (*Aparte*). *Cásate y verás.*

JOSÉ. — Me alegro tantísimo. (*Aparte*). *Qué envidia te tengo.*

SAMUEL. — ¿Y qué es de tu vida? ¿Cuando te casas?

JOSÉ. — Quién lo sabe. Todavía soy libre como los pajaritos y puedo volar de rama en rama.

SAMUEL. — (*Irónico*). ¡Picarón! Pues no hay que descuidarse, amigo. Ya es tiempo de que atravieses el apacible Rubicón. (*Aparte*). *Lo de apacible no lo creas.*

JOSÉ. — Bah... Si estoy encantado de esta vida que hago. Si vieras que bien me siento así. (*Aparte*). *Qué mentira estoy diciendo. Este sí que es feliz: basta verle la cara.*

SAMUEL. — Y la profesión, ¿marcha bien?

JOSÉ. — No puedo quejarme. (*Aparte*). *Si vieras qué calamidad es ésta de pasarse la vida entre papel sellado.*

SAMUEL. — Yo tampoco puedo quejarme de la mía. (*Aparte*). *Quién fuera abogado como tú. Quién pudiera no tener que luchar con la ingratitud y la impertinencia de los enfermos.*

JOSÉ. — Me alegro, me alegro muchísimo. De salud pareces estar bien.

SAMUEL. — Inmejorable. ¿No me ves? Me siento más fuerte que un toro. (*Aparte*). *Ay mis pobres riñones, cómo se ríen de esta mentira.*

JOSÉ. — Eso es una gran cosa; la salud ante todo.

SAMUEL. — Y la tuya no parece mala.

JOSÉ. — (*Jovial*). Gozo de una salud envidiable. (*Aparte*). *Si vieras la neurastenia que llevo dentro.*

SAMUEL. — Te dejo, querido José. Mi mujer y mis chicos me esperan. Yo tengo chicos; ¿no lo sabías? Son una monada. (*Aparte*). *Me cuestan bastante mis angelitos y además me despiertan a media noche, pero en fin...*

JOSÉ. — Me lo imagino. (*Aparte*). *Feliz tú; yo, en cambio, solo... solo.*

SAMUEL. — Bueno; a ver cuando te casas y me das la noticia. (*Aparte*). *Qué barbaridad harías. Perder tu libertad y tener que trabajar como un negro para no ver nunca diez pesos reunidos.*

JOSÉ — Ya estoy hecho a esta vida. (*Aparte*). *No es verdad, ¿Para qué quiero todo mi dinero, yo, triste solitario y egoísta, sin un afecto?*

SAMUEL. — Espero que nos acompañarás a comer algún día. (*Aparte*). *No vengas, por Dios; aquello es un infierno.*

JOSÉ. — Muchas gracias. Te acompañaré con gusto en cualquier momento. (*Aparte*). *No me esperes. ¿No ves que sufriré ante tu felicidad?*

SAMUEL. — ¿Vives en Buenos Aires?

JOSÉ. — Sí; en la calle Arenales número...

SAMUEL. — ¡Ah! en el barrio norte; se ve que se progresa. (*Aparte*). *Y yo viviendo en Lanús. Qué imbécil he sido.*

JOSÉ. — ¿Y tú vives aquí también?

SAMUEL. — No; yo vivo en Lanús que es un pueblo encantador. La salud de mis chicos me obliga a vivir fuera de la capital. (*Aparte*). *Perdonadme, hijos míos.*

JOSÉ. — Haces muy bien. (*Aparte*). *Lanús... Lanús... quién pudiera vivir tu plácida existencia en Lanús, rodeado de seres queridos, dejándose dulcemente envejecer a la sombra de los sauces.*

SAMUEL. — Bueno, mi querido José; no dejes de venir a visitarnos; ya sabes que nos darás un alegrón.

JOSÉ. — Adiós, Samuel. Muchas gracias. Iré un día de éstos.

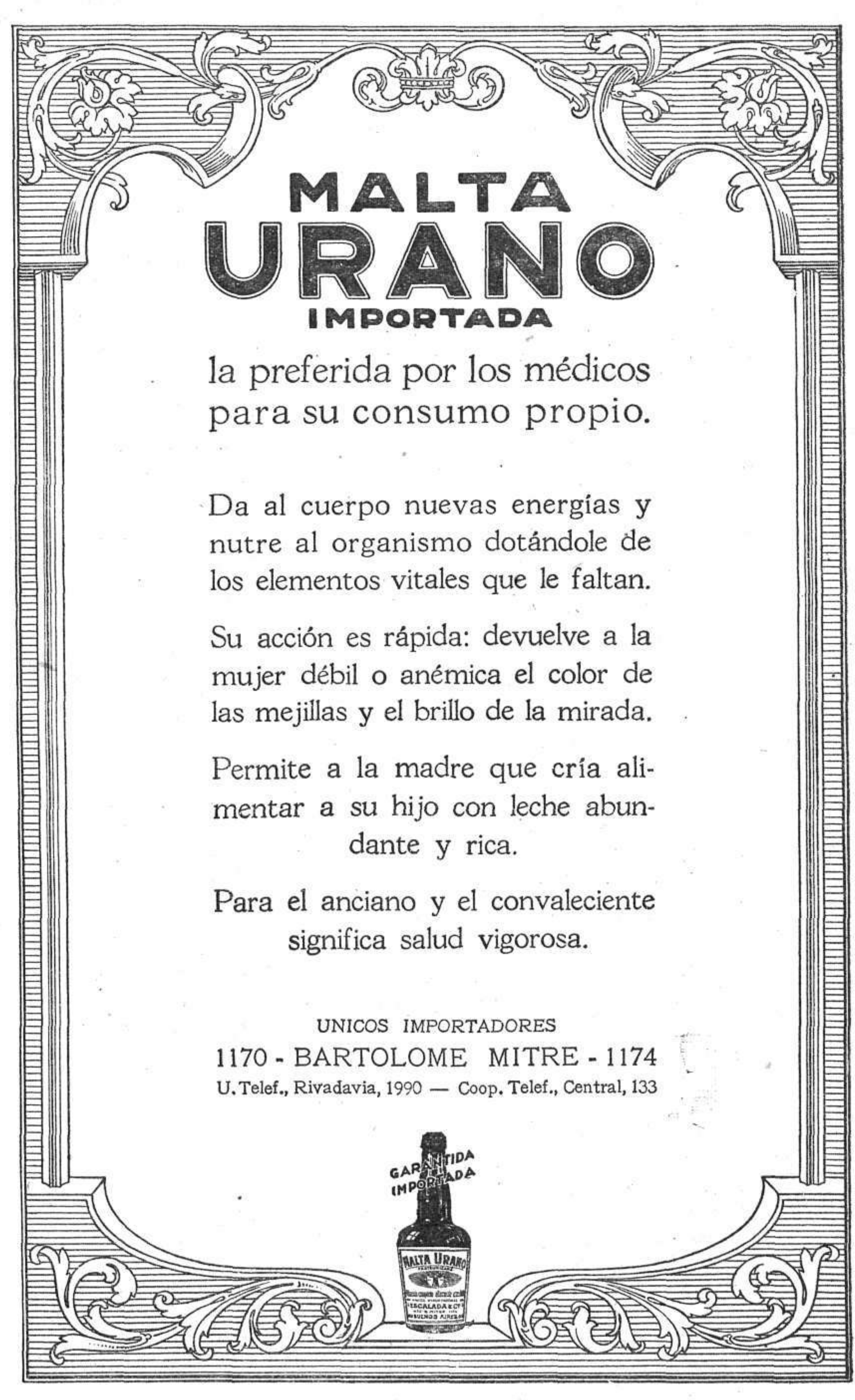
(*Se separan*).

JOSÉ. — Qué feliz es este buen Samuel. Qué inteligente fué. Qué bien ha sabido encauzar su vida. Yo, en cambio, ando ambulando por el mundo sin objeto en la vida, sin un norte. Daría todo mi dinero por un día de su existencia.

SAMUEL. — Este resolvió el problema. No se casó y por tanto es libre; y como nadie manda en él, es feliz; claro. Gana dinero en abundancia y gasta poco, *ergo* es rico. No tiene preocupaciones económicas ni mujer ni hijos que lo fastidien a todas horas y por consecuencia goza de buena salud evidentemente. Eso es ser vivo. Eso es tener talento. Decididamente, yo erré el camino.

CIRO INFANTE




MALTA
URANO
IMPORTADA
la preferida por los médicos para su consumo propio.
Da al cuerpo nuevas energías y nutre al organismo dotándole de los elementos vitales que le faltan.
Su acción es rápida: devuelve a la mujer débil o anémica el color de las mejillas y el brillo de la mirada.
Permite a la madre que cría alimentar a su hijo con leche abundante y rica.
Para el anciano y el convaleciente significa salud vigorosa.
UNICOS IMPORTADORES
1170 - BARTOLOME MITRE - 1174
U. Telef., Rivadavia, 1990 — Coop. Telef., Central, 133
GARANTIDA IMPORTADA
MALTA URANO



Grupo de infantes que concurrieron a la velada literaria organizada por la Sociedad Italiana, en donde se repartieron hermosos juguetes.

VALE MÁS ERRAR CREYENDO

Vale más errar creyendo que errar dudando.

Si dudas de todo, en todo hallarás el aguijón de la pena, porque muchas cosas te acaecerán conforme a tu duda, y lo bueno que te acaezca, a pesar de ello, estará amargado por un escepticismo interior.

En cambio, si en todo tienes fe tus propios desengaños te serán gratos recordando que, hasta que no llegaron, esperaste... Y tus dichas florecerán como rosas plenas después de una estación entera de rosas.

La belleza muchas veces sólo necesita para realizarse, como condición última, tu fe en ella.

El amor que vacilaba al nacer rompe resueltamente su capullo si lo atrae la primavera de la fe, llama eficaz que todo lo hace germinar.

Si crees, habrá además en tus ojos algo imperioso y dulce al propio tiempo que sojuzgará y avasallará las almas.

Tus pies se posarán en la tierra con seguridad de dominio y tendrá tu andar un ritmo viril a cuyo compás gustará de ajustarse la buena fortuna.

En tus palabras habrá un sortilegio invencible, y el ademán de tus brazos llegará a ser tan augusto y definitivo como un signo de la fatalidad.

AMADO NERVO.



DOÑA Luz: cuarenta y tres años; seca y alta; el perfil aguileño, los cabellos grises, la voluntad combativa. Pertenece a ese grupo insoportable de personas que creen «tener siempre razón». Usa lentes.

González, marido de doña Luz: cincuenta años. Hasta cumplir la cuarentena tuvo el vientre redondo y la cara alegre; pero, de súbito, una afección al hígado le descarnó los huesos y le agrió el carácter. En su moral, antes apacible, levantáronse vientos de rebeldía; admiró a Lenín, y juzgó odiosa la arquitectura social presente. Ahora el señor González tiene la tez del color de los limones verdes y la boca amarga, se queja del reuma y defiende el reparto de tierras y el divorcio.

De la vida inquieta

Los maridos se aburren

La escena de noche y en un gabinete confortable. El matrimonio está de «monos» porque hace tres días que el esposo, alegando razones diversas — todas por cierto de poquísima enjundia — cena fuera de casa. ¿Por qué?

GONZÁLEZ (*observando a su mujer por encima del periódico que está leyendo*). — El ministerio francés de agricultura ha decidido otorgar un premio a aquellas familias que demuestren haber cultivado la misma parcela de tierra durante más de un siglo. (*Luz mira a su cónyuge y no responde.*) El proyecto es laudable, pero insuficiente, porque el premio no debe consistir en una medalla ni en un diploma, sino en la misma tierra.

DOÑA LUZ (*que aborrece a Francia desde que separó la Iglesia del Estado*). — No me interesa nada de lo que sucede en ese país.

GONZÁLEZ (*que adoraría a Francia, aunque sólo fuese por disgustar a su mujer*). — A la proposición del ministerio muchos campesinos han respondido ya: un agricultor de la región del Este dice que sus predecesores no se han movido de la pequeña hacienda que él cultiva actualmente desde el año 1200. Es decir: desde hace más de siete siglos. (*Emocionado.*) ¡Qué conmovedor ejemplo de fidelidad a la tierra!

DOÑA LUZ (*virulenta*). — ¡Bah!... Mejor sería que esa fidelidad la guardasen para ellos mismos; si lo hiciesen no habría en su país tantas mujeres perdidas ni tantos maridos en ridículo.

GONZÁLEZ, *hace una mueca desdeñosa.*

DOÑA LUZ. — ¿Por qué no instituyen un premio para «la fidelidad conyugal»?

GONZÁLEZ. — Tienes un modo irritante de involucrar las cuestiones. Reconoce, sin embargo, que es mucho más fácil serle fiel a la tierra que a una persona.

DOÑA LUZ. — ¿Sí?... ¿Cómo?... ¡Bonita teoría!

GONZÁLEZ. — Porque aquélla es pasiva, silenciosa, dulce; le tierra no nos molesta, no nos cansa, no nos aburre con impertinencias... si nos separamos de ella no nos sigue... y las personas sí.

DOÑA LUZ. — Muchas gracias.

GONZÁLEZ. — ¿Conoces el «caso» de Mr. Lieubray?

DOÑA LUZ (*se quita los lentes con un ademán nervioso, se los vuelve a poner y no contesta*).

GONZÁLEZ. — Pues, Mr. Lieubray, una tarde, después de sostener con su esposa un pequeño altercado, cogió su paraguas y se fué. Nada grave había sucedido y sin embargo no volvió a su casa ni a comer ni a dormir. A la mañana siguiente hallaron su paraguas en un rincón del Casino, y Mme. Lieubray, recelando que su esposo se hubiese suicidado, avisó a la policía. Transcurrieron varios días de pesquisas infructuosas; al desaparecido, desde que salió del Casino, donde estuvo, según costumbre, jugando al dominó, nadie le había visto. Al fin, dos semanas después, le hallaron en una casa de campo, plácidamente divertido en sembrar flores. Asombróse el «detective» que iba en su busca de verle tan tranquilo; su aspecto era el de un burgués feliz. «Pero, ¿qué hace usted aquí? — le preguntó. — ¿Por qué ha dejado usted su casa?» A lo cual el fugitivo replicó sencillamente, con esa ecuanimidad con que exponemos los hechos irrebatibles, los hechos que no necesitan demostración: «No pienso volver a mi casa porque mi señora me aburre». (*Un silencio*). ¿Qué te parece la historia?

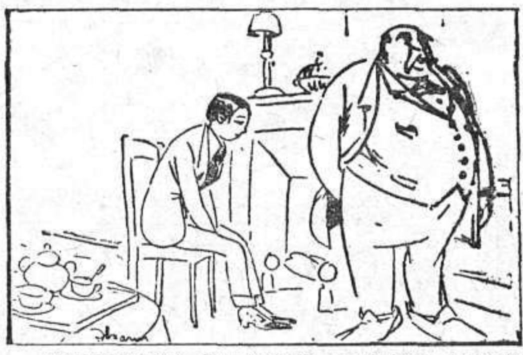
DOÑA LUZ (*con sorna*). — ¡Muy edificante!

GONZÁLEZ (*riendo*). — Si el pobre hombre se aburría, ¿qué iba a hacer?...

DOÑA LUZ. — Aguantarse.



El joven centauro. — Hermoso día, ¿verdad?
El viejo centauro. — Sí, pero no tardará en llover. Me molestan mucho mis esparavanes.



— Tú eres un imbécil: ¡Después del tiempo que pasas en el cuarto de la mucama ya debías saber si es ella la que roba las medias de seda de tu madre!

GONZÁLEZ. — ¿Por qué razón?... ¿Qué beneficio obtiene la sociedad obligando a convivir a dos personas que no se quieren?

DOÑA LUZ. — No se dice que ella no le quisiese a él... ¡Pero los hombres sois así! Luego parece que la culpa de esos disgustos matrimoniales corresponde a ambos consortes, cuando en realidad es sólo vuestra. (*Venenosamente.*) Conozco maridos que merecían morir colgados por los pies.

GONZÁLEZ (*en el mismo tono*). — Y yo conozco «señoras» acreedoras a igual castigo, como esa adivinadora que al siguiente día de casarse huyó del domicilio llevándose en cheques y billetes ciento cincuenta mil francos. El infeliz marido, al resolverse a presentar contra ella una demanda por estafa, declaró «que la conocía desde hacía mucho tiempo». Aunque yo creo que no la conoció hasta que se le fué. (*Pausa.*) Dime si la víctima tiene o no derecho a divorciarse.

DOÑA LUZ (*fríamente, como si no diese crédito a la noticia*). — ¿Dónde ha ocurrido eso?

GONZALEZ. — En Marsella.

DOÑA LUZ. — ¡Ah!... Debí sospecharlo. El género es muy francés.

GONZÁLEZ (*irritado*). — ¡No es francés, sino internacional!... Porque todos los países...

DOÑA LUZ (*interrumpiéndole*). — Menos el nuestro.

GONZÁLEZ. — ¡Claro es! Menos el nuestro que continúa sumido en el absurdo; digo que todos los países cultos han establecido la ley del divorcio para que sus ciudadanos puedan, si así conviniera a sus intereses o a su corazón, reformar su vida sin necesidad de poner el pie en lo vedado. Ve lo que hace Inglaterra... lo que hacen Alemania y los Estados Unidos. Para esas naciones, verdaderamente progresistas, el divorcio es un episodio trivial. En la ciudad de Chicago, por ejemplo, Mr. Walter Raleigh ha querido divorciarse de su mujer porque ésta no le hablaba.

DOÑA LUZ. — ¡Qué atrocidad! ¿Y los tribunales de justicia aceptaron la demanda?...

GONZÁLEZ. — Los tribunales hicieron mucho más que aceptarla: fallaron la causa en favor del marido.

DOÑA LUZ (*santiguándose*). — Y ¿esa pobre mujer no había cometido otro delito que el de no hablarale a su marido?... ¡Estaría incomodada con él!...

GONZÁLEZ. — Indudablemente; pero considera que hacía diez y ocho años que no le hablaba. Mr. Raleigh tiene razón: él al casarse pensó hacerlo con una mujer, y luego ha reconocido su error, porque una mujer capaz de permanecer diez y ocho años callada no es una mujer.

DOÑA LUZ *tuerce los labios con disgusto.*

GONZÁLEZ. — ¡Ah, si yo supiese inglés!...

DOÑA LUZ *le mira como esperando la explicación de aquella tardía inquietud filológica.*

GONZÁLEZ (*tristemente*). — ¡Ah, si yo supiese inglés!

DOÑA LUZ. — ¿Qué harías de saber inglés?

GONZÁLEZ. — Me embarcaría mañana mismo para Nueva York.

DOÑA LUZ. — ¿Con qué intención? (*Una pausa.*) ¿Con la de divorciarte?

GONZÁLEZ *se estremece maravillado de la rápida penetración de su consorte.*

DOÑA LUZ. — ¿Para eso, verdad?

GONZÁLEZ (*negando tibiamente*). — ¡No, tontina! Pero sí para estudiar de cerca el vivir trepidante, vertiginoso de ese gran pueblo que no se sorprende de nada. Lo mismo que escandaliza a Europa, allí hace sonreír. En la ciudad de Oswego, verbigracia, un señor llamado Fred Voodruff acaba de ceder su esposa a su amigo Grovez Conaut, a cambio de un automóvil «Ford». Las tres personas interesadas en esta negociación han firmado un contrato.

Por Eduardo Zamacois

DOÑA LUZ (*rotunda*). — ¡Eso es mentira!

GONZÁLEZ. — Lo dice el cable.

DOÑA LUZ. — Yo no lo creo.

GONZÁLEZ. — ¿Por qué había de mentir el cable? Lo raro es que ese Mr. Conaut haya aceptado a esa señora...

DOÑA LUZ (*curiosa*). — ¿Es fea?

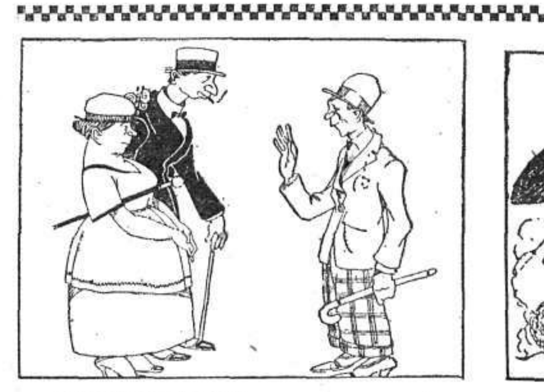
GONZÁLEZ. — La supongo feísima cuando su marido la ha cambiado por un «Ford» antiguo; un «Ford» de 1911...

DOÑA LUZ (*casi de buen humor*). — ¡No comprendo que a nadie le pueda interesar un pueblo así.

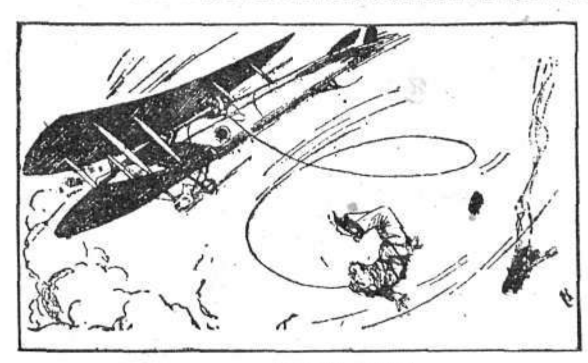
GONZÁLEZ (*suspirando*). — Aseguran que el idioma inglés es sumamente fácil, porque los verbos...

DOÑA LUZ. — ¡Déjate de bobadas! Tú ya no estás en disposición de ir a América sino de irte a la cama. Ea, vámonos a descansar. Mira que hora es: las once...

GONZÁLEZ (*resignado*). — La verdad es que hace frío. (*Se levanta.*) ¿Tú sabes dónde he dejado mi gorro de dormir...?



— ¿Y en su casa, va bien?
— Admirablemente, querido. ¡Figúrese que mi mujer se ha fugado con un primo y mi suegra está agonizando!



POLICIA AEREA
— No suelte la cuerda, señor agente; le juro no moverme.

De Tres Arroyos



Comisión de las romerías vascas que se celebraron por primera vez con gran éxito.

DESTERRANDO LA TUBERCULOSIS

La insistencia del inglés en su ablución matinal, aunque tenga que llevar su baño con él, y la determinación del norteamericano de tener un cuarto de baño en su casa sin atención al costo, están justificadas al fin. Un baño diario está considerado como un lujo o un despilfarro por bastantes gente y bastantes naciones. Esto hace que la declaración de sir James Crichton Brown, hecha en una conferencia de inspección sanitaria en Inglaterra, sea una contribución a la ciencia de la salud. "Si todo el mundo tomara un baño diario, frío o caliente — afirmó — la turberculosis desaparecía virtualmente de la superficie del mundo".

Declara el mencionado conferencista inglés que tenemos un largo camino por recorrer antes de alcanzar el debido nivel de la limpieza personal. De tener poderio legislaria la determinación de la gran Suecia instalando un baño en cada casa, aun cuando el Estado tuviera que suplirlo.

Tiene mucho fondo esta sugestión, porque existe aun gente, hasta en los Estados Unidos y en Inglaterra, que no conocen el valor, es decir la alegría, del baño, y la idea de que "la carne se debilita con el baño" es una superstición que persiste en demasiados hogares. Los médicos podrían desvanecer tales creencias si lo desearan; mas quizá temen ofender a sus pacientes, aun cuando sepan que el consejo es necesario.

PENSAMIENTOS

El hombre no debe ser gobernado sino por la ciencia.

La espina al nacer lleva ya la punta delante.

La vejez es un tirano que prohibe, bajo pena de la vida, casi todos los placeres.


PRODUCTOS
CALIDAD
Armour
Veribest
PATE DE FOIE
Veribest
BREAKFAST TONGUE
ARMOUR AND COMPANY
DISTRIBUTORS
Veribest
JAMON DEL DIABLO
FRIGORIFICO ARMOUR
Veribest
SALCHICHAS OXFORD
FRIGORIFICO ARMOUR
Armour's
Veribest
PRODUCTS
Veribest
CORNED BEEF
En los paseos
al aire libre
He aquí los manjares de sabor delicado, suculentos, nutritivos y frescos que mejor sientan en días de calor, tanto en los pic-nics y excursiones como en la mesa diaria.
CARNES PREPARADAS
Armour's Veribest
Jamón del Diablo, Paté de Foie, Corned Beef, Salchichas Oxford, Pasta de Jamón, Lenguas, Salchichas Francfort, etc.
Son insuperables para preparar sandwiches y platos fríos. En un minuto están listas. Como salen de la lata ya son comestibles. Todos los envases llevan la etiqueta ovalada de ARMOUR, símbolo de CALIDAD.
Pídalas en todos los buenos Almacenes.
FRIGORÍFICO ARMOUR
DE LA PLATA S.A.
Sección Ventas:
INGENIERO HUERGO esq. HUMBERTO I. Bs. Aires

«La casa de las ventanas obscuras»

Es una cinta kilométrica que está pregonando a gritos el género a que pertenece. En efecto; en ella se desenvuelven, con esa celeridad convencional a que obliga el cine... y los argumentos, un asunto racial tratado folletinescamente y disimulado, mejor o peor, en la literatura del episodio.

Entre un chino y un yanqui se establece, desde pibes, una fuerte animosidad que culmina en mutuo odio africano cuando, ya los dos hombres, se enamoran de una misma mujer, por cierto muy «pimpante».

Planteado así el problema entre un rostro amarillo y otro sonrosado cuyo ideal es una aparente combinación de ambos colores con que se simboliza a la muchacha que persiguen, mitad oriental y mitad norteamericana, es natural que, al cabo del enredo argumental, triunfe en toda la línea el varonil representante del Tío Samuel, y que se lleve la flor apetecida de sus desvelos a pesar de las tenebrosas maquinaciones del poderoso mandarín, padre del derrotado.

En resumen: una película que nos presenta escenas interesantes aunque a muchas de ellas se les advierta el artificio.

«Marcado a fuego»

Nos relata, en varios miles de pies de celuloide, las desgracias conyugales del capitán Evans, de guarnición en la frontera norteamericana durante la época colonizadora.

Con este motivo el espectador puede apreciar escenas de simpático colorido, así civiles como militares, con lo cual se suaviza el argumento y nuestro compasivo corazón no sufre con los infortunios del protagonista, un esposo «minotaurizado» cuya media naranja, llamada el ruiseñor de la pradera por lo bien que canta, huye con un aventurero y deja a su marido e hijo como si se tratara de unos simples conocidos... sin decirles siquiera «hasta luego».

El capitán Evans, haciendo un gesto de mil diablos, pide y obtiene la licencia absoluta y se marcha mundo adelante con la esperanza de atrapar a la infiel y entonces... entonces el «marcado a fuego» (cofradía de San Cornelio) se mete a capataz y se distingue por su humor taciturno y por su despego para con las mujeres.

Un buen día, mientras ahoga sus penas en un cafetín del pueblo, oye una voz dulcísima, una canción entonada con una voz maravillosa. El ex capitán Evans, con nerviosa brusquedad, levántase y mira hacia el tablado. ¡Cielos! ¡Sí! La «cantaora» era su mujer.

En aquellos solemnes momentos un hombrachón se acerca a Marta y quiere llevársela; pero ella, cansada sin duda de escapaterías por el estilo, se resiste; forcejean... Avanza el ex soldado, alza sus puños, machaca con ellos el rostro del intruso y luego, en amplio ademán de perdona-injurias, abre los brazos y recibe a su perdida esposa mientras exclama radiante de júbilo:

—¡Marta, esposa mía, mi ruiseñor!

Y se la lleva, y aquí — es decir, allí — no ha pasado nada.

TEATRO DEL SILENCIO

«El buitre»

Es un rompe-cabezas filmado con el propósito, que agradecemos, de mostrarnos bellos paisajes californianos y la lucha contra los elementos entablada por el protagonista — Shorty Hamilton — que termina por enamorarse de una mucama atortoladora y cuyo idilio se complica porque surge un tercero y luego se enredan las cosas, etc. Que nos hemos divertido no cabe duda.

«Micheline»

Tiene por heroína a Genovieve Félix, una «estrella» francesa que no carece de expresión, pero que abusa de las situaciones y «remarca» demasiado las escenas que interpreta. En cuanto al asunto, del género bobalicón, no logró conmovernos... apenas cosquillearnos.

«La nueva maestra».

Shiley Mason, menuda, circunspecta y juvenil, llega al pueblo para tomar posesión de la escuela. Conmoción general, murmullos, grupos, comentarios, atisbos... Se trata de un acontecimiento para el vecindario; todos los ojos inspeccionan a la nueva maestra; los mozos observan su dorada belleza y su gentileza pedagógica; las muchachas en estado de merecer la miran con algún recelo, presintiendo en ella a una linda rival venida de la ciudad; las personas graves esperan que la flamante funcionaria cumpla con su deber para provecho de la tropa menuda. Y así se desliza esta mansa película que, al fin, culmina entre suspiros amorosos, porque una cosa es la instrucción y otra cosa el carcaj del travieso Cupido.

Una cinta que se contempla con gusto.

«Sin ayuda de nadie»

Sigue la trillada senda del «Far West» y tiene por galán atropellador a Hoot Gibson. No es éste precisamente un Hart, pero el hombre se defiende con ganas merced al argumento escrito a propósito para favorecerle en las diversas peripecias en que interviene.

«La mujer de nadie»

Es una producción en que actúa una «estrella» de la constelación europea muy sugestiva y de primera magnitud: Thea Worth.

Esta película de altas trapisondas comienza a desarrollarse en Inglaterra para luego, a los mil y pico de metros, andar a brincos con las olas camino de América. Un tipo arruinado, por un puñado de oro se compromete a casarse con una desconocida. Muy bien. Pasan los años y este hombre se enriquece a tal punto, que le hace sombra al multimillonario Woley, con cuya hija pretende casarse; pero como ya está enyugado, resuelve regresar al viejo mundo para entablar el divorcio y quedarse libre. No logra dar con ella, y cuando, mohino, vuelve a estas hospitalarias playas, se tropieza en el barco con un ejemplar femenino tres veces encantador, a quien libra gallardamente de los asedios constantes de un galán pegajoso y... descubren ambos — algún tiempo después y gracias a la socorrida casualidad — que son casados, es decir: que ella es ella y él es él. ¿Se comprende? Ella, la mujer desconocida y él, el marido incógnito. ¡Ah!

Aparte de estos trucos literarios del ingenuo argumento, las escenas resultan interesantes y movidas.

Carnaval

Ha sido y es un tema bastante explotado por algunos productores cuyas primeras figuras femeninas son caprichosas, y queda dicho que la mayoría de las artistas, principalmente las mimadas por el público, cultivan sus manías y sus extravagancias modisteriles a veces hasta la ridiculez.

Recordamos haber visto una película en que interviene nada menos que un miembro del gobierno británico, el cual posee una esposa que, sin ser Carnaval, todos los días aparece como disfrazada, luciendo trajes fantásticos, inventados por ella: de novia oriental, de odalisca, de bailarina rusa, de india azteca, de bebé... todos ellos trajes muy vaporosos y muy escasos de tela. El grave ministro de Gabinete, que da recepciones diplomáticas, se muerde los labios de ira a cada nuevo vestido de su consorte; las damas que concurren a sus fiestas sonríen con disimulo y hasta la felicitan por delante, pero a sus espaldas se carcajean de las locuras de la «ministra», motejándola de padecer delirio de grandezas.

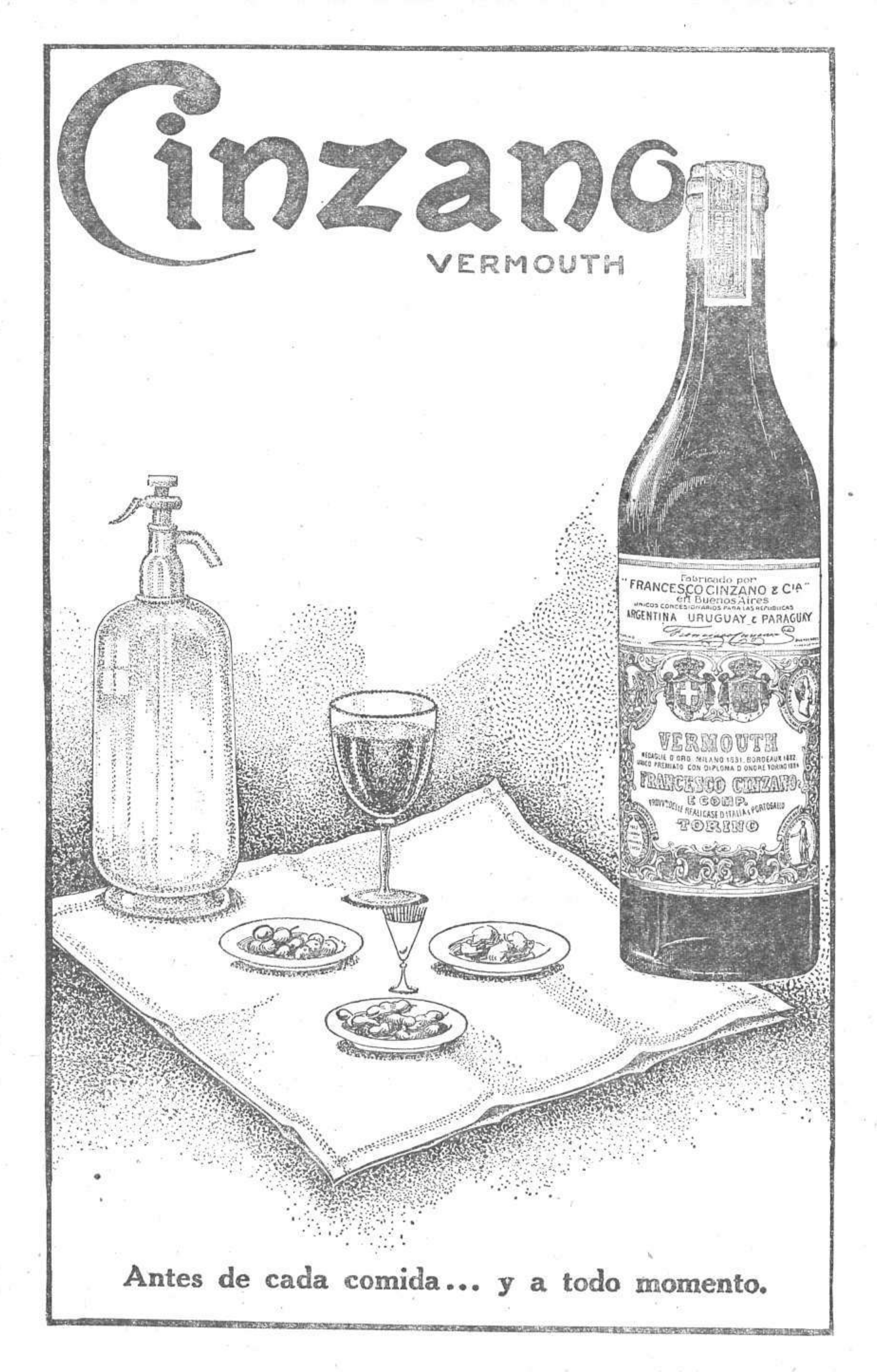
Entonces ella, para vengarse de las murmuraciones de sus amigas y de las frecuentes reyertas conyugales, dispuso un baile de disfreces en sus salones, aprovechando los días de Carnaval, y apareció de *rigurosa* Eva... únicamente cubierto el rostro con el antifaz. En el celuloide un ramo de flores, manejado por ella con habilidad de escudo, velaba al público ciertos detalles.

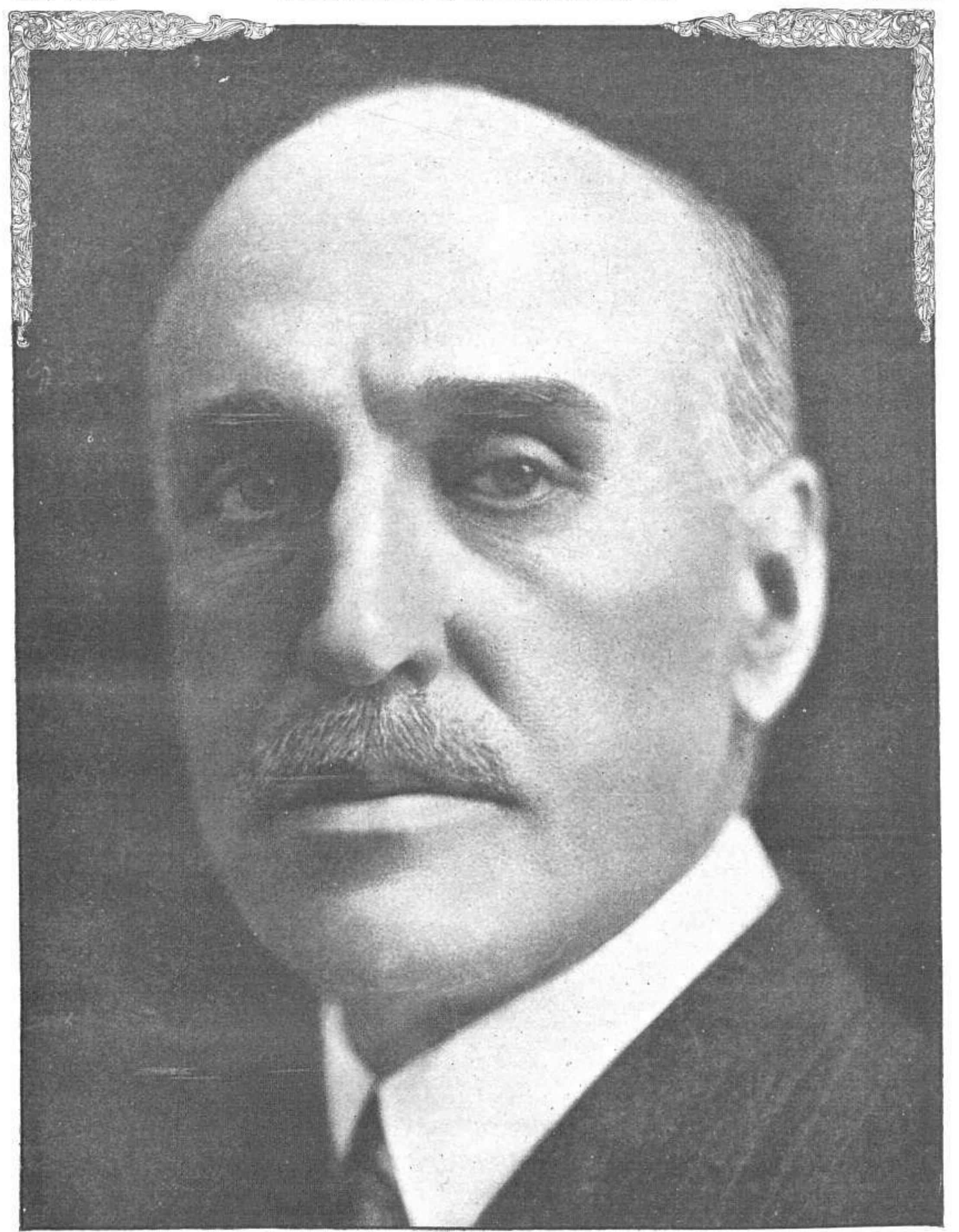
Fué condición que las máscaras guardaran el incógnito si así lo deseaban. La que o el que quisiera descubrirse pagaría una multa y nada más. La multa consistía en dar un beso a todas las personas del sexo contrario que se hallaran en el salón, las que podían devolverlo si así les placía. Sin embargo — ¡esos ingleses! — nadie se descubrió... hasta que Eva lo hizo, exclamando ante la concurrencia que la devoraba con los ojos: «Yo no pago ninguna multa porque, sencillamente, no soy una máscara ya que no estoy disfrazada sino al natural; y en cuanto a las críticas de todas mis queridas amigas, les ofrezco ahora esta ocasión para que se burlen de mi piel, que es el único *traje* que les falta por censurar».

Esta «gracia» anglo-sajona mereció los honores de un argumento cinematográfico.

Narciso Robledal.


A TODA HORA
puede tomarse el
FERNET-BRANCA
Siempre producirá en el aparato digestivo los efectos saludables que lo caracterizan, y que le han valido su renombre universal.
Devuelve el apetito y restablece las funciones del estómago y de los intestinos.
Concesionarios: HOFER & Cía. - Buenos Aires
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
AMERICA del SUD


Cinzano
VERMOUTH
Fabricado por
"FRANCESCO CINZANO & Cía"
en Buenos Aires
UNICOS CONCESIONARIOS PARA LAS REPUBLICAS
ARGENTINA URUGUAY & PARAGUAY
VERMOUTH
FRANCESCO CINZANO
E COMP.
TORINO
Antes de cada comida... y a todo momento.



CARAS Y CARETAS

EN URUGUAY

UNA VISITA AL PRESIDENTE ELECTO INGENIERO DON JOSÉ SERRATO CÓMO SERÁ SU POLÍTICA EXTERNA

La larga vida de CARAS Y CARETAS *y su creciente popularidad demuestran que sus fundadores, y los que siguieron la tradición de la casa, han sabido interpretar con acierto una aspiración de la cultura argentina.*

Montevideo, Febrero de 1923.

José Serrato

AUTÓGRAFO QUE EL NUEVO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY DEDICA A NUESTRA REVISTA.

El nuevo Presidente de la República nos recibe, como viejos amigos, en un despacho amplio y severo, desde donde ha realizado una sólida obra de financista. Don José Serrato es un hombre aun joven, alto, magro, de firme cabeza, reveladora de carácter. En su abierto rostro brillan los ojos, un poco miopes por la obstinada atención. La calvicie prematura acredita, en este caso, a un trabajador extraordinario, a quien, desde el Ministerio de Hacienda, en época de guerra fratricida, supo conjurar una de las crisis más terribles que ha sufrido el Uruguay. Para merecer la gratitud del país, le bastaría a Serrato eso o la transformación del Banco Hipotecario, que es hoy una de las más florecientes instituciones uruguayas.

El Presidente electo nos recibe afable, cordial, sin teatralidades. Nos ha ofrecido asiento y él ocupa su mesa de trabajo, colmada de papeles con apuntes y cálculos. El ingeniero Serrato habla con facilidad y tienen natural elegancia sus ademanes.

—La política exterior?... — y repite íntegra nuestra pregunta. — Es acto de buen gobierno, no olvidarse aquí de nuestra situación privilegiada en el continente, lo que nos consiente mantener una actitud muy digna, por completo noble y generosa.

Como su antecesor, el doctor Baltasar Brun, el ingeniero don José Serrato es un americanista entusiasta. Tiene gran fe en el porvenir de estos pueblos nuevos, donde se están plasmando las virtudes de una gran raza.

—Uno de los mayores desvelos de mi gobierno será siempre la busca de vinculaciones e influencias continentales, amoldando de continuo la conducta del Uruguay a los principios morales: el Derecho y la Justicia. Por fortuna el país tiene una tradición honrosa que le permite actuar sin apasionamientos egoístas; de suerte que, en todo momento, ha de contribuir a desvanecer los malentendidos que entre los pueblos americanos pudieran notarse.

Se concentra un poco y añade:

—A pesar de que la paz del continente, mal que pese a algunos espíritus alarmistas... o amigos de alarmar, es para mí una cosa definitiva. Por nuestra parte nosotros no nos dejaremos arrastrar nunca, por más grandes que sean los intereses materiales que se pongan en juego. Pero no vale hablar de esto. Creo en la sensatez de los políticos americanos y creo, en forma que no deja resquicio a la duda, ciegamente, fervorosamente, en el futuro de la política americana, que ha de pesar en la política de todo el mundo para bien de las generaciones.

Hombre de fe, de trabajo, el ingeniero Serrato pone en estas nobles palabras el acento grave de su profunda convicción. Y al escucharle ahora nos parece que un aura radiante ha entrado por el balcón del amplio despacho; y, sin saber cómo, se entornan nuestros ojos deslumbrados por la visión del «devenir». ¡AMERICA!, nos parece leer, con letras gigantescas, que se alzan en el espacio, letras tenues, hechas de esa luminosidad atornasolada del iris.

Mientras Europa paga las consecuencias de aquella devastadora hoguera que encendió su diplomacia, en este continente el trabajo fecundo nos redime. Y es interesante ver llegar al gobierno de las naciones platinas estadistas como Alvear y Serrato: hombres equilibrados, pacíficos, que esperan el bienestar de sus pueblos pura y exclusivamente del trabajo, ya sea éste material o intelectual.

Aunque ellos saben bien que el triunfo radica en la armonía.

Mientras visitamos al ingeniero Serrato, delante de su despacho, en el «hall» del Banco Hipotecario, a donde sigue acudiendo, para dar una clara lección de democracia, delante de su despacho — repetimos — se aglomera la gente. No es público del Banco, sino otro, también heterogéneo, en el que se confunden políticos y viejos servidores del Estado.

Van a ver al presidente electo para imponerle de situaciones colectivas o personales, descontando la buena voluntad del mandatario.

Pocas veces se han puesto mayor cúmulo de esperanzas en una sola persona. La situación difícil del Partido Colorado, a causa de las desuniones; la postración económica derivada de la desvalorización (excesiva hasta el absurdo) de nuestra riqueza, son problemas que se confía ver solucionados durante la presidencia Serrato. Sin duda, el nuevo mandatario viene al poder en condiciones excelentes, votado por todos los grupos; amigo de todos los colorados y con una sólida fama de hombre honesto, inteligente y laborioso en las filas contrarias. Sin contar su sólida preparación en materia económica, lo que le capacita para actuar desde el puesto más preeminente en una hora de desánimo, en la que el capital sólo busca colocaciones fáciles y garantizadas.

La elección del ingeniero don José Serrato para la presidencia de la República tuvo favorable repercusión en los centros bursátiles y financieros del Uruguay. En general pudo notarse que era una candidatura que no ofrecía resistencia en ambiente alguno. La prensa extranjera hizo justicia al triunfador.

Es de esperar, pues, con hombre de tal modo, ecuánime y bien intencionado, la más favorable gestión gubernamental, no sólo para los intereses materiales de su país sino que también para los altos intereses morales de toda América.

J U A N D E M O N T E V I D E O



EL FUTURO PRESIDENTE DEPOSITANDO SU VOTO.

LA EXCURSION DEL PRESIDENTE A CHAPADMALAL



El doctor Alvear y su comitiva inspeccionando las obras del puerto.



El primer magistrado en compañía del señor José Luis Bustamante, presidente del Club Mar del Plata.



La señora Pacini de Alvear y el nuncio apostólico, monseñor Beda Cardinali.




El Presidente de la República y los doctores Le Breton y Cantilo.

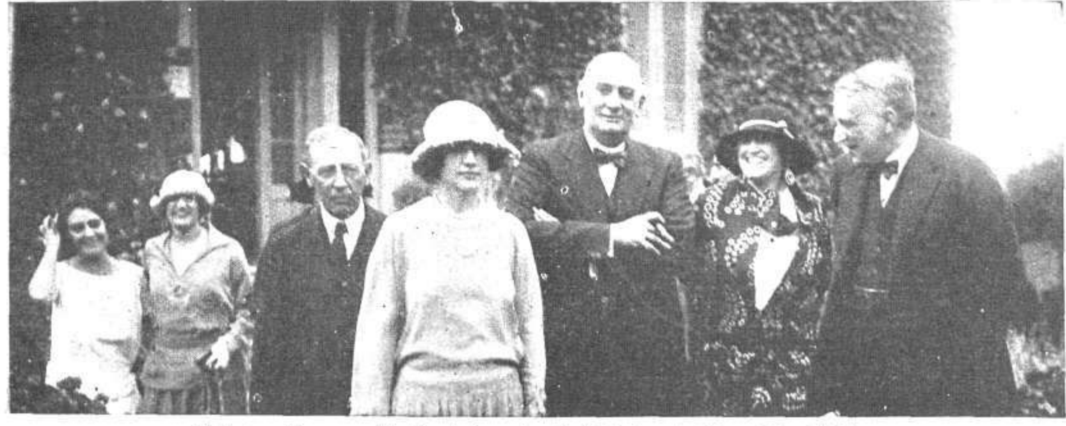


El doctor Alvear conversando con monseñor Cardinali.

Los ilustres excursionistas durante un agreste paseo.



Las señoras del Presidente y del Gobernador.



El doctor Alvear en el jardín de la residencia del doctor Cantilo en Mar del Plata.



LOS ULTIMOS DESFILES CARNAVALESCOS. LA MULTITUD, BULLANGUERA Y SALTARINA, APROVECHÓ LAS HORAS FINALES DE LAS FIESTAS PARA DESBORDAR SU ALEGRÍA PASEANDO, BAJO UNA LLUVIA ESPESA

NUESTROS PEQUEÑOS VISITANTES



Lelia Aleisa Scott, de fantasía.



Christiania Chiclet, de rosa.



Raimunda Argence, de dama antigua.



José María Costa, de locura.



José María Camian, de clown.



Erma Blanca Esmeralda, de fantasía.



Raquelita Canals, de copo de nieve.



Luisito F. Boioli, de jockey.



Carmencita Reboredo, de sultana.



Abel José Sánchez, de billiken.



Nilda Ofelia Napal Taverna, de red.



Rodolfo Parodi, de jockey.



Rosa Esteiro Figaroa, de dama antigua.



Pepito Massaferro, de pierrot



José Felipe Catena, de billiken.



Noemi E. Pedrón, de pierrot.



Antonio Carlos Scincatti, de fantasía.



Amalia Sellañes, de araña.

DE CONFETTI Y SERPENTINAS, POR NUESTRA «VÍA LUMINOSA» DE LA AVENIDA DE MAYO. YA DE MADRUGADA, MOMO AGITÓ COMO DESPEDIDA SU CASCABELEO SONORO E HIZO MUTIS HASTA EL PRÓXIMO AÑO.

NUESTROS PEQUEÑOS VISITANTES


Sara Ares, de la época Luis XV.


Martita E. Pardo Noé, de clavel.


Julio López, de pierrot.


Jovita C. Cacchione, de bailarina.


Ricardo Aníbal Niro, de pierrot.


Marta Rank, de holandesa.


Sarita Dipace, de Cleopatra.


Vicente Héctor Nitto, de pierrot.


Carmen Fernández, de pieerot.


Luisa Ana Bordone, de cupido.


Josefina Miranda, de billiken.


Lira Rosa, de odalisca.


María E. Ferraris, de dama antigua.


Jorge Mario Triay, de canillita.


René José Triay, de gaucho.


Elsa Barrionuevo, de polichinela.

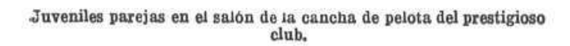

Tomás Iglesia, de aldeano.


Zulema León, de campesina.

Distinguidas señoritas luciendo típicos y elegantes disfraces.

BAILE DE DISFRAZ EN EL CLUB BELGRANO





Juveniles parejas en el salón de la cancha de pelota del prestigioso club.



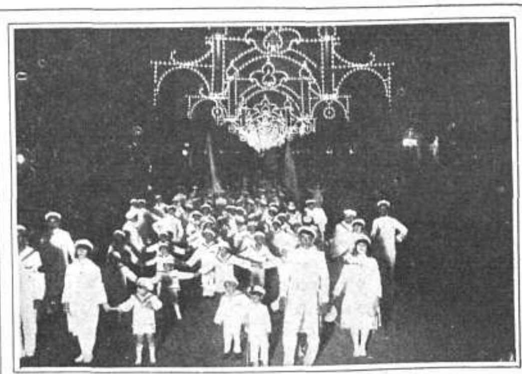
Un pintoresco grupo en la terraza durante un descanso de las orquestas.

Un aspecto del desfile por la Avenida 18 de Julio.

EL CARNAVAL EN MONTEVIDEO



Espléndida carroza egipcia que se destacó en el cortejo.



La comparsa "Marina Nacional", que fué muy celebrada.



El animado paseo realizado en el corso del Parque Rodó.



Una carroza con algunas juveniles mascaritas.

CONVERSACION
CON UN
EMBAJADOR

Por
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA



DOCTOR CARLOS DE ESTRADA, NUESTRO EMBAJADOR EN MADRID

Mi buena suerte me ha brindado la oportunidad de estrechar la mano del nuevo embajador argentino en España pocas horas después de que fuera recibido por el rey con todo el ceremonioso boato protocolar.

El doctor Carlos de Estrada es un hombre de aire simpático, estatura mediana y porte sencillo. Con su rostro rasurado y de buen color, llevando bien su principio de vejez y despojado ya de su brillante uniforme de embajador, más que otra cosa semeja un sano y bienquisto burgués que viene a Madrid a ultimar algunos pingües negocios o a divertirse honestamente.

En el aristocrático hotel Ritz ocupa las mismas habitaciones que antes ocupara el doctor Marco Avellaneda. El recuerdo no es ocioso en este caso, porque aquel admirable doctor Avellaneda, gracias a su mundanismo de buen tono, a su afectuoso trato, a su discreción y sobre todo a su amistad con los hombres de letras y los artistas, supo imprimir a la embajada argentina en Madrid un sello de distinción amable que la singulariza dentro del mundo diplomático.

El doctor Estrada me recibe con la más fina de las bondades. Antes que nada me adelanta su homenaje de asiduo lector de la revista CARAS Y CARETAS y su hermana PLVS VLTRA, y luego nos abandonamos a una conversación antiprotocolar cuyo tema, sobraba decirlo, lo forman España y la Argentina.

Pero confieso mi decepción por esta vez. No he logrado del nuevo embajador argentino ninguna revelación importante de índole política, ni alguna noticia práctica y tendenciosa sobre las relaciones económicas, sociales y comerciales de los dos países amigos. Ninguna cifra tampoco, ni una de esas graves y seriamente latosas enumeraciones ganaderas y agrícolas a que muchos, demasiado muchos, viajeros argentinos se sienten obligados a desarrollar ante el absorto interlocutor europeo.

— ¿Conocía usted de antes a España? ¿Qué impresión le ha producido el país? ¿En qué estado dejó usted a la Argentina?...

Y el doctor Estrada, obedeciendo al estímulo de la primera pregunta, materialmente se abandona a la delicia de los encantadores recuerdos. Me habla de cuando él (yo supongo que joven y sediento de sensaciones) visitó por primera vez a España. Era por el año de 1888. Celebrábase en Barcelona una bella Exposición Nacional; la reina regente era joven y arrogante, en la plenitud de su hermosa vida, y Alfonso XIII empezaba apenas a balbucear unas elementales palabras. En el Teatro Real cantaba Gayarre...

— Dígame algo de Gayarre...

Y el embajador, en efecto, sin duda halagado en sus mejores aficiones íntimas, se lanza a un recorrido retrospectivo y me hace la semblanza más veraz, más completa y cálida de aquel prodigio de la ópera cuya voz divina no pude yo escuchar nunca. El embajador se olvida un poco de su cargo; yo me olvido con exceso de mi misión en aquella visita, y entusiasmados ambos con el recuerdo de los rasgos y sublimidades de Gayarre notamos por último que se nos ha pasado el tiempo más de lo conveniente... Una hora y no hemos hablado sino de recuerdos.

¿Por qué no? De esos recuerdos simpáticos está hecha la substancia de nuestra vida. Y esa simpatía de los bellos momentos recordados es la que más fuertemente ata nuestra alma a un país. No he necesitado preguntar más para conocer cuánto estima el nuevo embajador argentino a España. Y esa honda y delicada, diremos sentimental, estimación que el doctor Estrada profesa al país adonde viene es la primera cualidad que me apresuro a señalar. Su simple revelación vale por todas las declaraciones empingorotadas y farragosas.

Madrid, diciembre 1922.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DR. MARCELINO ESCALADA, PRESIDENTE DE LA CÁMARA FEDERAL

POR SIRIO

¿ Qué tal fué este presidente
de la junta electoral
para la elección parcial
de senador ? Excelente.



JULIA FAYE

EDNA WHEATON

BETTY COMPSON

LOIS WILSON

PARAGUAS DE HOTEL

NTRE los pasajeros de aquel lujoso hotel de la Avenida de Mayo destacó, magnífica, la figura romántica de Eleonora Salvini. Viniera a Buenos Aires en el elenco de los artistas líricos que cantarían en las veladas del Colón. Su voz de célebre soprano se dejaría oir, en las noches de invierno, interpretando las partituras de Verdi y Puccini.

Arribó al hotel una mañana de junio, entre una baraúnda de baúles que ostentaban las etiquetas de su trashumancia, acompañada de Rosina, su vieja y fiel camarera, y de un lanudo falderillo de Pomerania.

Era la clásica cantante italiana. Alta, opulenta, de senos ingentes; negros ojos, frente de estatua, lunar aterciopelado junto a la boca, fresca y reidora. Era bizarra, majestuosa, y aunque sus facciones de una morenez olivácea eran excesivamente latinas, nadie supo encarnar mejor que ella a las rubias heroínas wagnerianas. Era una Valkiria morena, cuyo pecho ampuloso reclamaba la cota guerrera y cuyos cabellos abundosos y negros eran, por sí solos, un casco triunfal, coronador de su belleza.

La atención de todos los pasajeros se posó en la cantante. En el comedor, situado en la planta baja, y desde el cual veíase el tráfago de la principal arteria ciudadana, todas las miradas fueron para la Salvini.

Tres o cuatro familias ricas, venidas de provincias; dos diplomáticos, un delegado inglés a un congreso, un ilustre monseñor francés, en jira de propaganda; un naviero holandés, con su mujer y su hija, en viaje de placer, constituían la flor y nata de aquella sociedad ocasional, aprisionada en el vasto comedor, entre rojas cortinas y blancas pecheras, como si aun estuviesen en la sun-

tuosa cámara de un lujoso vapor transatlántico.

La Salvini comparecía al comedor siempre un poco rezagada, casi a la hora de los postres. Entraba solemnemente, como si la lluvia de miradas, caída sobre su amplio escote, fueran las notas de la marcha de Aída. Se hacía el silencio a su alrededor. El tintinear de las cucharillas de café cesaba y las manos de los comensales quedaban inactivas en un homenaje de curiosidad.

Tras la cauda de su vestido, orlado de pieles, deslizábase tímida la silueta escurridiza de su azafata. Rosina, con su aspecto árido de ajada solterona, estaba hecha, sin duda, por la naturaleza para hacer más visibles, más resaltantes, los encantos de Eleonora.

El camarero acudía solícito a sus llamados, pero era tal su arrobo al oir el acento melodramático de aquella garganta, que jamás comprendía. Había ella de repetirle las órdenes, matizando con una sonrisa las inflexiones cálidas de su voz italiana.

A las dos o tres noches la artista tuvo invitados a su mesa: un hombre delgado, de melena de león, que no era otro que el director, una de las batutas maestras de Milán, según los diarios de la tarde; un viejo calvo, con gruesos brillantes en el meñique y en la pechera, que acusaban al inconfundible empresario, y un mocetón pálido, de lentes pedantes, rígido en su smoking, crítico musical de un gran rotativo.

¡Con qué envidia miraban los hombres a estos seres privilegiados que veían desgranarse, ante sus palabras, las mágicas sonrisas de la soprano!

En estas ocasiones la mesa ostentaba un derroche de violetas sobre el albo mantel y el champaña se helaba en su cubo niquelado aguardando la hora expansiva del taponazo que enciende el humo de los habanos.

Monsieur Simón, el «maitre d'hotel», un viejecillo pequeñito y nervioso, de rostro sanguíneo, rondaba galantemente junto a la mesa, atento y fiscalizador.

Algunas señoritas de las familias provincianas retardaban en tomar su café curiosas de todos los gestos de Eleonora. Ella reía, reía con su risa clara, de alto timbre, jugueteando con las violetas, deshojándolas nerviosamente junto a su plato. ¡Se hablaba del debuto y eso la ponía tan nerviosa!

Rosina comía en silencio, sin alternar en las conversaciones, ocupando el menor sitio posible, cohibida y humilde.

Los ojos negros de la Salvini brillaban como dos cuentas de azabache al servirse el champaña. En toda ella se observaba el ritmo de la complacencia. Ritmo de sana alegría, de orgullo, de vanidad de hembra triunfadora, en belleza y en arte, que era toda una suave y armoniosa agitación de su pecho. El vaivén de una respiración ordenada, tranquila, como un manso oleaje, que hacía ascender y descender las perlas de su magnífico collar.

Ante el humo azul de los habanos hacía un gesto de súplica. Alzaba la diestra, cargada de brillantes y perlas, como en señal de detener aquella humarada peligrosa para su garganta. Los invitados accedían al sacrificio, apagando los habanos en el hielo del cubo del champaña, y buscaban en la charla el medio de olvidar el pequeño vicio fracasado.

El triunfo de Eleonora Salvini fué ruidoso. Lo comentó toda la prensa; fué el motivo inspirador de todas las conversaciones de alta sociedad, y en aquel hotel anduvieron los elogios a la bella cantante hasta en los labios de los friegaplatos...

M. Simón no cabía en su pellejo. Aquel triunfo era para él algo así como un triunfo del hotel. Algo de aquella gloria le correspondía a él. ¡No era poco orgullo tener hospedada a la Salvini!

En el departamento de Eleonora, situado en el tercer piso — tres habitaciones con vistas a la Avenida de Mayo — hubo revuelo de visitas, llegaron cartas y tarjetas, canastillas de flores, cajas de bombones, «botones» con silenciosos recados.

Una noche los pasillos del hotel se llenaron de sonorosas voces italianas. Más de algún pasajero vió interrumpido su sueño. Era Eleonora que había triunfado, como nunca, cantando Rigoletto y que volvía al hotel acompañada de un grupo de compatriotas admiradores.

Hicieron charla en su saloncito. Rosina se caía de sueño, y por aquella noche especialísima en que Eleonora sentíase de muy buen humor la eximió de sus deberes.

Cuando dieron las tres todos se retiraron, dejando a la artista sola entre aquella revolución de flores, tarjetas y retratos.

Eleonora, apagado el bullicio de las voces, caída la cortina de su salón tras el último admirador como cae el telón al final de una obra, sintió una sensación de soledad. Se desvistió lentamente, con pereza, arrojando su capa de marta en un sillón; más allá su vestido de terciopelo; el ancho sombrero de plumas cayó como un pájaro herido sobre la alfombra...

Vistió una bata de seda azul, guarnecida de encajes cremas, y así, íntima, desceñida, opulenta y sensual en todas sus formas, se aproximó al balcón. Por la Avenida marchaban los últimos automóviles bajo un cortina de menuda lluvia. Era una noche fea, húmeda y, a pesar de que afuera llovía, Eleonora sentía en sus carnes un calor pegajoso, calor que sólo sintiera, en esa forma, en la cabina del transatlántico.

No sentía sueño. El triunfo, cuando era excesivo, cuando la emoción prendía en todos los pechos, la contagiaba. La dejaba así, entre nerviosa y fatigada, pero con los ojos muy abiertos, casi insomne.

¿Qué hacer? Leer sería más fatiga. Se haría el tocado. Iría deshaciendo lentamente su peinado y tejería sus cabellos en una larga trenza, como lo hacía su camarera.

Aquello de la trenza le hizo recordar sus años de infancia allá en el Piamonte, cuando era una chiquilla, saltarina y alegre como un pájaro, en vida de su padre, maestro de escuela en aquella villa montañosa.

Se miró al espejo. En su rostro, bajo los polvos, quedaban aún rastros de su carmín de teatro. Tocó el timbre para pedir agua caliente. Resonó largamente, como una vibración en la soledad de los pasillos. A los pocos instantes dieron con los nudillos sobre la puerta.

— ¿Qué desea, señora?

— Agua caliente — dijo la soprano.

Se alejaron los pasos del sereno. Siempre quedaba en pie un camarero para atender a los llamados de noche y despertar a los viajeros que habían de tomar algún tren de madrugada.

Nuevos golpecitos.

— Pase usted — ordenó Eleonora.

Transpuso el umbral, tímido, cohibido, aquel negrazo alto, de cuerpo esbelto y mimbreño, que con su librea roja era el mejor reclamo del hotel.

Ella lo había visto tarde y noche, hierático en su vestimenta de cangrejo, bajo la amplia marquesina, saludando a todos con un quitar de gorra prosopopéyico, acudiendo a abrir las portezuelas de los autos, llamando un vehículo cuando lo requería algún pasajero y cubriendo a toda persona que entraba o salía del hotel, en días de lluvia, con su inmenso paraguas familiar.

Eleonora sonrió al negro. Le era simpática su figura. Tenía los ojos vivaces como los de un mono joven; el cuerpo esbelto de bailarín, los cabellos rizados como virutas de ébano; roja, violácea

la boca, como una herida, luciendo su dentadura fuerte de animal sano.

— ¿Desea usted algo más?

— Espere un momento... — Eleonora cogió la jarra de metal y la colocó sobre el mármol del tocador.

Se había soltado los cabellos sobre las espaldas desnudas y era así, en su bella intimidad, perezosa y nocturna, la Valkiria morena como una interpretación de la diosa rubia en un bronce obscuro.

— Perdone usted que lo haya llamado a estas horas...

— Usted es dueña, señora — murmuró el negro, devorándola con los ojos.

— Tendrá usted sueño...

— No, señora. Nos turnamos y sólo trasnocho una vez por semana. Luego duermo de día...

Hizo un movimiento como para retirarse, pero ella lo detuvo con un ademán. Tenía ganas de charla y aquel negro le parecía un hombre poco vulgar.



ERA LA CLÁSICA CANTANTE ITALIANA. ALTA, OPULENTA, DE SENOS INGENTES; NEGROS OJOS, FRENTE DE ESTATUA, LUNAR ATERCIOPELADO JUNTO A LA BOCA, FRESCA Y REIDORA. ERA BIZARRA, MAJESTUOSA...

— ¿Es usted de acá?

— No, señora. Soy panameño. Me llamo Teodoro Buendía, para servir a usted.

Ella habló de Panamá, del canal. Había hecho el viaje varias veces, cuando tuvo contratos para Nueva York y La Habana. ¡Todos los públicos del Pacífico la habían aplaudido!

— ¿Qué edad tiene usted?

— Veintitres años...

A todas sus preguntas, hechas entre lánguidos bostezos, contestaba el negro con voz conturbada, tiñéndose de violeta sus mejillas con el rubor.

— ¡Es usted un muchacho... un muchacho negro...! — exclamó Eleonora riendo melodiosamente.

Un gestecillo minúsculo de iracuandia contenida vibró en las cejas del panameño. Pero era tan fresco y tan ingenuo aquel reir, que una sonrisa noblota le hizo mostrar la recia dentadura.

— ¿Y qué hacías en tu tierra? — Ahora ella lo tuteaba, comprendiendo que a un criado se le debe tutear...

El negro vaciló.

— Todos aquí lo ignoran. Se reiría usted si lo supiera...

— Vamos, hombre, di lo que eras. No será ningún misterio...

Pero el negro sonreía entre tímido y socarrón...

— ¿No será ninguna cosa fea?... — exclamó riendo la soprano.

Tornóse serio el panameño y en su voz grave hubo una emoción confesional:

— No lo repita usted, porque todos se reirían de mí... Allá en Panamá yo era poeta...

— ¡Poeta... poeta!... — Ella hubiera reído, ahora también, pero la palabra santa le inspiraba respeto.

El lo explicó, con voz estremecida y añorante. Hizo versos, versos de amor, desde los doce años. Sus canciones las cantaban en las tabernas al son de guitarra o acordeón. El escribía sus versos como Dios le daba a entender. Eran hijos de su inspiración, pues él apenas había ido a la escuela; pero eran bellos, eso sí; él estaba seguro.

Quiso conocer mundo y vagó por los países de América. El quería ser poeta, alcanzar la fama y los laureles, pero cuando él decía que era poeta todos se echaban a reir como si dijera un chiste. ¡Como si para escribir cosas bellas fuera indispensable una mano blanca adornada de un camafeo!

A un negro todo le es cuesta arriba. Está en una categoría entre el hombre y el perro

amaestrado.¡Oh, aquello era horrible, desesperante!

Se vió solo en la gran urbe cosmopolita y el hambre apretó como una mordedura. No hubo más remedio que vestir aquella librea de cangrejo, ocultar sus sueños como una mancha, como un pecado original, y dejarse vivir, sonriendo falsamente bajo la marquesina del hotel, con su gran paraguas familiar en los días de lluvia.

Eleonora sintió una emoción extraña. No se había equivocado. Aquel negro no era un tipo vulgar y, por tanto, aquellos minutos de charla no eran perdidos.

— ¿Tú me has oído cantar? — le preguntó.

El negro miró a su alrededor como temeroso de ser escuchado, y transfigurado de alegría confesó:

— Sí, he ido dos veces. ¡Allá en la cocina hablaban tanto de usted! Mr. Simón la elogia a cada instante... ¡Oh, es admirable!... Está usted divina... Qué voz tan armoniosa, tan cálida, tan penetrante... Entra en el corazón y en la sangre como una caricia...

Se exaltaba el cerebro tropical del vate negro en el elogio y oíalo Eleonora, agradecida, pues nada enorgullece más al artista que el elogio de los humildes.

— Pues si te gusta oirme, desde mañana te daré entradas para que vayas cuantas veces quieras...

— ¡Oh, muchas gracias!... Iré todas las noches y la aplaudiré frenético. — Y, como queriendo unir la acción a la palabra, hizo chasquear sus manos negras y jubilosas.

— Hasta mañana, entonces... — exclamó Eleonora, poniéndose de pie.

— Hasta mañana, señora... — Me ha hecho usted feliz con su promesa... murmuró Teodoro Buendía, entornando la puerta suavemente, con una mirada de admiración que envolvía a Eleonora de pies a cabeza.

Se alejaron sus pasos y todo quedó en silencio.

Eleonora cumplió su promesa. Obsequió al negro, su flamante admirador de la víspera, con entradas, y pronto pudo sentir que entre el huracán de los aplausos destacaban unas palmadas acompasadas, isócronas, que la hacían sonreir.

El poeta negro aplaudía con estrépito singular.

Varias veces alzó ella los ojos y le vió extático, como una estatua de la admiración, allá en lo alto del paraíso.

Cuando caía el telón y los aplausos y los vítores semejaban una ola furiosa que iba a morir en la playa del escenario, ella distinguía esos otros aplausos, esos secos y detonantes chasquidos de dos manos huesudas enardecidas en el entusiasmo. Son mis «aplausos negros», pensó la artista. Y aquello de «aplausos negros» le pareció una frase colorista, que hacía sensación entre sus anécdotas de camarín.

En aquellos días de julio llovía a cántaros. Todas las noches Teodoro sostenía sobre su cabeza el amplio paraguas y muy junto a ella la acompañaba hasta la portezuela del auto.

— ¡Gracias, poeta!... — le decía ella, dándole una sonrisa de propina...

A su regreso, antes de detenerse el auto junto a la marquesina, veía la silueta roja del panameño tiritando en el hueco del portal. ¡Pero cómo cambiaba su aspecto! Avanzaba galante y bizarro, abierto el generoso y protector paraguas...

Como llovía mucho aquel invierno muchas fueron las veces que ella hubo de cruzar la calzada amparada por la cortesía del negro. Una noche estaban las baldosas tan mojadas que se escurrieron sus chapines de raso. Hubiera caído a no sostenerse en aquel brazo delgado pero hercúleo.

Aquella misma noche, a las dos, hubo de tocar el timbre.

— ¡Qué casualidad! ¿Estás de guardia? — exclamó al ver aparecer a Teodoro.

Rosina ya estaba en cama y ella se aburría. No venía aún el sueño y deseaba conversar.

— Es curioso — observó ella. — Ahora estás de turno con mucha frecuencia...

El sonrió. Miró a todos lados y, como queriendo decir un secreto, murmuró.

— ¡No se imagina usted por qué!

— Vamos, qué nuevo misterio es ese...

— No se enfade usted. Es una chiquillada mía. Desde aquella noche que usted me llamó y me honró con su conversación estoy siempre de turno. Mr. Simón lo ignora, pero yo ocupo el sitio de mis compañeros. Muchos de ellos son casados y me lo agradecen...

— Pero qué locura es esa... ¡Te vas a enfermar!... ¿Y por qué lo haces?

— Me daría mucha pena que usted llamase y tuviera otro la dicha de verla...

Fué tan espontánea y delicada la confesión, tan melancólica, que ella no tuvo valor de enfadarse.

— Estoy convenciéndome de que eres poeta — exclamó riéndose.

Ella le oía entre curiosa y coqueta. Un negro es la sombra de un hombre. No le importaba que él la viera sin aliños, en bata, con los cabellos sueltos o atormentados en las rizadoras de metal.

Aquello era un negro y nada más.

Pero Teodoro suspiraba, la adoraba con los ojos, vacilaba ante su belleza, insultante y provocadora, como un borracho.

Ella miró hacia la Avenida. ¡Qué modo de llover!

— Es simpática tu costumbre del paraguas. Tú representas la galantería del hotel que nos protege hasta el cordón de la vereda...

El sonrió.

— No se imagina usted lo feliz que soy cuando llueve... Quisiera que lloviera todas las noches... Soy tan dichoso cuando la cubro con mi paraguas que la vereda me parece tan estrecha y breve como esta ventana... ¡Oh, las aceras de la Avenida debieran ser más anchas! — añadió convencido.

Ella quedó pensativa. Las frases del negro poeta le sabían a madrigal. Ni los críticos, ni los autores, ni los cantantes, ni los banqueros tuvieron jamás una galantería tal sutil y caballeresca.

A la noche siguiente los «aplausos negros» fueron tan inusitados que más de un espectador apuntó con los gemelos al negro entusiasta...

— ¡Rosina, pide agua caliente!

Acudió Teodoro y tuvo una descepción.

Le recibió la camarera en una bata ridícula, de obscuros floripondios, entreabriendo la puerta con pudorosa timidez.

A la noche siguiente el cielo estaba despejado y con estrellas. Teodoro, en el portal, con cara de pocos amigos, la vió pasar indiferente. Ella le atisbó con el rabillo del ojo y le vió desmejorado por sus noches sin sueño, velando en reemplazo de los demás camareros, encerando los pisos por las mañanas y haciendo de «groom», tarde y noche, con su librea escarlata.

Al día siguiente, por compasión y deseosa de poner fin a una admiración que sobrepasaba los límites convenientes entre una cantante célebre y un pobre lacayo, pidió a Mr. Simón le cambiara de camarero por la noche.

Así lo hizo el jefe, pues aquella misma noche acudió un mozo italiano a su llamado.

Durante cinco días dejó de verlo.

Cuando estallaba la ola de los aplausos ya no resaltaban las palmadas vibrantes y acompasadas. Y la artista, por primera vez, sintió nostalgia de algo. Sentía la ausencia de los «aplausos negros».

Pasó lo que siempre pasa. La soprano tuvo un amigo. Era un compatriota rubio, de ojos verde mar. Un tipo ceremonioso, de aspecto mundano, que la acompañó en las comidas y que todas las noches la llevó en su auto al Colón. En otro auto de alquiler, con el maletín de las joyas, iba Rosina, la camarera.

Una de esas noches llovió y, como por encanto, surgió la silueta roja de Teodoro. Aguardaba hierático, solemne, con cierto orgullo de rojo Otelo, triste y celoso, a la pareja. Ofrecía el albergue de su paraguas inmenso. Pero el amigo de Eleonora rechazó sus servicios. Abrió su paraguas de seda y la cogió del brazo, estrechamente. A Teodoro le pareció que la vereda crecía, se alargaba, se hacía interminable como su angustia... ¡Eran celos de hombre y de profesional del paraguas!...

Finalizaba la temporada. Agosto trajo noches templadas y Eleonora abandonó muchas noches sus soberbias capas de marta o de topo.

El empresario, para dejar un recuerdo imborrable, dejó el beneficio de la Salvini para la penúltima función. Cantaron Aída y aquello fué esplendente.

Al caer en telón en el primer acto Eleonora se estremeció... Entre la ola de los aplausos surgían, nuevamente, las palmadas del poeta negro. Eran inconfundibles.

La Salvini sintió algo semejante al remordimiento. Ella no había vuelto a ver a su admirador y nunca volvió a darle entradas. Pero él había sido fiel a la cita de sus admiradores.

Durante el segundo acto oyó nuevamente los «aplausos negros». ¿De dónde venían? Le buscó con los ojos. No estaba en el paraíso. ¿Dónde? Estaba obsesionada y más de alguien observó su distracción... Ah, por fin... Allí en la platea estaban sus dos ojos brillantes, fijos en ella, como dos luminarias.

Y ella, sin saber lo que hacía, le sonrió. Y toda la noche su vanidad oyó «aplausos negros», sintiendo que toda aquella alma de perro fiel estaba de rodillas por su belleza.

Eleonora Salvini se iba. A mediodía zarparía el transatlántico que la restituiría a Italia.

Los baúles llenaban el pasillo. Los trajes, los frascos de esencia, los regalos de su «serata d'onore», iban siendo tragados por las fauces de las maletas abiertas.

Rosina, vestida como una institutriz, daba órdenes, abría cajones, atendía toda aquella baraúnda de objetos en desorden.

Llamaron tímidamente a la puerta.

— Avanti — exclamó con su voz vibrante Eleonora. Se calzaba los guantes.

Se entreabrió la puerta y apareció Teodoro, sonriendo dolorosamente.

— ¡Ah, comprendo!... le dijo ella. Cuando estaba de viaje todo lo solucionaba así, militarmente, para evitarse las preocupaciones nerviosas... Abrió la cartera para darle una propina, pero aquellos ojos, coléricos y hondamente tristes, todo en un mirar inconfundible, la detuvieron.

— ¿Qué hace usted? — murmuró con voz ahogada.

— ¡Perdóname; estoy tan nerviosa!... ¿Qué quieres?

— Deme usted un retrato...

Cogió ella una fotografía, algo ajada por haber lucido en escaparates, y la puso en manos del negro.

— ¡Gracias, mil gracias!... — Y salió con los ojos húmedos, atropelladamente.

Se llevaron los baúles. Eran las diez de la mañana, hora de marchar a la dársena. Miró por última vez a la Avenida de Mayo y vió, con sorpresa, que estaba lloviendo... ¡Qué contrariedad embarcar en día de lluvia!

Esperaba el auto. Y entonces volvió a sorprenderla, por vez última, la costumbre galante y madrigalesca. Teodoro, alto, imponente en su librea escarlata, la acompañaba, muy cerca a ella, bajo la cúpula del gran paraguas...

¡Pero la vereda era tan breve!...

Teodoro, al verse en el hotel, le pareció que lo habían dejado solo. Se sintió herido como si lo abandonasen.

Eleonora, ya a bordo, tuvo una sorpresa que la hizo reir. Rosina le entregó una carta que el negro le había dado para su ama.

— Seguramente es del señor Rovetti...

Pero no. Eran versos, versos tristes, versos escritos por el poeta negro con una caligrafía infantil.

— ¡Qué negro tan enamorado! — comentó Rosina. Rompa eso, signora...

Pero Eleonora dobló la hoja de papel, piadosamente, y la guardó. Aquello serviría para documentar su anécdota de los «aplausos negros».

Teodoro aquella noche bebió whisky como nunca bebiera. Su tristeza se hizo cólera, y en la cocina armó un escándalo con fracaso de platos y cristales.

Mr. Simón, rojo de indignación, con esa ira tan grande en los franceses pequeños, lo expulsó del hotel.

Fué entonces cuando el poeta negro despertó de su borrachera loca y triste.

Abandonó en silencio la pomposa librea escarlata y vistió sus obscuras ropas de negro pobre.

Se iba, se iba sin pena. ¿Qué le importaba el hotel ahora que la Salvini se había ido?

Pero tuvo una idea. Idea de poeta, al fin. Sigilosamente entró en el cuchitril que quedaba bajo las escaleras del primer piso. Ahí se guardaban los baldes, la cera para el parquet, las bayetas y cepillos, escobas y plumeros.

Y también el paraguas, el paraguas familiar...

Lo escondió bajo su abrigo, amorosamente, y salió escapado como un ladrón...

Era el paraguas de *él*, de *ella*... ¡La cúpula protectora que los unió, fugazmente, en la breve vereda mojada por los llantos del cielo!...



EDGARDO GARRIDO MERINO

DIBUJOS DE BESARES



UNA CAUSA CÉLEBRE

POR

ARKADY AVERCHENKO

DIBUJOS DE ROSARIVO

Cuando terminamos de comer y beber y, repantigándonos en nuestras sillas, encendimos los cigarros, Resunev preguntó:

—¿Quieren ustedes pasar un rato divertido?

—¿Nos reservas alguna sorpresa? ¡Venga! — contestaron algunos de los invitados.

—Bueno; voy por él.

—¿Por quién? ¿A quién vas a traernos?

Pero Resunev había salido ya del reservado y corría al gran salón del restaurante.

—¡Este Resunev siempre está inventando tonterías! — refunfuñó mi vecino de mesa. — ¡Apuesto cualquier cosa a que nos trae alguna horizontal absurda!

—¡Ahí viene, ahí viene! — dijo en aquel momento Resunev apareciendo en la puerta.

—¿Pero quién?

—¡El! El marido de Olga Dibovich. Es un tipo muy interesante.

Aquello era tan estrambótico, que nos miramos llenos de asombro unos a otros. Desde hacía dos meses el nombre de Olga Dibovich era popular; aquella pobre mujer había sido asesinada por su amante y un criado de éste. El cadáver había sido enviado, en una cesta, a Moscú, y el crimen no se había descubierto hasta la llegada de la cesta a la estación de destino.

La instrucción judicial, tras largas indagaciones, había encontrado la pista de los asesinos, y los dos, el amante, llamado Temernitsky, y su criado, habían sido detenidos.

La mayoría de los invitados acogieron con indignación la extraña idea de Resunev. Llevar allí al pobre marido de la muerta para amenizar nuestra sobremesa, era, verdaderamente, un tanto inhumano. Sin embargo, dos o tres de los comensales no pudieron disimular, a la entrada del señor Dibovich, su curiosidad apasionada.

El señor Dibovich era un hombre carirrendondo, de mejillas sonrosadas, bigotillo rubio y ojos azules y apagados. Sus gruesos labios dejaban un poco al descubierto dos hileras de dientes grandes e irregulares. Parecía un si es no es nervioso, y volvía a cada momento la cabeza, ya a la derecha, ya a la izquierda.

En cuanto entró fué presentándosenos él mismo a todos. Al par que nos daba la mano se nombraba.

—¡Dibovich, encantado! ¡Dibovich, encantado! ¡Dibovich...!

Nosotros fingíamos no reparar en aquel apellido que había apasionado tanto a la opinión pública en los dos últimos meses y había adquirido una celebridad tan trágica.

Pero Resunev, que, por lo visto, consideraba incompatible toda delicadeza con el éxito de aquel «número» de su invención, se apresuró a decir en un tono ligero, casi jovial, como si se tratase de la cosa más natural del mundo:

—Señores: éste es el Dibovich cuya mujer fué encontrada hecha pedazos en una cesta. El sensacional proceso «de la cesta» habrá despertado, como es lógico, en todos ustedes un vivo interés... Pues bien; aquí tienen al marido.

Los dos vecinos de mesa de Resunev, creyendo que había perdido el juicio, le daban desesperados codazos para que se callase; pero él, sin hacerles caso, prosiguió:

— Sí, señores; éste es el marido de la pobre víctima... Se puede decir que es el héroe de la causa célebre más ruidosa de nuestra época.

Y añadió, dirigiéndose a Dibovich:

— Gracias al proceso, te has convertido en una celebridad. ¡No te quejarás!

Reinó un silencio trágico. Esperábamos una catástrofe. Yo miré, horrorizado, el cuchillo de postre con que Dibovich, sentado entre Tirin y Kapitanaki, estaba jugueteando.

Pero Dibovich se sonrió bonachonamente, dejó el cuchillo e hizo un débil ademán de protesta.

—¡Exageras, Resunev! — dijo. — Estoy muy lejos de aspirar a la celebridad. Mi papel en el proceso ha sido modestísimo.

Tirin, estuperfacto, se inclinó hacia él y le preguntó en voz baja:

— ¿Verdad, caballero, que se trata de un bromazo de Resunev? ¿Verdad que usted no es Dibovich?

— ¡Yo soy Dibovich! ¿No he de serlo?

— Sí; pero no el marido de esa pobre mujer. Hay muchos Dibovich.

— ¡No le quepa a usted duda, señor! — contestó con viveza el extraño sujeto. — Soy el verdadero Dibovich, el marido de la mujer asesinada. ¿No me ha visto usted en la Audiencia? He figurado como testigo.

— No he asistido a la vista del proceso — repuso Tirin, encogiéndose de hombros.

Dibovich le miró, pintada en el rostro una gran extrañeza.

— ¿Que no ha asistido usted? — esclamó. — ¿Que no ha asistido usted a la vista de un proceso tan emocionante?

Parecía ofendido, como un actor al enterarse de que uno de sus mejores amigos no ha ido al teatro la noche de su beneficio.

— Será usted uno de los pocos... Apuesto cualquier cosa a que todos estos señores han asistido, por lo menos, a una sesión. ¿Verdad, caballeros?

— Yo he asistido a varias — respondió con timidez Kapitanaki.

— Y me habrá usted visto, ¿no?

— Sí, le he visto a usted... he oído una de sus declaraciones respecto al... amigo... de su señora.

Dibovich se sonrió triunfalmente.

— ¿Ven ustedes, señores? ¿Ven ustedes cómo soy yo el auténtico Dibovich? ¿Qué interés podía yo tener en engañarles?

Todos callábamos. Nos mirábamos unos a otros, desconcertados, turulatos.

Tirin, que se distinguía por su delicadeza exquisita, se creyó en el caso de poner fin a aquel silencio embarazoso dirigiéndole al viudo algunas palabras compasivas.

— ¡Qué terrible tragedia! — le dijo. — ¡Cuánto debe usted de haber sufrido!

— ¡Figúrese usted! — contestó, radiante, Dibovich. — Ha sido una tragedia, una terrible tragedia, como usted ha dicho muy bien. Un Tolstoi podría escribir con ese asunto una obra magnífica... Imagínese usted mi sorpresa al enterarme una mañana, cuando estaba desayunándome, de que ya no tenía mujer... de que, en vez de mujer, sólo tenía unos pedazos de cadáver en una cesta... La sorpresa es morrocotuda, ¿eh?...

— Sí, verdaderamente...

— Pues, por si esto era poco, esos imbéciles encargados de la instrucción del proceso sospecharon de mí, y durante semanas enteras me hicieron vigilar, espiar. En el tren, en el tranvía, en el restaurante, en todas partes se me acechaba. ¡Figúrese usted qué situación!

— Sí, es terrible — suspiró Tirin. — Vivimos en una época atroz.

— ¡Atroz! — repitió, halagadísimo, Dibovich.

Y después de mirarnos a todos, muy hueco, añadió:

— ¡Se necesita ser canalla para asesinar a una mujer, despedazarla y mandarla a Moscú en una cesta, como una mercancía!

— Sí, es horripilante.

— ¿Verdad?... Me llamaron, me enseñaron la cesta con los pedazos de mi esposa y me preguntaron: «¿Reconoce usted estos despojos?» «Sí — contesté sin titubear; — son de mi señora...» ¡Figúrese usted qué situación!

Reinó de nuevo el silencio.

Kapitanaki encendió un cigarro y trató de darle otro giro a la conversación. Empezó a hablar del reciente escándalo en el Círculo Inglés. Pero Dibovich, sin poder disimular su contrariedad ante aquel súbito cambio de tema, volvió al suyo con estas palabras:

— ¡Mire usted que asesinar a una mujer y despedazarla! ¡Qué diabólica sangre fría!... Los asesinos no confesaron su delito hasta una semana después de su detención.

— ¿Usted conocía a Temernitsky... el asesino? — inquirió Kapitanaki.

Dibovich se animó.

— ¿Que si lo conocía? ¡Eramos muy amigos!

— ¿Ah, sí?

— ¡Muy amigos! ¡Comíamos juntos muy a menudo, íbamos juntos al teatro, nos paseábamos juntos! ¡Ah, los amigos!

El viudo se bebió una copa de vino y profirió con severo acento:

— ¡Canalla!

II

Llamaron a la puerta.

— Debe de ser Jromonogov— dijo Kapitanaki. — Siempre llega tarde.

En efecto era Jromonogov. Entró, saludó a los amigos con sendos apretones de manos y a Tirin con una inclinación de cabeza y nos habló, como solía, de sus muchas ocupaciones.

— ¿No se conocen ustedes — preguntó Tirin — Tengo el honor de presentarles: Jromonogov, Dibovich.

— ¡Tanto gusto!

— Igualmente. Soy Dibovich. A sus órdenes.

Jromonogov se sentó y se sirvió una copa de vino, sin manifestar haber parado mientes en aquel célebre apellido. Dibovich parecía ofendido por tal indiferencia. Tirin lo advirtió y le puso a la presentación del viudo la siguiente contera:

— Es el Dibovich cuya mujer fué víctima hace poco de un terrible crimen...

— Sí, sí, ya recuerdo... — contestó Jromonogov.

E inclinándose hacia su vecino, murmuró:

— ¡Este Tirin es un animal! En voz alta, en en un tono medio festivo, me habla del asesinato de la mujer de ese señor. ¡Qué falta de tacto! ¡Qué crueldad!

Pero no tuvo tiempo de expresar toda su indignación, pues Dibovich, dirigiéndose a él, empezó a hablar de su tragedia.

— Esos bárbaros — dijo — mataron, como sabrá usted, a mi mujer, despedazaron el cadáver y lo metieron en una cesta. ¡Canallas! ¿Qué les había hecho la pobrecita?

Nos miró a todos como en demanda de una respuesta satisfactoria y prosiguió:

— Temernitsky, el asesino, era íntimo amigo mío... tan amigo como Resunev...

Resunev le interrumpió, riéndose:

— Te ruego que no me compares a ese hombre; yo no acostumbro a despedazar a las mujeres.

— ¡Ese crimen — suspiró Jromonogov — parece una pesadilla!

— ¿Verdad? — profirió Dibovich, entusiasmado. — ¡Figúrese usted mi situación! De pronto, desaparece mi mujer. ¿Dónde está? ¿Qué la ha sucedido?... Todas mis pesquisas son infructuosas. Y una mañana se me hace saber que acababa de descubirse su cádaver en una cesta. Excuso decirles a ustedes la desagradable impresión que me produjo la noticia.

— Oye — bromeó Resunev: — dinos la verdad. ¿No la mataste tú?

— Hubiera sido un crimen sin objeto. ¿Verdad, señores? ¿Para qué iba yo a matarla? ¿Para heredarla? No era rica. ¿Para quitármela de encima? ¡Era un pedazo de pan !

— Podías haberla matado para comértela.

— ¡No digas tonterías! El juez de instrucción comprendió en seguida que yo no tenía arte ni parte en el crimen.

— Pero sin embargo, te hizo vigilar.

— Por si acaso... Como aun no se había encontrado la pista de Temernitsky...

— Ese demonio de Temernitsky te fastidió. En cuanto se presentó él en escena dejaste de ser la figura más interesante del proceso.

— No soy de tú opinión; pero, aunque lo fuese, la verdad, no envidiaría a Temernitsky. No quisiera estar en su lugar.

— Es una broma, chico. Eres una celebridad. Tu fama se ha extendido por toda Rusia.

Kapitanaki se hizo aire con la servilleta, como si estuviera ahogándose de calor.

— No se puede respirar aquí — dijo. — Voy a abrir la ventana.

Se levantó, abrió la ventana y se acodó en el antepecho. Tirin siguió su ejemplo.

— Lo que me desconcierta — declaró Dibovich, tratando de reavivar el interés del auditorio — es la estupidez del criado. ¿Qué necesidad tenía ese imbécil de Mrakin de mezclarse en el asesinato? ¿Qué le había hecho la pobre Olga?

— Oye — susurró Jromonogov al oído de Resunev: — si no te lo llevas en seguida, no respondo de mí. Soy capaz de tirarle un plato a la cabeza. Me ataca los nervios.

— ¿Te ataca los nervios un héroe? — repuso, riéndose, Resunev.

— ¡Llévatelo, te lo suplico!

Resunev se levantó y dejó caer pesadamente la mano sobre el hombro de Dibovich.

— ¡Eh, tú, héroe, viudo alegre! ¡Vámonos!

— ¿Adónde? — preguntó el otro con extrañeza y descontento.

— Adonde quieras. Ya les he enseñado a mis amigos una celebridad, una estrella, por decirlo así, y podemos irnos con la música a otra parte.

Dibovich se levantó contrariado.

Pero su contrariedad duró lo que un relámpago. Nos estrechó a todos la mano, alegre como unas castañuelas.

— ¡Qué cosas tiene este diablo de Resunev! — decía, sonriendo. — Se ha empeñado en elevarme a la categoría de celebridad. Es una exageración. Yo no aspiro a tanto.

Resunev le empujó hacia la puerta.

— ¡Vámonos, muchacho! Ya has charlado bastante

* * *

Cuando algunos minutos después Resunev volvió al reservado, dimos rienda suelta a nuestra indignación.

— ¡Qué horror! ¿De dónde has sacado a ese imbécil? Suponemos que no volverá.

— ¡No tengáis cuidado! Le he dejado en la mesa de unas señoras amigas mías. Cuando les he dicho que era Dibovich, el célebre Dibovich, han prorrumpido en exclamaciones de admiración y de alegría. «¡Cómo!... ¿El de...? ¡Qué interesante!» Y le han invitado a sentarse y a «contarles sus impresiones». El se ha sentado y ha comenzado su conferencia con el consabido: «Figúrense ustedes mi situación...»

— ¡Pues se han divertido esas señoras!

— Pasarán un rato delicioso, no lo dudéis.



Página Infantil

Niña de Budd

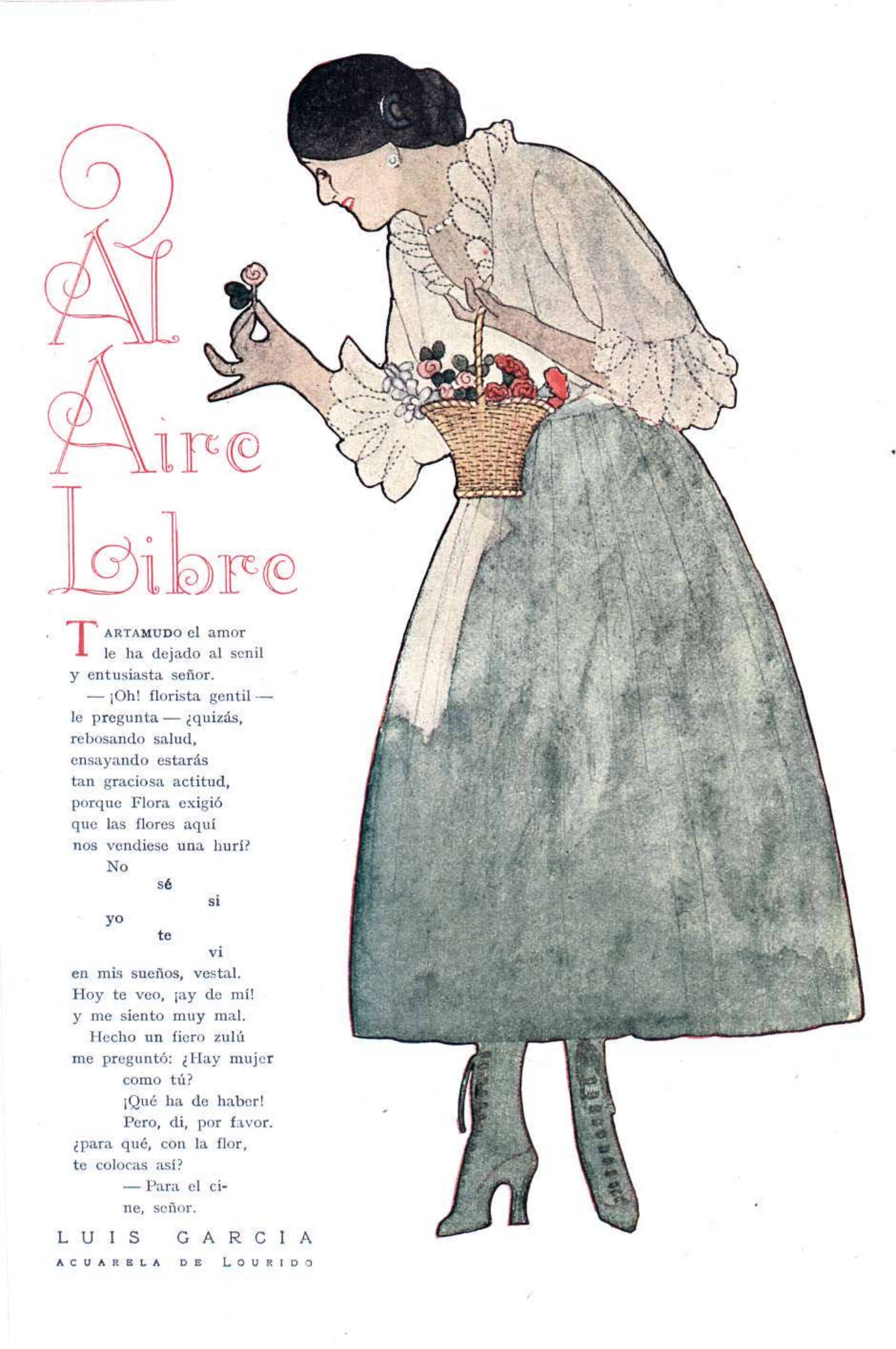




Cadiz Cristophersen

FOTOS DE BIXIO Y WITCOMB

Niña de Lequizamon Pondal



Al Aire Libre

TARTAMUDO el amor
le ha dejado al senil
y entusiasta señor.
— ¡Oh! florista gentil —
le pregunta — ¿quizás,
rebosando salud,
ensayando estarás
tan graciosa actitud,
porque Flora exigió
que las flores aquí
nos vendiese una hurí?
No
sé
si
yo
te
vi
en mis sueños, vestal.
Hoy te veo, ¡ay de mí!
y me siento muy mal.
Hecho un fiero zulú
me preguntó: ¿Hay mujer
como tú?
¡Qué ha de haber!
Pero, di, por favor.
¿para qué, con la flor,
te colocas así?
— Para el ci-
ne, señor.

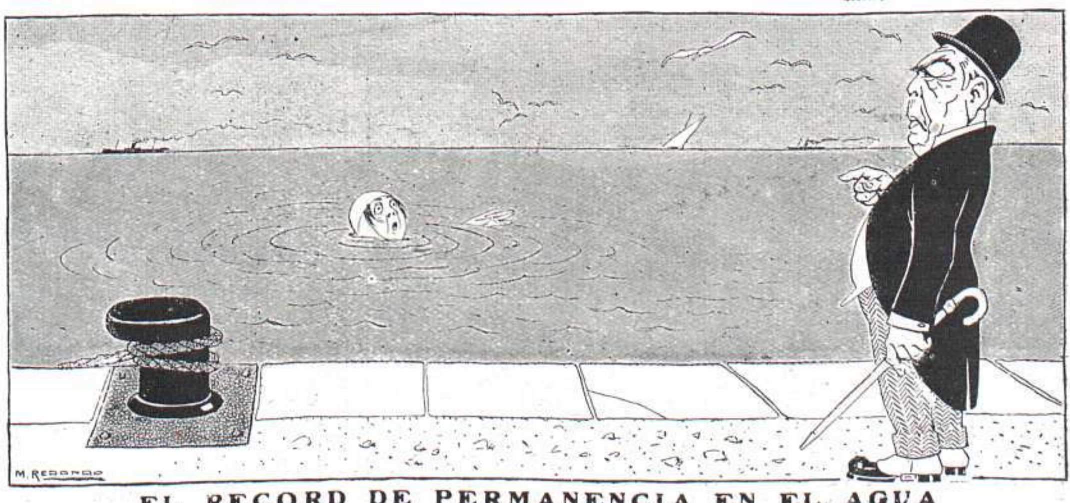
LUIS GARCÍA

ACUARELA DE LOURIDO

LA PASTORAL DEL ARZOBISPADO

—Tiene razón el arzobispo. La caridad cristiana debe ser pura...
—Sin mezcla de ostentación, como la entiende usted.
—Ni de vanidad, como usted la entiende.

CARICATURA DE ALVAREZ.



EL RECORD DE PERMANENCIA EN EL AGUA

Irigoyen. — ¿Veinticinco horas en el agua?
¡Gran cosa! Yo he estado con el agua al cuello durante seis años y no he metido tanto barullo.

CARICATURA DE REDONDO.

FESTEJOS DE CARNAVAL EN ROSARIO



Señoritas de Merello, Rueda, Melendo y Marlín, en su atractiva carroza "Las Aldeanas rusas" desfilando por el barrio de Sáenz Peña, Saladillo.



Automóvil "Twinkling Jazz" ocupado por un grupo de interesantes señoritas ataviadas con originalidad, y que llamó mucho la atención.



"Las pantallas luminosas" en que tomaron parte las señoritas de Jiménez, Canut y Carrillo, que fueron muy celebradas en el desfile.



Coche "El Amor" en que lucieron sus "toilettes" las señoritas de Macedoni, Laraggi y Abrumí.



Carroza estilo Luis XV ocupada por las señoritas Mercedes y Lola Mitjan, de Carrillo y Perdezoli.



Una nota típica constituida por el grupo de "Damas Patricias" compuesto por las señoritas de Cattaneo, Corte, Calvo y Bellacasa.



"El Murmullo del bosque", nombre poético con que las señoritas Tardio, Gotelli, Santos y Pianichi titularon su carruaje.



Las señoritas de Rojas, de Rodríguez, de Sivori, de Cifré y de Coso, en su automóvil "Fantasía".



"Las muñecas de antaño", pintoresco grupo formado por las señoritas de Calviño, Palau y Olivella.


Señorita Ana Victoria Figueroa.


Señora Celina Z. de Paz y señorita Elisa Beláustegui.


Señoritas de Guerrico.


Niña María Luisa Herráiz.


Señorita Adela Zuberbühler y señor Carlos Rodríguez Larreta.


Señora de Sojo y su hija.


Señora María E. Miguez de Balbarrey y señor Carlos M. Balbarrey.


Doctor García Fernández y señora.


Señoritas de Ocampo vendiendo margaritas a beneficio del hospital.


Señorita Hope y señor Lariviere.

La temporada de Mar del Plata

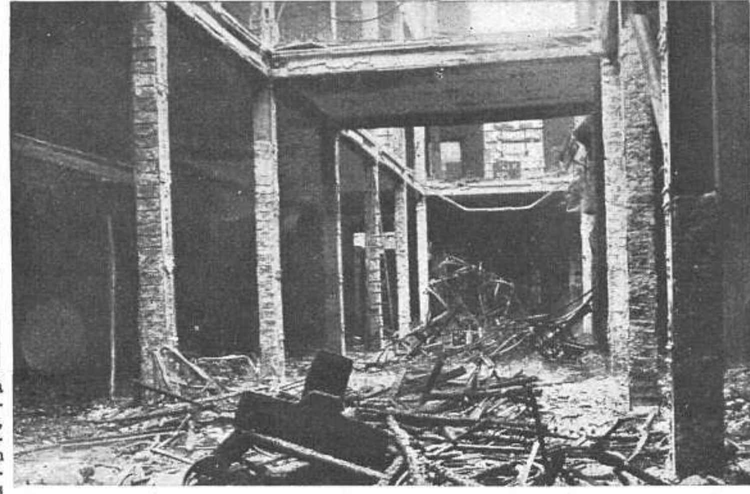
NOTAS POLICIALES DE LA SEMANA

Trágica muerte del Ing. Olguín



Ha sido causa de penosa impresión la muerte del ingeniero Francisco O. Olguín, persona extensamente vinculada, cuya casa fué asaltada por unos ladrones que, al escuchar sus pasos, huyeron arrojando al suelo una lámpara de kerosene, incendiándose entonces las ropas de la cama. Al intentar la víctima apagar las llamas, éstas le causaron mortales quemaduras, falleciendo poco después en el hospital Pirovano.

Importante incendio en la mueblería Baratti



Aspecto de los destrozos causados por el fuego en el interior de la mueblería establecida en la calle Corrientes, 1145, habiéndose salvado una parte muy escasa de las mercaderías y avaluándose las pérdidas en 440.000 pesos. El edificio, de moderna construcción, fué casi totalmente destruído por el siniestro.

Detención de una famosa banda de asaltantes



Gustavo Weles o Feles (a) "Pata de Palo", jefe de la banda.





Bienvenido Ayala o Isaías Lozano (a) "Bombita".



Después de una hábil pesquisa realizada por la subsección de Robos y Hurtos a cargo del auxiliar señor Domingo Santillán, logróse capturar a seis audaces ladrones que formaban una gavilla cuyas frecuentes fechorías tenían justamente alarmada a la población. Por tratarse de profesionales del delito, el descubrimiento de los robos y asaltos cometidos hacíase sumamente difícil, realzando esas circunstancias el triunfo conseguido por la sección de investigaciones mencionada.



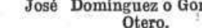
Angel Dermida (a) "Perfume".

Emilio Mastrobueno.

José Dominguez o González u Otero.



Joaquín Guirles o Andrés González (a) "Canguela".



Una peligrosa comparsa carnavalesca



Enrique A. Molle.



José Muñoz (a) "El apache".



José Longueira.



Enrique Cebreiro (a) "Churrinche".



Salustiano González (a) "Melena".

Por secundar la acción del agente de policía Esteban Montero, que trataba de reprimir un desorden causado por la comparsa carnavalesca «Victorio y su cría», fué herido gravísimamente el señor Manuel Durán, siendo detenidos cinco individuos de la misma que resultaron ser autores del delito y ya conocidos por la policía debido a sus malos antecedentes.

VITO DUMAS

El joven nadador argentino bate el record mundial de permanencia en el agua

De nuevo hay que agregar un galardón brillante a los ya conquistados por nuestros deportistas, tanto más significativo cuanto más corta es la tradición que se registra.

Latente aún la proeza realizada por la señorita Harrison, *recordwoman* mundial de permanencia en el agua, surge ahora, en plena juventud, uno de nuestros más hábiles nadadores — Vito Dumas — de 22 años, un «amateur» si se le comparaba, hace pocos días, con el subteniente Garramendy.

Fué para todos los aficionados y profesionales una grata sorpresa la victoria alcanzada por el intrépido nadador, pues aunque no se desconocían sus antecedentes como excelente deportista, nadie presumía que pudiera vencer a Garramendy, su avezado competidor, el cual, a las 24 horas y 5 minutos, o sea 1 hora y 1 minuto antes que su rival, hubo de abandonar la noble competencia.

Vito Dumas, que con un bello gesto en que se hermanaron estrechamente salud, destreza y audacia, acaba de obtener el campeonato mundial de permanencia en el agua, luchando con las olas durante 25 horas y 6 minutos y recorriendo 60 kilómetros.

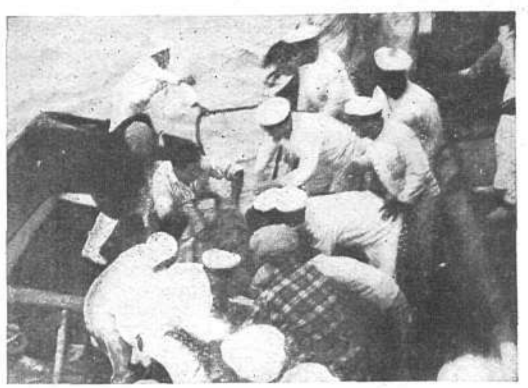


El campeón, descansando unos instantes entre las olas, restaura sus fuerzas tomando café batido con yemas de huevo.



Fatigado aspecto del intrépido nadador, en su postura habitual de nadar, durante las últimas horas de su admirable record, cuando era animado a persistir por los compañeros que alternativamente le siguieron.

Otro alto en el recorrido para de nuevo tomar la reconfortante bebida que desde la canoa le suministra su "manager".



Exhausto de fuerzas pero consciente de su hazaña, Vito Dumas es alzado a la canoa donde se le atiende solícitamente.

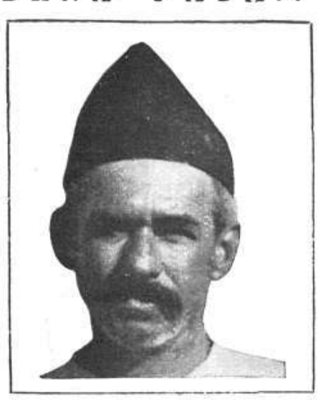
L A   C A D E N A   P A S A . .



119 Ruso. Llegó inmigrante al país. Aprendió a leer y a escribir en la cárcel. Cerebro especulador y matemático ha construído — como ha podido — un aparato con el que creía descubrir el movimiento continuo. Estando ya convencido de su inutilidad, un pájaro ha hecho nido en uno de sus ruedas y el aparato, al volver el ave al nido, da vueltas y anda...

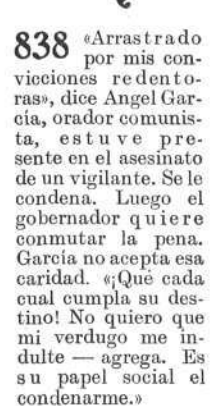


570 Es un artista decorador, en madera, en tela, en granito y en huevos de avestruz. De excelente conducta, espera de un día a otro su libertad. ¿Su crimen? Un homicidio. ¿Cómo? No lo sé. Me lo ha explicado con tal lujo de detalles, me ha hecho un plano tan minucioso del terreno de los sucesos que me parece el plano tan pintoresco que lo esencial lo olvidé.



837 Como su amigo Angel García, purga el mismo delito, y no ha aceptado, tampoco el indulto que se le ofrecía, y a raíz de un memorial que me ofrece, leo estas palabras a quienes dan relieve los años de presidio: «Soy una víctima de los sacerdotes del dios Previlegio, pero por encima de mis huesos y los de los jueces, la historia marcha arrollante».





838 «Arrastrado por mis convicciones redentoras», dice Angel García, orador comunista, estuve presente en el asesinato de un vigilante. Se le condena. Luego el gobernador quiere conmutar la pena. García no acepta esa caridad. «¡Qué cada cual cumpla su destino! No quiero que mi verdugo me indulte — agrega. Es su papel social el condenarme.»





31 Mientras José M. Gamboa, el hermano del penado 22, me escribe en un papel: «Soy inocente», la fotografía lo sorprende. Se halló presente en la muerte cometida por su hermano. Eso fué todo. No tenía culpa, pero lo sometieron a un careo como se lo aconsejó «un compañero de infortunio» y eso lo perdió. Su crimen, fué, pues, dialéctico. No supo contestar...



160 «Estábamos en Santiago del Estero. Decidimos asaltar una pulpería en el Pilar. Nos echamos a andar a pie. Al llegar a Santa Fe, nos perdimos, fuimos a dar al Chaco. Fuí a ver a un cuñado de mi padre para que me prestara cinco pesos. Pero no me los quiso dar. Esa fué mi perdición. Dos dias despues, «puse las manos en sangre» ¡Por 5 pesos!...

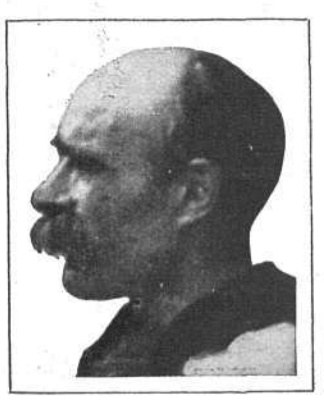






340 Es la mejor conducta del presidio. 25 años de prisión, Asaltó con el 160 y el 341, un almacén en el Pilar. Es un primario. Prefiere a todo trabajo la cantera, y cree que el esfuerzo bruto provoca una «mayor irritación y es así que la sangre más se quema». No he entendido. El pobre tampoco. Por eso estamos, aun hoy en dos planos diferentes...

130 Tenaglia ha vivido su infancia en una ciudad que su padre fundó y que he visitado: Enfidaville en Tunicia. El 130 espera reconquistar en el trabajo el peso de su falta. Al hablarle de su país natal el preso sonríe feliz y se desprende de las cadenas que lo retienen para la vida, apercibiendo en el horizonte el rostro de aquellos padres que no ha de ver más...



SIERRA CHICA

LO QUE DICEN AL PASAR LOS PENADOS



299 El jardinero, el arquitecto paisajista del presidio. Una noche, ebrío, después de una cena, festejando su ingreso a la Facultad de Derecho, mató a una hermana,... a un cuñado. Su conducta, su actividad, su inteligencia, asegúranle desde ya un nuevo sitio en la vida, de la que se fué una noche sin saber cómo, loco por el exceso de vida que le dió el alcohol

213 Turco, de Beyrouh, poco tiempo le queda en la cárcel. Volverá a vender peines. Tiene ya 900 $ ahorrados y si el osmali bravío que le hizo destender la garra, pudo ser vencido por la pena, conseguirá con el trabajo hacer la fortuna que — aun en la cárcel — no ha perdido de vista, y eso que hace diez y ocho años que entró en la carcel.







720 El pobre hombre que mató no es un ser negativo. Es un impulsivo, generalmente. Fué al crimen por exceso de vivacidad en la concepción. Es un imaginativo que se apura a realizar un hecho, como un descubridor pone el pie en la playa sin observar lo bastante a los salvajes que lo esperan tras la maleza. Y nada más. Este es el caso del 720...

529 Estamos bajo el único árbol del presidio. Más árboles serían perniciosos a la seguridad de la casa. Los muertos de Dotoyeski podrían esconderse bajo las ramas, despistar la guardia... El 529 me habla sin entusiasmo de su libertad. Porque no sabe ya después de 23 años de sombra si podría vivir entre los hombres que no tienen número.



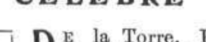




875 Cuando un visitante abre las puertas del presidio es una esperanza de hacerse oir que pasa ante todos los recluidos. Creen aún en la palabra. Se van convenciendo poco a poco de lo elegante de su discurso tanto como de la sinceridad de su historia, y sufren casi todos la ignorancia del procedimiento que terminó por condenarlos. Los jueces no los oyeron lo suficiente dicen y pueda ser que este hombre que pasa ante su tumba quiera pedir por su libertad. Están libres, se mueven sin dificultad, viven en paz como yo, pero es lo abstracto lo que desean. Porque si yo pido la poesía a las cosas ellos han materializado su sueño en una palabra, en una ficción: la Libertad; con mayúscula y sin hierros, a campo abierto donde no se ve ya al ojo de Jehová mirando fijo a Caín. **342**



UN CAJONERO CELEBRE



UN TAMBOR DE LEVALLE

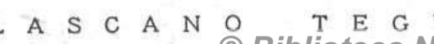


De la Torre, Es el jefe carpintero del presidio y sin quererlo ha estado comprometido en un crimen célebre. Lo llamó el cura de Olavarría, Castro Rodríguez, y le dijo: — «Hágame un cajón muy grande. Es para una señora muy gorda que me la mandan de afuera». En esa caja, el cura debía *enterrar juntos* a los cadáveres de su mujer y su hija. con un solo certificado.

Prudencio Román, nació en la tribu de Catriel. Es guardia cárcel desde 1886. Tambor de Levalle, ha tocado en el «5.º media vuelta» y es un maestro del parche. ¿Me dicen que toma mucho? — «Algo». ¿Vino solo? — «Vino solo porque no soy oriental, que éstos toman vino con kerosene». ¿Pero al *fin de cuentas*, cuántos litros de vino toma por día? — «Sais».



LASCANO TEGUI



D. ALEJANDRO CALVO



Destacada personalidad de nuestros círculos políticos y sociales, cuya larga y meritoria actuación en importantes puestos públicos habíale conquistado un positivo y alto prestigio. Caballeresco, afable y culto el señor Calvo, no supo sino despertar simpatías en cuantos le trataron; y es por ello que su sepelio constituyó un elocuente y significativo testimonio de pesar.

LAMENTABLE ACCIDENTE DE AVIACION



Señor Francisco H. Hentsch.



Mecánico Gastón Lefevre.

Pierde la aviación y la sociedad argentina una figura conocida y apreciada con la muerte del piloto Hentsch víctima de una caída del aparato cuando regresaba de una visita que hiciera al señor Federico Alvarez de Toledo en su estancia de Vicente Casares. Era el señor Hentsch uno de los más entusiastas propulsores de la aviación nacional, a cuyo progreso dedicaba sus afanes. Su deceso, como el del mecánico que lo acompañaba, produjo honda emoción en todos los centros deportivos y comerciales de la capital, considerado el primero en éstos como uno de sus miembros más caracterizados

DEMOSTRACION



Banquete con que un grupo de altos empleados y compañeros de tareas del Departamento Nacional de Higiene obsequiaron a los señores Tomás Maldonado Ortiz, Clemente A. Báez, Hernando Rueda Zúñiga y Julio G. Nogués, por sus recientes y merecidos ascensos.

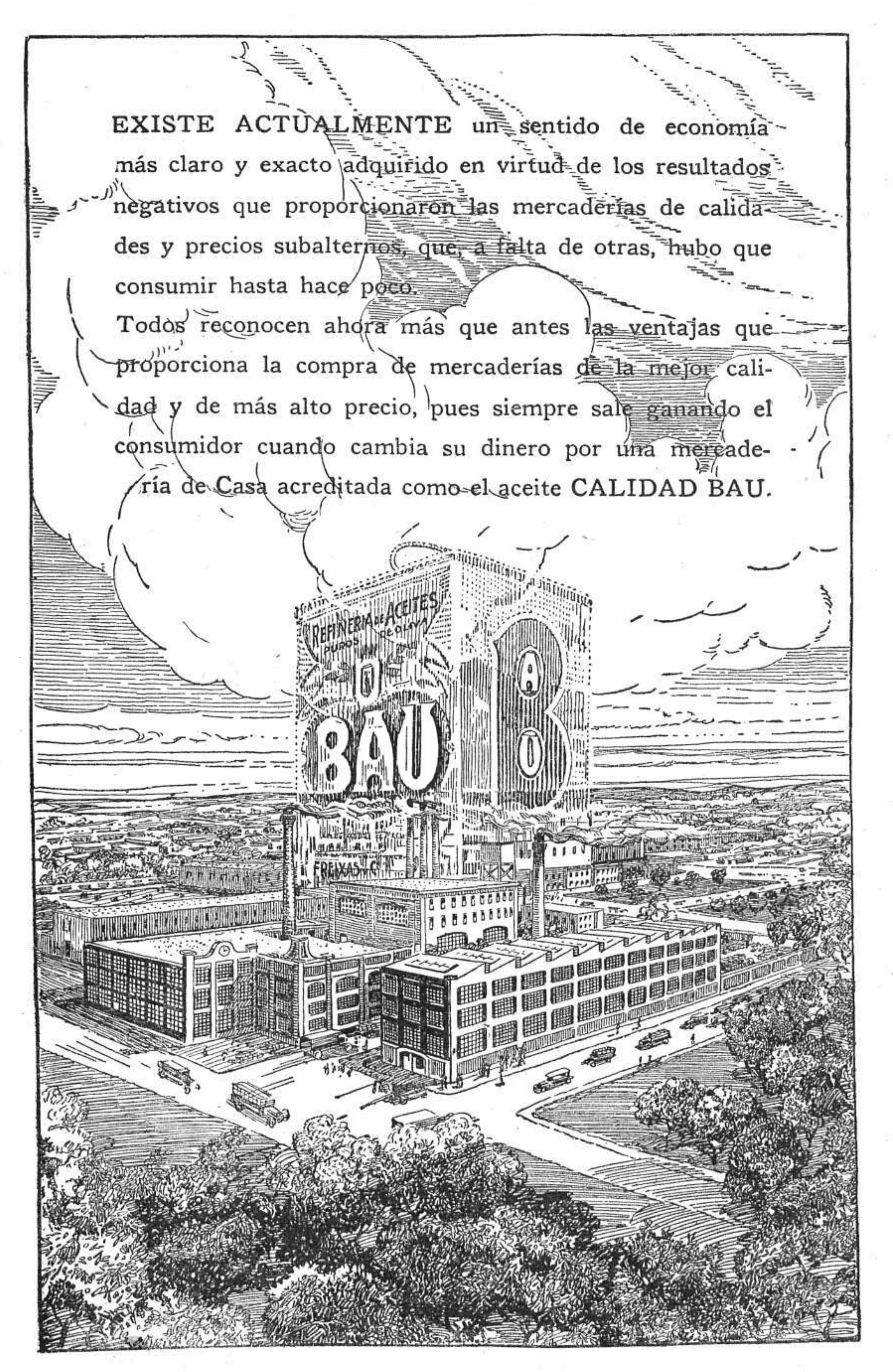
BAILE EN EL CLUB ATLETICO SAN ISIDRO







Distinguidas familias que asistieron al baile de disfraz y fantasía celebrado por el aristocrático club del norte. La fiesta constituyó una lucida nota social por la numerosa y elegante concurrencia que ocupaba totalmente las amplias canchas de tennis donde se verificó.


EXISTE ACTUALMENTE un sentido de economía más claro y exacto adquirido en virtud de los resultados negativos que proporcionaron las mercaderías de calidades y precios subalternos, que, a falta de otras, hubo que consumir hasta hace poco.
Todos reconocen ahora más que antes las ventajas que proporciona la compra de mercaderías de la mejor calidad y de más alto precio, pues siempre sale ganando el consumidor cuando cambia su dinero por una mercadería de Casa acreditada como el aceite CALIDAD BAU.
REFINERIA DE ACEITES
PUROS DE OLIVA
BAU

UN APARATO DE FISICA

Aunque uno se dé el lujo de ser sportsman o de vivir como un analfabeto, no puede substraerse, en estos tiempos de supercivilización, al uso continuo de aparatos de física que hubieran causado una admiración rayana en el síncope cardíaco a los siete sabios de Grecia y a sus hijos, nietos, sobrinos y demás deudos. Porque aquellos hombres ya tenían aortas descendentes.

A nadie le falta una máquina de coser o de picar carne; muchos disponen de artefactos para hacer cigarrillos; todos conocen los grafófonos para hacer ruido; tampoco es ignorado el tirabuzón de Arquimedes o tornillo sacacorchos, etc.

Yo tengo en casa uno de esos aparatos de física; algo intermedio entre la bicicleta y el bandoneón. No tiene ruedas, ni aunque las tuviera le servirían para nada; pero, en cambio, tiene hilos, alambres, cordones y otras cosas.

¿Creen, por los hilos, que es una caña de pescar? Nada de eso. Por de pronto dense cuenta de que funciona eléctricamente; pero no es un ventilador. Se divide en dos partes. Yo acciono sobre una. En cuanto al funcionamiento de la otra, ha sido necesario construir grandiosos edificios, manteniendo en ellos un personal numeroso, alegre y confiado.

Este aparato me proporciona ocupación constante y diversión barata. El año anterior comprobé, mediante estadísticas, que habían pasado cuatro mil horas dale que dale al aparato, lo que excede a la jornada de ocho horas.

Funciona a la manera de un kaleidoscopio de ruidos; pero no es un piano eléctrico descompuesto ni un aparato de masaje vibratorio.

No crean que es de fácil manejo. Para explicar su uso existe un libro lleno de cifras y letras; hay en él apellidos, nombres de batallas famosas, de hombres célebres y hasta de almaceneros. Hay también nombres de santos, pero con su lectura no se ganan indulgencias. He tratado de estudiarlo, leyendo varias páginas salteadas, a ver si le tomaba más interés a la cosa, porque desde el principio es más aburrido que una tabla de logaritmos de siete decimales (o de dos pulgadas). Recuerdo que un martes de carnaval en que me dolían los callos y las muelas, por instruirme deleitándome abrí el libro para leer algo. Entonces me fijé en que se llamaba *guía* y en dos horas aprendí media página de memoria, pero la olvidé antes del viernes santo. Me alegro de haber desistido, porque después supe que sin aviso previo cambian el libro de cuando en cuando. ¡Menudo disgusto me habría llevado si sucede tal cosa una vez aprendido de memoria!

Este maravilloso aparato tiene una campanilla que interrumpe cualquier ocupación interesante a que uno se halle entregado, y gracias a él amigos *undesiderables* hallan excusa para entrar en casa y pedir permiso para usarlo. Las señoras le encuentran encantos particulares y se pasan las horas muertas manejándolo. En psicología sirve para descubrir las personas de mal genio y determinar su grado de sensibilidad al encolerizamiento. Con él se consigue también dar al semblante expresiones de angustia y paroxismo, imposibles de obtener por otros medios y, gracias a él, no hay aburrimiento posible, ni alegría duradera, ni equilibrio mental. Sospecho que su uso excesivo debe alterar el sentido común.

Hay ocasiones en que triste, ojeroso y aburrido de la vida, me acerco al aparato, apático por completo. ¡Nunca defrauda mi expectativa! ¡Siempre me saca de quicio! Siempre escucho algo nuevo: ruidos desconcertantes y nunca soñados.

— ¡Tacatrán!... ¡Tracatrán!... ¡Tracatrán!...

Hay para quedarse absorto y olvidarse de todo, hasta de reir. ¿No estaremos, sin saberlo, auscultando un aplopético en trance de liquidación final? Porque el aparato no se sabe bien adonde va... Otras veces evoca vagos recuerdos de terremotos y sismogramas, como si algo ocurriese en el centro de la Tierra. Y de repente:

— Ah, ah, ah, ah...

Monótono, sin duda. Pero tengo calma, porque esa placidez serena no dura mucho ni es propia del aparato. En seguida viene algo gordo:

— ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! Pirrrrrr...

Y de improviso se hace un silencio como el que hay, según Flammarión, en el interior de un cráter lunar.

Lo interesante es que ni se sospecha lo que va a seguir. Como imprevisto deja atrás a las aventuras de Rocambole y a la música fascista. Es inesperado, jeroglifístico e incomprensible como el lenguaje de un loro alemán tartamudo, que hablase como loco después de estudiar el vascuence.

El aparato es incansable. Ciertos días dicen en casa que está descompuesto. No adivino en qué puede conocerse, pues conmigo siempre anda igual.

¿He dicho que es imprevisto? Pues además es sensible y caprichoso como un nene de noventa días, que obliga a levantarse de noche para hacerlo callar y que se duerma. Si no, la campanilla funciona como movida por un motor de 200 caballos. Pero quién va a enojarse porque le interrumpan el sueño para oir, tiritando, entre el augusto silencio de la noche:

— Tracatrán, tracatrán, tracatrán...

Y no hay más remedio que oir, porque si no la campanilla suena de nuevo, los doscientos parecen mil y pico y toda la caballada podría desbocarse.

En el estado actual de las ciencias físicas no podemos aún interpretar ninguno de esos fenómenos, ni siquiera el ¡tracatrán!; pero las teorías relativistas le han puesto los puntos al problema, que será resuelto, con toda seguridad, antes de que nazca el biznieto de Einstein.

Para terminar añadiré algo más grave. Compañeros bromistas y embusteros como pocos aseguran que, por casualidad, se perciben accidentalmente voces humanas y, para mejor, femeninas. ¡Pobres hombres; lo que inventan para embromar a los amigos! Yo soy desconfiado y no les creo.

Aunque debo confesar que — quizás sugestionado por tales bromas — suelo oir cada dos o tres meses algo así como una voz humana, a veces femenina y, al parecer, de persona triste, que, imitando sin ganas a un gramófono, clama confusa y dolorosamente:

— ¡Hola! ¿Número?...

Alarmado por tan extraordinario fenómeno hablé de él con una persona seria, quien me tranquilizó aconsejándome calma y que no reclamase contra la compañía que colocó el aparato.

— Ya pasará — agregó. — No se preocupe; ese defecto va a corregirse con la instalación próxima de un nuevo tipo de aparatos llamados *automáticos*. Serán más bonitos y divertidos que los actuales, y en cuanto a voces humanas, puedo asegurarle que su perfección es completa. No se oirá absolutamente nada, ni siquiera el: ¡Hola! ¿número?...

He reflexionado después respecto a que sean voces femeninas las que me parece haber escuchado; deben ser vaporosas ilusiones mías. Así es que estoy pronto a rectificar.

Lo que he aceptado como cierto, después de comprobar que así lo hace todo el mundo, es que el aparato de física aquí descripto se llama TELEFONO.

De esto no me ratifico aunque me maten.



ENRIQUE RUBIAL

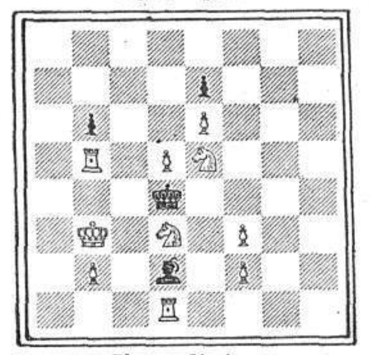

NOTA
COMICA
DEL
GLAUDA
VERMOUTH
ARGENTINO
—¡Estoy tan cansada que envidio a aquel barco!
—¿Por qué?
—Porque se ha tumbado sobre un banco de arena.

A J E D R E Z




PROBLEMA NUMERO 1, POR L. B. SALKIND

Negras: 4 piezas



Blancas: 10 piezas

(Total: 14 piezas).

Juegan las blancas y dan jaque mate en dos jugadas.

SOLUCION AL FINAL NUMERO 1, POR HENRI RINCK

1: P6R, R3CR; 2: P7R, R2AR; 3: P3R, R1R; 4: P4R, R2AR; 5: P5R, R1R; 6: P6R, P4CD; 7: R1TD, P5CD; 8: R2CD, P8T=D+; 9: R×D, P7CD+; 10: R×P, P6CD; 11: P7AR+, R×P; 12: R×P y ganan.

Correo. — A «Laskeriano». Rosario. — El actual campeón argentino de ajedrez, es el señor B. H. Villegas. Para disputarle el mencionado título hay que medirse con él en match, de acuerdo con una reglamentación especial, que la puede solicitar en la secretaría del Club Argentino de Ajedrez, Cangallo, 833.

Autógrafo de Capablanca, de la misma época que las declaraciones que damos a continuación, en donde emite sus opiniones, respecto a las ventajas del ajedrez.

El Ajedrez tiene en mi opinión estas ventajas entre otras muchas es un gran compañero porque el que lo juega jamás está solo, es una gran ayuda en la vida social porque siempre se encuentran aficionados finalmente desarrolla grandemente las facultades de concentración y la resistencia al trabajo, por todo lo cual se recomienda á los intelectuales. Es especialmente un gran amigo de los estudiantes pues les evita dedicar sus ocios á distracciones inconvenientes. Con respecto á la inteligencia es lo que los deportes son respecto al físico. J. R. Capablanca

UNA OPINION DE CAPABLANCA SOBRE EL AJEDREZ

Es interesante conocer lo que opinaba en el año 1919 el actual campeón del mundo, José Raúl Capablanca, sobre la práctica del ajedrez, cuyas declaraciones las hizo a la revista «América-Latina», que se publica en París.

Entre otros párrafos de la entrevista, tomamos los siguientes:

— ¿Quiénes cree usted, amigo Capablanca, que sean los mejores jugadores de ajedrez? — Los rusos. Los alemanes son también muy buenos jugadores. Tienen el hábito de concentración muy desarrollado. Por ello tal vez las mujeres no descuellan en este juego. No pueden concentrar su atención sino cuando ya han llegado a cierta edad, y el ajedrez es un dominio mental que si no se logra por completo antes de los veinte años no se adquiere después. — ¿Usted gozará mucho jugando? — Sería para mí un verdadero placer si se jugase en condiciones más higiénicas. No me explico porque creen los adeptos que es condición «sine qua non» para lograr un «jaque mate» encerrarse en un cuarto, beber sendas tazas de café y fumar malos tabacos cuando no peores pipas. La luz del sol y el aire fresco y puro no se oponen al juego de ajedrez. Todo adelanta; ojalá que progrese la higiene cuando de tan útil y profundo ejercicio mental se trata.

NUESTROS PROPOSITOS

Al publicar la sección ajedrez no hacemos más que reanudarla, pues ya en otra ocasión nos hemos ocupado de tan interesante juego. Considerando el incremento adquirido en todo el país, le dedicaremos oportunamente el espacio que ella se merece.

Encontrarán todos los aficionados un reflejo del movimiento tanto nacional como extranjero, aprovechando la oportunidad para solicitarles su concurso a fin de que esta página no sólo sea una fuente de información sino también de propaganda.

Toda consulta que se nos formule sobre la materia será contestada mediante el envío de franqueo para la respuesta, haciéndola por estas columnas cuando ella, por su importancia, lo merezca.

Con la idea de vincular a los aficionados del país, les rogamos el envío de su dirección, con los datos sobre la categoría o club en que actúe, para así brindarles la ocasión de poder jugar partidas por correspondencia y establecer un censo que demuestre el verdadero desarrollo del ajedrez en la Argentina.

Toda la correspondencia debe ser dirigida al Redactor de la Sección Ajedrez de CARAS Y CARETAS. Chacabuco, 151.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

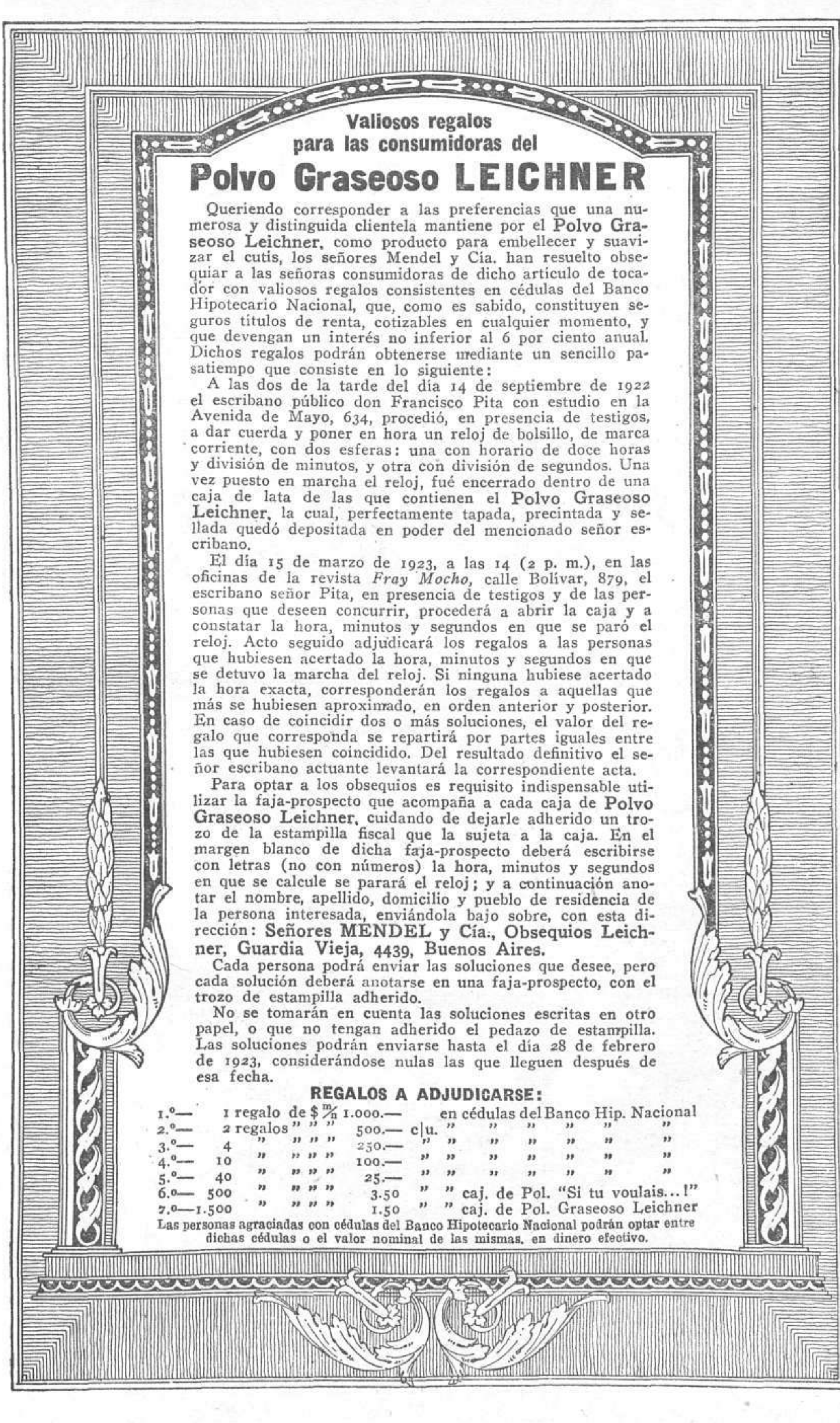
Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier, Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavídez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E.; Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.º piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa, Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.

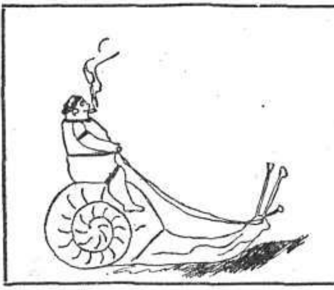

Valiosos regalos
para las consumidoras del
Polvo Graseoso LEICHNER
Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el Polvo Graseoso Leichner, como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior al 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo que consiste en lo siguiente:
A las dos de la tarde del día 14 de septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con división de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el Polvo Graseoso Leichner, la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada quedó depositada en poder del mencionado señor escribano.
El día 15 de marzo de 1923, a las 14 (2 p. m.), en las oficinas de la revista Fray Mocho, calle Bolívar, 879, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.
Para optar a los obsequios es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de Polvo Graseoso Leichner, cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: Señores MENDEL y Cía., Obsequios Leichner, Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.
Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.
No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esa fecha.
REGALOS A ADJUDICARSE:
1.º— 1 regalo de $ m/n 1.000.— en cédulas del Banco Hip. Nacional
2.º— 2 regalos " " " 500.— c|u. " " " " " "
3.º— 4 " " " " 250.— " " " " " " "
4.º— 10 " " " " 100.— " " " " " " "
5.º— 40 " " " " 25.— " " " " " " "
6.º— 500 " " " " 3.50 " " caj. de Pol. "Si tu voulais...!"
7.º—1.500 " " " " 1.50 " " caj. de Pol. Graseoso Leichner
Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.



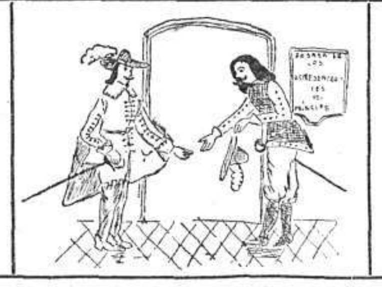
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



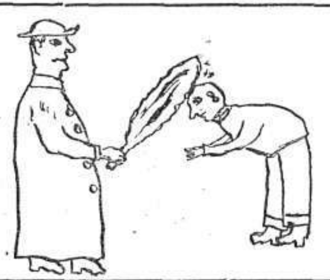
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



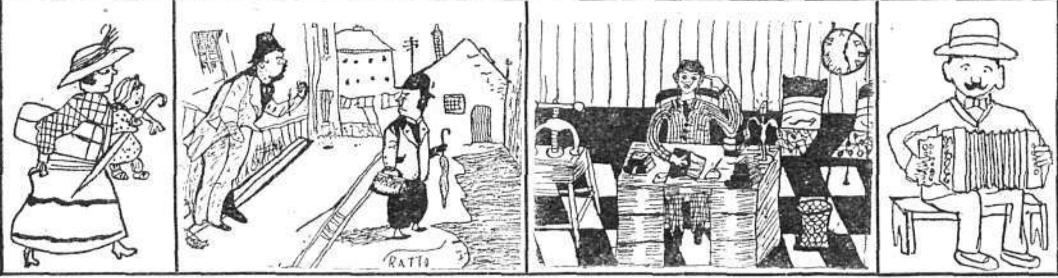
1343 — Antonio en el caracol.
ELENA NIEVES SZRETTER



1344 — Dos caballeros del siglo XVII.
HÉCTOR A. VERGARA.



1345 — A Dios rogando y con el mazo dando.
ELVIRA BLINKHORN WILSON.



1346 — Mamá de paseo.
STELA A. PIANO.

1347 — Mi tío echa al médico de la casa por una mala cura.
EUGENIO JUAN RATTO.

1348 — Juan pensando lo que dice en CARAS Y CARETAS.
STELLA MARENCO.

1349 — Carlos tocando el acordeón.
FRANCISCO THEUX.

De los dibujos publicados en el mes de enero han resultado premiados los siguientes números: 1310, 1311, 1313, 1316, 1319, 1321, 1322, 1326, 1329 y 1330.



¡Caramba! No sé qué hacer.
Si bañarme o no bañarme.
Y es, después de desnudarme,
cuando lo he echado de ver.

Pero... ¡qué mala memoria!
¡Olvidarme del jabón!...
Esto de mi distracción,
va picando ya en historia...

Nunca me acuerdo de nada.
Ni siquiera sé en que día
vivo. Cualquiera diría
que yo estoy enamorada...

Y el olvido es más extraño,
pues, sin la fragante espuma
del **REUTER** que me perfuma,
parece que no me baño.

CONSULTORIO

N.º 1966.—¿Qué ave construye los nidos más grandes?

E. ZAS. — Ciudad.

La gallina de las selvas de Australia (megapodius tumulus) construye sus nidos de un tamaño prodigioso; a veces alcanzan 4 metros y medio de altura y 45 de circunferencia. Por lo general los coloca en sitios escondidos o envueltos entre follaje, de tal modo que, a pesar de su gran tamaño, casi no se les puede ver.

El material que entra en la construcción de estos nidos suele ser hojas, hierbas y otros vegetales. En ellos se encuentran gran número de huevos enterrados en el suelo, pues estas gallinas tienen la costumbre de echar tierra hasta cubrirlos para evitar que se los roben.

N.º 1967. — ¿Qué fuerza pueden hacer los músculos de la mandíbula humana?

LECTOR. — Ciudad.

Hay en la mandíbula humana ocho músculos que pueden ejercer una fuerza de unos 22 kilogramos en un hombre regular. En casos excepcionales es mucho mayor esta cantidad de fuerza. Por ejemplo: Haller menciona un hombre que podía levantar un peso de 140 kilos por la acción de los músculos elevadores de la mandíbula, lo cual representa una fuerza total de 420 kilos.

N.º 1968. — ¿Por qué en la antigüedad era la púrpura el color imperial?

EVITA. — La Plata.

La púrpura era el color imperial por su gran costo y rareza. La única que se conocía entonces se obtenía en cantidades muy pequeñas de ciertos crustáceos del Mediterráneo.

En tiempos de Cicerón costaba una libra de púrpura mil dineros o sean unos 800 pesos.

En tiempos de Julio César se prohibió el uso de este color a los particulares.

N.º 1969. — ¿Entre qué gentes se consideraba el cabello largo como signo de alto rango?

MELENUDO. — Lomas de Zamora.

Los antiguos egipcios afeitaban la cabeza de los chicos dejándoles solamente unos cuantos mechones de pelo en la frente y a los lados de la cabeza como emblema de juventud; pero si los niños eran de familia real, los mechones de los lados los llevaban encerrados en un saquito, que demostraba su rango de príncipes por los largos cabellos postizos que pendían de dichos sacos. Los egipcios acostumbraban también a usar barbas postizas de diferente longitud, según la importancia de la persona que las llevaba. Las de los reyes eran muy largas y cuadradas, mientras que las de los individuos particulares eran cortas y de unos cinco centímetros de longitud. Los Partos y los Persas de alta categoría llevaban el cabello muy largo también. Homero habla de "los griegos de largos cabellos" como una honrosa distinción. Los soldados de caballería de los atenienses llevaban asimismo el cabello muy largo, y los soldados lacedemonios también. Los galos consideraban el cabello largo como un honor extraordinario, por cuya razón Julio César les obligó a cortárselo cuando los venció. Los franceses y los antiguos alemanes consideraban el pelo largo como una muestra de noble cuna. Durante muchos siglos el pelo muy largo ha sido un distintivo de la familia real de Francia, cuyos reyes y princesas de sangre tenían que llevar "el cabello muy largo y artísticamente peinado y ensortijado". Donde el cabello alcanzó más longitud es, sin duda, en algunas tribus de la América del Norte, de uno de cuyos jefes se cuenta que tenía el pelo de un largo de tres metros y medio.

N.º 1970. — ¿Dónde está la calle más estrecha del mundo?

M. N. O. — Ciudad.

En una conferencia dada por el señor Moraleda, presidente de la Sociedad Arqueológica de Toledo, se hace constar que los callejones llamados del Foro, del Nuncio Viejo, de San Andrés, de San Clemente, de Valdecaleros y otros, son los más reducidos de Toledo, y que puede considerarse como el más estrecho del mundo el "Callejón de la Soledad", situado en Toledo en la calle de Santo Tomé.

A la entrada mide ochenta centímetros, en su parte media un metro cincuenta centímetros, y sus paredes tienen, de separación, en la parte alta, cincuenta centímetros.

N.º 1971. — ¿Cómo se conserva la vida de los animales que invernan entregándose a un largo sueño?

SUBSCRIPTOR. — Ciudad.

Algunos de los animales que invernan o se retiran a sus cuarteles de invierno, colocan en éstos cierta cantidad de alimento en el otoño y pasan la estación fría en un estado que difiera muy poco del sueño ordinario, del cual sólo salen de vez en cuando para aplacar el hambre; pero otros, como la marmota, duermen durante todo el período sin comer nada absolutamente. Estos se retiran a sus cuarteles de invierno muy gordos por consecuencia de la gran cantidad de alimentos que devoran durante los meses anteriores y que les permite resistir sin comer el tiempo frío. Cuando llega la primavera están muy delgados, pero inmediatamente se reponen en cuanto empiezan a comer. Estos animales suspenden toda función de la voluntad y disminuye mucho en ellos la circulación de la sangre. El lirón, cuyo pulso late con mucha velocidad en el estado ordinario, queda reducida al uno por ciento cuando duerme.

N.º 1972. — ¿Hay algún país en donde no se conozcan las cárceles?

DOMINGO TAVELLA. — La Plata.

En Islandia se dice que no hay cárceles ni presidios porque serían inútiles, tratándose de una gente tan honrada y tan pacífica como aquélla.

La historia de este país sólo recuerda dos robos, pero nunca ha existido policía. Los habitantes de la isla no ponen cerraduras en las puertas ni tienen fondas, porque todo el que llega encuentra albergue en la primera casa a donde se dirige.

De los dos casos de latrocinio que se recuerdan, uno fué cometido durante un invierno muy crudo por un individuo que había perdido un brazo y cuya familia no tenía qué llevarse a la boca. El robo consistió solamente en un par de ovejas. En cuanto lo detuvieron lo mandaron al médico para que lo curase, dieron provisiones a su familia, y luego que se curó le buscaron trabajo. No le condenaron a nada porque sus convecinos consideraron suficiente pena el estigma que sobre su familia había de pesar siempre. El otro caso de robo fué cometido por un alemán que robó 17 ovejas. Como dicho individuo no estaba en mala posición, le castigaron vendiéndole todas sus propiedades para pagar el importe de las ovejas y le obligaron a que se marchara del país, amenazándolo con decapitarlo si no lo hacía.

N.º 1973. — ¿Dónde se acuñó más moneda durante la época del imperio romano?

JACINTO CAPUTO. — Entre Ríos.

En España, que era la provincia más rica del imperio. Según afirma el historiador crítico Masdeu, había en España "más casas de moneda que en lo restante del mundo" sometido a Roma. España era un país opulento donde abundaban las minas de los más preciosos metales; sus ríos arrastraban arenas de oro; por esto al Tajo se le denominaba "Tagus aurifer, auratus Tagus, Tagus opulentissimus", y en el país de los Bastetanos (Murcia) ofrecía sus filones de plata el "Argentarius Mons." Si hemos de creer a Tito Livio y a Polibio, testigo ocular, los régulos de las tribus de la Bética vivían en medio de las riquezas; el mediodía de España era como "El Dorado" de los antiguos, y no atribuyó Orellana a la quimérica ciudad de Manoa más riquezas y opulencia que la que los autores clásicos atribuían a las comarcas que regaba el Betis; los Túrdulos, Bástulos, Turdetanos y Beturios eran (según Atheneo) "los más ricos de los hombres". Dícese que en la Bética surcábase el campo con rejas de plata y oro, y Polibio asegura que hasta los pesebres de los caballos y las áncoras de los bajeles eran de plata.

Juan Diestro. — Com. Rivadavia.
Añada a la mezcla polvo de ladrillo, en la cantidad que crea suficiente.

M. Figueroa. — La Plata.
Tiene que depositar tres ejemplares en la Biblioteca Nacional.

E. A. Galimberti. — Santa Isabel.
Tiene que pagar una patente municipal.

J. J. Núñez. — Nueva Suiza.
La verdadera pronunciación es "ye". Ejemplos: "yerra", "yegua", etc.

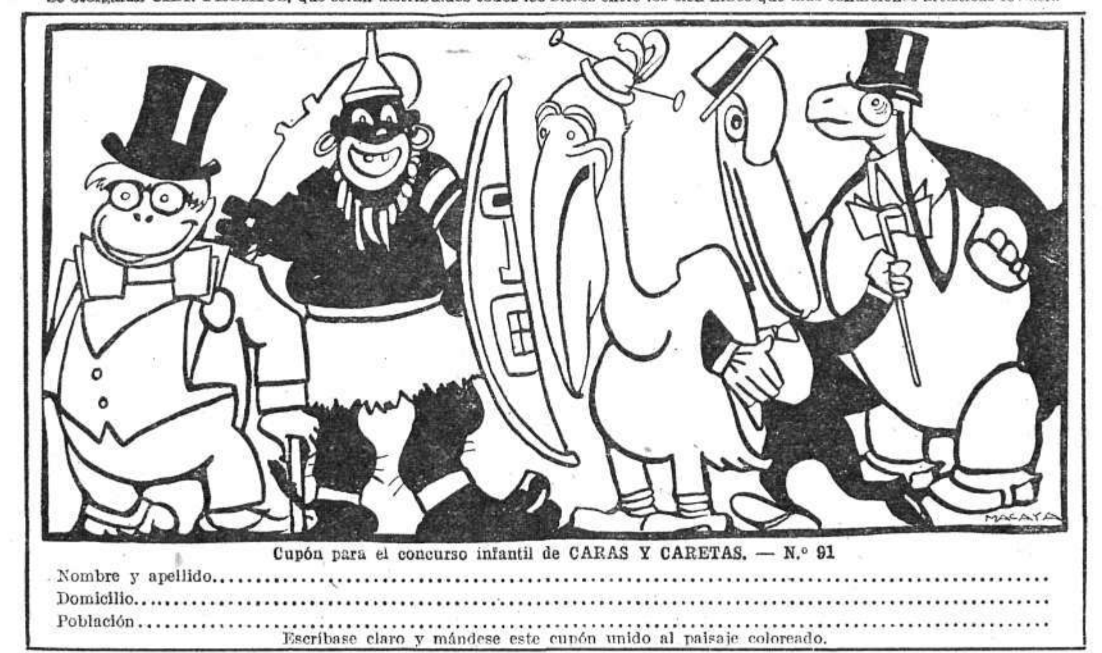
Pomponio Polidoro. — Ushuaia.
1.º Cristo. 2.º Sus acciones justifican de sobra esos homenajes.



Estos son los 4 modelos CONCERTOLA
El fonógrafo perfecto, irreemplazable para bailes, indispensable en todo hogar donde se aprecia la buena música.
N.º 8
$ 175
N.º 5
$ 250
N.º 9
$ 350
Acordamos créditos para adquirir estos maravillosos aparatos. Soliciten informes.
OFERTAS DE REAL CONVENIENCIA Y OPORTUNIDAD
N.º 4. — Espléndida CONCERTOLA. Motor suizo de dos cuerdas reforzadas, con 6 piezas y 200 púas .... $ 125
N.º 4 bis. — Características iguales al N.º 4, pero motor de mayor potencia, con 6 piezas y 200 púas .... $ 150
N.º 8. — Magnífica CONCERTOLA, mueble con madera imitación caoba, alto metros 1.04, motor de dos cuerdas, con 6 piezas y 200 púas .... $ 175
N.º 5. — Regia CONCERTOLA, lujoso mueble en roble o imitación caoba, alto metros 1.10, gran motor de dos cuerdas, con 12 piezas y 200 púas .... $ 250
N.º 9. — Lujosa CONCERTOLA, mueble en roble oro, alto metros 1.16, gran motor de dos cuerdas, con 6 piezas y 200 púas .... $ 350
Otros modelos, desde .... $ 35
N.º 4
$ 125
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 — BUENOS AIRES
NO TENEMOS SUCURSALES — NO CERRAMOS LOS SABADOS
Catálogos
N.º 21. Grafófonos, Concertolas y Victrolas.
N.º 22. Discos de todas las marcas.
N.º 23. Guitarras y accesorios.
N.º 24. Violines y accesorios.
N.º 25. Mandolines y accesorios.
N.º 26. Acordeones y Bandoneones.
Remitimos enviándonos veinte centavos en estampillas.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 91

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del concurso N.° 90, han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

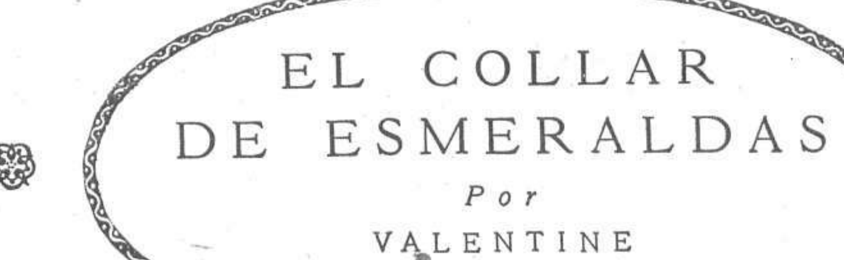
Amaury, Rocco Livio.
Amavet, E. Hernán.
Andrada, Roque Homero.
Arroyo Maidagán, Carlitos.
Amadeo, María Angélica.
Bliscen, Enrique.
Bidart, Ruby Iris.
Beñac, Estanislao.
Beneito, Francisco.
Bellalta, Haydée.
Bonini, Víctor.
Cistoldi, Modesto.
Caravias, Dionisia Enriqueta.
Candina, Amelia María.
Cabares, Leopoldina.
Carvalho, Zaira.
Castro, Ana Rosa.
Delfino, Amelia.
Druetta, Ceferino.
Durzi, Pascual.
Detomasi, Electra.
Etcheverry, Francisco Eliseo.
Echagüe, Sara Delia.
Ferreira, C. Haydée.
Flores, T. Horacio.
Ferazzi, Gilberto Juan.
Fernández Lavien, H. Julio.
Fossa Riglos, Cococa.
Fontana, Amador.
Gil, A. Amelia.
Godio, R. Sara.
Guarnieri, Elvira.
García Susini, J. Esteban.
Giménez Cintos, M. Mercedes
Giménez, José.
Giayetta, M. Irene.
Galbiati, Alberto.
Gibellini, Argentina.
Hertler, Olga Dora.
Hessel, M. Emilita.
Iglesias, Angel.
Incháurregui.
Junqueras, H. Isidro.
Juárez, María Nélida.
Lastreto, E. Bartolomé.
Lavalle Ogeda, Carmencita.
Lértora, María Andrea.
Ligalupi, Georgina.
Lentini, Teresa.
Marquet, Elisa.
Masuet, Teresa.
Mitotzky, Mauricio.
Milhet, Delfina.
Novillo Pizarro Ceres, Alicia.
Noguera, Oscar.
Obarrio, Horacio.
Ortiz, R. Julio.
Otero, Carlos Alberto.
Oliveto, Adolfo.
Ordóñez, Alfredo.
Olivella, Y. Monserrat.
Ortega, D. R.
Ons, Blanca.
Pastor, Lila Berta.
Perisse, Ofelia.
Papaleo, Natalia.
Piñol, Enrique.
Picoli, Dora.
Peralta, Josefina.
Picabea, Ernesto Alfredo.
Prina, A. Arnaldo.
Rossetti, M. Italia.
Ruiz García, Jorge.
Rispoli, Matilde.
Rodríguez Medina, Roberto.
Rossi, Nélida Amalia.
Ruiz, Hugo.
Rosso, Pedro.
Riglos, Juan Manuel.
Rossetti, Alberto.
Reig Guilhem, M. Ernestina.
Rosso, Hugo.
Ragueno, César.
Santiago de G., Natalio.
Sarrias Mayol, Manuel.
Sequeira, Celina Anita.
Scremín, Carlos Alberto.
Schmidt Di Ferrante, Elsita.
Shaspin, Patricia.
Stamati, Pedro.
Tampieri, Dolly Milka.
Totaro, Javier.
Trepat, Lily Argentina.
Torsitano, Jaime.
Vicente, Encarnación.
Vilanova, Delita.
Vaga, E. Emilio.
Villarroel, H. Adolfo.
Vera, Carmen.
Zanatta, Ernesto.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 26 y 27 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.


RESERVA
PINOT BLANCO
VOLUMEN NETO 700 cm³
BODEGAS ARIZU
MENDOZA
En toda buena mesa los vinos marca "ARIZU" son adoptados y preferidos con la alta consideración que merecen los productos de calidad superior.
Esmeradamente embotellados se venden con la marca "ARIZU" estampada en las etiquetas y cápsulas.
EXIJALO A SU PROVEEDOR.
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Soc. Anón. Viñedos y Bodegas "ARIZU"
Avenida de Mayo, 1035 — Rivadavia, 1032

De Bahía Blanca

Niños de la colectividad británica que tomaron parte en el festival a beneficio de la iglesia anglicana, y que fué organizado por el reverendo S. C. Deacon y señoras de Mc Crindle, Maples y Murray.



EL COLLAR DE ESMERALDAS

Por

VALENTINE WILLIAMS

HENRY Tibbutts descendía la escalera de roble de la mansión Scropesby bastante mal humorado.

Henry había alcanzado el momento en que el hombre, al término de la juventud, ve aproximarse la vejez, que a los cuarenta años es ya una amenaza. Ya el celibato había puesto su estigma en los arriesgados hábitos de soltero. Una renta cuantiosa, un puesto satisfactorio y sin responsabilidades en una oficina del gobierno y el más confortable departamento de soltero, le aseguraban a Henry una existencia ideal, según él mismo se decía, si no fueran los disgustos que le proporcionaba su sirviente.

Mientras Henry bajaba la escalera para ir a cenar se preguntaba coléricamente cómo podía ser que un hombre como Morton, recomendado como un excelente ayuda de cámara, preparara una valija olvidándose de tan importantes artículos como son pañuelos y zapatillas.

La vida le parecía muy amarga a Henry Tibbutts mientras descendía al gran hall de la casa de campo, dispuesto a encontrar defectos en todos los huéspedes de la familia Ankerville. La mayor parte de ellos se hallaban sentados cerca de la estufa cuando Henry hizo su aparición. Estaban rodeando a una atrayente rubia, vestida con exquisito gusto.

— ¡Ah, Tibbutts! — gritó el coronel Ankerville, al verlo aproximarse. — Usted es juez en estos asuntos. Dígame, ¿qué le parece de esto?

Levantó una mano de la que colgaba algo que relucía y centelleaba frente a las llamas de la estufa. Henry tomó el collar y lo examinó con curiosidad. Las piedras eran soberbias, sin iguales en color y aguas, con toda clase de irisadas luces caprichosamente reluciendo en sus fondos verdosos.

— Nunca he visto esmeraldas como éstas — dijo Henry poniendo cierta solemnidad en sus palabras. — Por el montado parecen joyas orientales.

El coronel Ankerville, un hombre corpulento, de rosada y sonriente cara, devolvió el collar a la dama.

— Son las esmeraldas de Mohamet Alí, amigo — dijo. — La señora Bennett acaba de explicárnoslo. Eran parte de la colección del furioso sultán de Egipto, y el papá de la señora Bennett las com-

pró en la subasta de Mohamet Alí, en Viena. A propósito: permítame presentarlo.

— Me gustaría que usted conociera a mi esposo — dijo la dama después de la presentación; y un hombre afeitado, de pronunciada quijada y pelo casi gris, se adelantó tendiendo la mano.

— Sus esmeraldas son realmente hermosas — dijo Henry a la dama. — Deben ser de un valor extraordinario. Jamás he visto un collar más fino.

— Sí, lo son — replicó ella. — Usted no se puede imaginar el trabajo que me cuesta conseguir que John me lo deje poner. No quería dejármelo traer a Scropesby, ¿no es cierto, John?

— Es mucho trastorno, comprende — dijo su esposo plácidamente. — Mi esposa no ha mencionado el hecho, Mr. Tibbutts, que cuando viajamos es mi deber cuidar del estuche de joyas. No tendría confianza de que estuviera en otras manos, y no me agrada la responsabilidad.

Un grupo de damas se acercó para ver la joya, y los esposos Bennett se separaron por un momento del grupo de caballeros.

— ¿De dónde son? — preguntó Tibbutts al coronel, señalándolos con la cabeza.

— Los encontramos en Monte Carlo. Son australianos, y muy acaudalados. Tienen grandes intereses mineros en Australia.

La señora Ankerville se acercó al grupo para avisarles que el último huésped llegado, la señorita Branksome, acababa de bajar, y los invitó a pasar al comedor.

Henry, que contemplaba su cocktail, levantó la cabeza con sorpresa.

— ¿La señorita Branksome? — preguntó. — ¿Es por casualidad americana?

— Sí — dijo la señora Ankerville — y bastante encantadora. Ahora que me acuerdo, ella lo conoce a usted, Mr. Tibbutts. En la cena usted tendrá el asiento al lado de ella.

Aquellas palabras fueron suficientes para desvanecer la niebla a través de la cual Henry había estado contemplando un mundo desolado y despreciable. El anuncio de la señora Ankerville obró en él como el sol desgarrando las nubes con sus rayos. Frescos y generosos pensamientos se acumularon en su mente. Por la mañana le daría una buena propina a Morton; tal vez había sido un poco severo, y ciertamente que ninguno limpiaba los zapatos tan bien como su camarero lo hacía.

Jennie Branksome apareció en lo alto de la escalera, y Henry Tibbutts dejó, por un momento, de ser el insaciable y egoísta para convertirse en el hombre más amable. Al ver la delicada silueta, sus pensamientos volvieron a los días pasados sobre la cubierta del *Aquitania*, donde, por seis mágicos días, un romance de amor se había desarrollado. Entonces, por primera vez en su vida, recapacitó; se había sentido disgustado consigo mismo y con su perpetua actitud de preocupación. Quisiera haber podido hacer retroceder el tiempo y ganarse la admiración de ella. Henry se dedicó aquella noche exclusivamente a Jennie.

— ¿Y cómo supo usted que yo estaba aquí? — le preguntó Henry durante la cena.

— Mi sistema intelectual es muy completo — le contestó Jennie Branksome con aire serio, pero con risueños ojos. — He sentido mucho los descuidos de Morton que tanto le hacen sufrir. Es, según se ve, «un individuo completamente estúpido, y que sabe tanto de preparar una maleta como los salvajes de las islas Salomón». Me parece que usted ha encontrado algunos torpes en su vida, pero...

— ¡Por el amor de Dios, cállese!—exclamó Henry. — ¿Usted oyó el reto que le fulminaba a mi criado, miss Branksome?

— No soy sorda, Mr. Tibbutts — contestó ella pausadamente. — Tengo la habitación contigua a la suya. Casi esperaba que usted viniera a pedirme uno de mis pañuelos. ¡Solamente... claro... que son ordinarios!

Henry hizo un gesto de súplica, pero ella lo miró con severidad.

— Usted no ha mejorado, ¿no le parece? — le preguntó ella.

Aquella noche, como lo había hecho a bordo del *Aquitania*, Henry le rogó que consintiera en ser su esposa, pero ella procuró también evadir la respuesta.

II

Henry miró su reloj. Era la una y diez minutos. Descalzo y envuelto en su *robe de chambre* se había detenido en la puerta de su habitación para escuchar. La casa parecía muy tranquila. Hacía más de media hora que el último invitado había salido del salón de billar. Henry había sido perturbado por otro nuevo descubrimiento. El olvidadizo Morton no había incluído en el equipaje la caja de cigarrillos como él le había dicho.

Henry tenía la invariable costumbre de fumar un cigarrillo en pijama antes de retirarse a dormir, pero durante la noche había vaciado la cigarrera y ahora se veía en la alternativa de quedarse sin fumar su último cigarrillo o bajar al fumador en busca de los del dueño de la casa.

El corredor estaba casi en la obscuridad; sólo los rayos de la lámpara que ardía en la galería se reflejaban debilmente en el otro extremo. En el momento que Henry salía de su habitación oyó el rechinar de una puerta en el corredor.

Entonces notó que la puerta del dormitorio de Mr. Bennett estaba un poco abierta. Por un instante la delicada figura de una mujer en kimono se destacó de entre las sombras del corredor. Henry, en la creencia de que sería la esposa de Mr. Bennett, se detuvo para darle tiempo a que entrara en su habitación.

Pero sucedió algo extraño. La sombra fué de una puerta a otra, caminando silenciosamente y con pausa. En vez de entrar se detuvo, dando la espalda a Henry. Entonces se agachó y puso el oído contra el agujero de la llave.

Henry obró con rapidez. Avanzó por el corredor sin hacer ruido. La puerta de la habitación de Jennie Branksome estaba cerrada, y en la que seguía era donde la sombra estaba escuchando a través de la cerradura. Se arrimó contra la pared, entre las dos puertas, esperando que el fondo oscuro de ésta no lo delatara. Desde allí vió cómo la sombra volvía a enderezarse, avanzando hacia él con un brazo extendido como en busca de la puerta. Henry estiró su brazo y la tomó por la muñeca.

Ella ni gritó ni trató de escapar. Sólo se detuvo violentamente y murmuró tímidamente:

— ¡Déjeme!

— Venga a la galería — le ordenó Henry también en voz baja, pero con tal firmeza que hasta él mismo se sorprendió.

Ella sacudió la cabeza sin hablar y trató de zafar la mano.

— Venga a la galería — repitió él tirando suavemente de ella al tiempo que le daba la orden.

Por fin ella obedeció. Caminó delante de él silenciosamente hasta que llegaron a la galería. Allí, en la débil, amarillenta luz, ella se dió vuelta.

— ¡Usted! — dijo él. — ¡Jennie Branksome!

— ¿Qué quiere usted conmigo? ¿Cómo se atreve a detenerme? Déjeme ir a mi habitación inmediatamente — dijo ella con voz que temblaba de rabia.

— ¿Qué estaba usted haciendo en aquella habitación? — preguntó él algo más calmado, aunque la sangre le zumbaba en los oídos.

— ¡Déjeme ir a mi habitación! — exclamó ella. — ¡Oh, si alguno viniera! ¿Quiere perderme?

Hizo un rápido movimiento para escapar, pero él la detuvo tomandola de un brazo.

— No la dejaré hasta que conteste mi pregunta.

— Rehuso contestar. ¿Qué derecho tiene usted para interrogarme?

— Necesito saberlo — dijo él obstinadamente

— ¡Oh, si usted es un hombre — exclamó ella, — si usted tiene un poco de caballerosidad, me dejará ir! ¿No se da cuenta de lo que esto significaría si alguno viniera y nos encontrara aquí?

El le soltó el brazo con brusquedad.

— ¿Así que usted prefiere dejarme en la creencia de que estaba con ese hombre en su habitación, un hombre casado y con su esposa en la habitación contigua?

— ¡Usted puede creer lo que quiera! — Y diciendo esto desapareció por el corredor.

III

El ruido de una persiana lo despertó. Morton cruzaba la habitación de uno a otro lado, poniendo cada cosa en su lugar. Henry le miraba con un vago resentimiento.

Morton estaba hablando:

— Un verdadero trastorno, señor. El coronel, señor, ha mandado llamar a la policía. Me estaban diciendo...

Henry miró atento a su criado.

— ¿De qué diablos estás hablando, Morton?

— Le estaba diciendo, señor, que la señora Bennett ha perdido su collar de esmeraldas. Abajo están diciendo, señor, que alguien entró durante la noche y lo robó.

— ¡Durante la noche! — exclamó Henry.

Henry saltó de la cama. Cuando bajó al comedor encontró a todos en la mayor excitación.

— Hasta que la policía llegue — decía el coronel Ankerville a la señora Bennett — no podemos hacer más que pensar cómo tan audaz robo ha podido cometerse en mi casa. Yo y nuestros amigos le daremos la satisfacción de permitir a la policía que registre minuciosamente nuestras habitaciones. En cuanto a la servidumbre, respondo personalmente por ellos, aunque, como usted comprenderá, a ninguno de ellos le sería posible entrar en su habitación una vez que usted estaba en cama.

Jennie Branksome trataba de salir inadvertidamente de la habitación. Henry la siguió y la alcanzó en el vestíbulo.

— Bueno — dijo él, severamente, pero bajando discretamente la voz. — ¿Qué piensa hacer ahora?

Jennie levantó la vista del suelo.

— No sé lo que usted quiere decir...

— No trate de hacer este juego conmigo. Solamente nosotros dos sabemos algo sobre esto. Aun tiene tiempo de colocar esas esmeraldas en su sitio antes de que venga la policía. Si usted quiere entregármelas yo encontraré la forma de devolverlas.

Ella lo miró con una mirada fija y penetrante. Su cara se sonrojó ligeramente.

— ¿Quiere usted decir que yo tomé el collar de la señora Bennett?

— ¡Jennie! — imploró él. — No tenemos tiempo que perder. Debe haber estado loca para hacer semejante cosa. Devuélvame el maldito collar y dígame por qué lo tomó. Usted sabe que solamente quiero ayudarle.

— Es usted quien debe estar loco al pensar que yo sería capaz de hacer tal cosa — contestó ella sin agitarse, lo que le desconcertó en absoluto.

— Escuche, Henry — continuó ella zalameramente. — Anoche usted me dijo que confiaría en mí. Bien; aquí tiene la oportunidad. ¡Confíe! Yo no tomé las esmeraldas, y esto es todo lo que tengo que decirle.

— Anoche creí que usted tenía una intriga con un hombre casado — dijo él con frialdad. — Tenía que guiarme por las apariencias. Ahora la acuso de haber cometido un robo, nuevamente guiándome por la evidencia. ¿Cree usted que puedo estar equivocado en ambos casos?

— Absolutamente — replicó ella con admirable franqueza.

— Entonces permítame que le diga que mientras el primer caso es una cuestión entre usted y su conciencia, en el segundo las reputaciones personales están en peligro. Con sus absurdas negativas usted me obliga a elegir entre las dos alternativas. Lo que quiero saber de usted es esto: ¿Quiere que diga al coronel Ankerville el nombre de la persona que tomó el collar?

Jennie lo miró por un momento antes de contestar. Con todos sus deseos de sentar una prueba en contra de ella, él no podía dejar de admitir que ella no le daba una impresión de ser culpable.

— ¡Me es imposible contestar a tal acusación! — dijo ella. — Si quiere esperar, tal vez no mucho, conocerá la verdad entera.

— Lo que usted me pide es imposible — contestó él sacudiendo la cabeza. — Seguramente que usted no creerá que yo pueda permitir que se abuse de la confianza del hombre que galantemente nos ha invitado a su casa. Además, Ankerville es mi amigo.

— Ustedes los hombres se ayudan mutuamente, ¿no es cierto? — observó ella con una sonrisa de desprecio. — ¿Así que sus amigos están antes que yo?

— ¡Desde anoche... sí!

— ¿Qué piensa hacer? — le preguntó ella encogiéndose de hombros.

— Estoy esperando su contestación.

— Mi contestación es: ¡nada!

— Entonces iré a decirle al coronel todo lo que sé sobre el asunto.

Y con aire de un hombre resuelto a cumplir su deber, Henry entró en el comedor seguido de ella. El coronel Ankerville estaba hablando con dos hombres recién llegados.

— Coronel — dijo Henry con agitada voz. — Necesito hablar con usted un momento aparte.

Jennie avanzó un paso como dispuesta a hablar, pero él la detuvo.

— Usted debería saber — empezó Henry, — que a la una de la mañana vi a miss Branksome...

La llegada de la señora Bennett en actitud resuelta, seguida de su esposo, interrumpió la declaración que Henry estaba a punto de hacer.

— Oh, coronel — dijo ella adelantándose, — yo creo que no había necesidad de tanta prisa para hacer venir la policía...

Se detuvo bruscamente al ver a uno de los detectives que se adelantó hacia ella con una mano extendida para saludarla.

— ¡Cómo, Crimson Lizzie! — exclamó él, con burlona sonrisa. — Esta sí que es una buena sorpresa... ¡Hola! ¿y también se ha traído a Gumsucker? Venga, Gumsucker; no necesita esconderse ni ponerse colorado.

— ¡Donovan! — exclamó ella con gran emoción.

— Sí, el mismo — confirmó el detective. — Donovan de la calle Collins, Liz, y con la misma orden de arresto que ustedes dos consiguieron burlar en Sidney el año pasado. Acabo de llegar a este país, y la primera cosa de que me enteré fué de que una pareja, cuya descripción correspondía a la de ustedes, estaba tratando de hacer aquí una de las suyas. Tenemos que agradecer a esta joven — dijo volviéndose hacia Jennie — la información, según entiendo.

Todas las miradas se volvieron a Jennie.

— Es tal como había pensado, inspector — dijo la joven dirigiéndose al detective que aun no había hablado. — Mr. Bennett sacó personalmente las esmeraldas de la habitación de su señora anoche. Las encontrará en su valija, dentro del forro. Anoche me escondí en su habitación y vi cuando las ponía allí.

— Pero... pero, oiga — interpuso el coronel. — ¿Qué quiere decir esto?

— Es muy sencillo, señor — dijo el inspector. — Este par de tunantes, después de robar las esmeraldas en Australia, trataron de venderlas aquí, lo que no pudieron hacer, tal vez por preguntas comprometedoras que les hicieron. Entonces decidieron asegurarlas por el valor de 25.000 libras esterlinas...

— Pero, un momento — interrumpió el coronel. — ¿Qué tiene que ver miss Branksome con esto?

— Mejor que se lo pregunte a ella — replicó el inspector secamente; y agregó — o a la Compañía de Seguros Paragon.

— ¿La Compañía de Seguros Paragon? — repitió el coronel azorado. — ¿Es usted uno de nuestros agentes o qué?

— Sí — contestó ella. — Debo pedirle perdón, coronel Ankerville, por haberme introducido en su casa aceptando su hospitalidad, pretendiendo ser una opulenta americana. Pero pensé que, como usted es uno de los directores de la Compañía, no lo tomaría a mal.

Henry Tibbutts no dijo ni una palabra y difícil le hubiera sido expresarse si lo hubiera intentado. Cuando todos se habían separado, Jennie se acercó a él.

— Nuestras vidas están muy separadas — le dijo. — Usted encontrará la mujer que le corresponde, Henry, y será feliz porque usted es bueno. Y cuando la encuentre dígale que yo hice todo lo que pude para la felicidad de ella.

Después salió y, sin volver la vista, regresó a su habitación.

F I N

De Roque Pérez



Hermosa fiesta infantil celebrada por los alumnos del colegio que con aplauso general de este vecindario dirige la señora de Cataldi.



LA MODA AL DIA

Por LUZ Y SOMBRA

La porteña se ha reído hasta ahora de la moda de llevar velos en los sombreros, a no ser el tul que encierra toda la cara acompañando al sombrerito de mañana, y este mismo lo ha usado con tanta parsimonia, que más que una moda ha constituído una excepción. Pero si algunas veces por las calles de esta metrópoli cosmopolita se vió pasar a una mujer — extranjera sin duda — llevando sombrero con velo corto, la porteña la ha mirado con ese asombro un poco despreciativo con que se mira a las extravagancias, con la misma impresión de extrañeza que podría despertar la vista de una mujer turca en su antiguo traje de sultana.

Sin embargo, en Europa, y particularmente en París y Viena, el velo «de fantasía» en los sombreros es una elegancia de buen tono, casi diríamos un refinamiento, que no tiene nada de despreciable ni de extravagante.

¿Tal vez la porteña no ha sabido apreciar las cualidades del velo como adorno de la cara? Y este año, en que esa moda resurge más pronunciada que nunca, ¿volverán nuestras elegantes a rehusarse a *ella* como hasta ahora?

Los sombreros de noche, sombreros grandes de laize de cuero en tonos que sientan bien, o de crin o de paja de seda con enroscado de lamé plateado, vienen en gran parte completados por velos de encaje que sobrepasan el borde del ala, de uno u otro costado. Pero los sombreros chicos son mucho más de moda que los grandes, y son ellos precisamente los que nos traen la moda de los velos. que suavizan el perfil, arrojan pequeñas sombras tentadoras alrededor de los ojos, avivan el brillo de los mismos, dan realce a la fineza de una cara delicada, y esfuman la dureza de los rasgos muy marcados.

El velo, y sobre todo el «medio-velo» o tul hasta la nariz, es una elegancia reservada al porte distinguido.

El velo recogido a un costado haciendo moño, es el verdadero adorno ligero y bonito.

De mucho vestir es el velo «rubio», sombreando los ojos y cayendo ampliamente en la espalda como un suntuoso marco de la cara.

Para el viaje, ese delicioso velo a la moda de 1830, caído para atrás con estudiado descuido.

Para los vestidos claros de playa, este ancho velo que, seguramente, no encontrará muchas simpatizantes entre las porteñas. Pero sí merecería el favor de las mismas este otro sombrerito cuyo acertado drapeado afina la cara.

El velo cortísimo de la otra figurita es el llamado «voilette-loup».

Al lado de ese precioso turbante de lamé plateado con adorno de galatite, hay un precioso sombrero de paño negro cuya parte inferior del ala está adornada de hojas de plumas, y del que hablamos en la crónica de la semana pasada.

Los atavíos de noche cubren enteramente la frente y dejan descubierto el cabello ondulado. Casi todos llevan grandes pendientes sobre las orejas, como este modelo de Levis.

El aigrette constituye siempre el adorno preferido, liviano y delicado. Véase este sombrero de terciopelo negro, cuya copa ciñe una corona de hilos rizados, terminando en una larga aigrette. El movimiento del borde levantado de atrás e interrumpido, es nuevo y elegante.

El lamé, el avestruz y el aigrette constituyen el material para los sombreros de teatro.

Los otros son todo un triunfo de la cinta. Cintas hojamuerta fruncidas, flores de cinta, cintas drapeadas en moño, envueltas en enroscados o en trenzas cocardas, y todas las fantasías que los hábiles dedos de la modista saben crear con una modesta cinta.

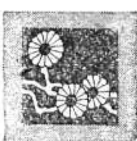




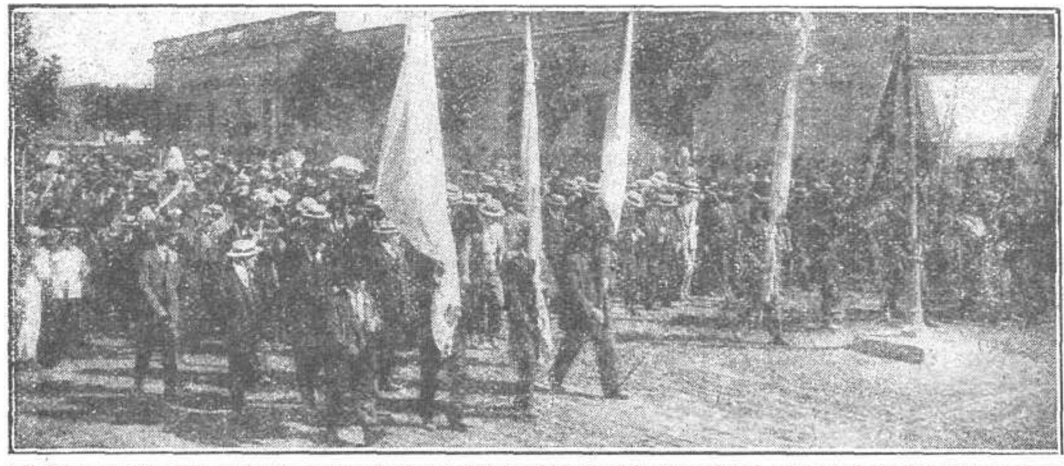
R Mánica

perfumeria mendel

extractos lociones polvos coloretes
y jabones dentifricos



De Rojas (F.C.C.A.)



Autoridades y personajes nacionales y extranjeros que recibieron al gobernador, señor Cantilo, a su llegada para inaugurar el parque General Alvear.

EL VALOR DE LA TELEFONÍA INALÁMBRICA

Era una vida solitaria la que hacía hasta aquí el "cow-boy", es decir, el pastor de las praderas americanas. Pero dentro de poco las cosas no sucederán de este modo. Gracias a la radiotelefonía el "cow-boy" más apartado, más solo, estará en constante comunicación con su hacienda. El "cow-boy" radiotelefonista lleva sobre las espaldas, o aseguradas sobre la montura del caballo, dos pequeñas antenas que rigen el receptor aéreo, completado por un condensador: un pedazo de red metálica. Otro pedazo de red metálica está colocado bajo la silla. El "receptor aéreo" "toma tierra" por medio de un hilo amarrado oportunamente con correas a uno de los miembros del caballo. Una gorra telefónica, una corneta transmisora que puede estar sujeta al cuello y a la altura de la boca, un aparato que puede caber en un puño y cuando no está en uso queda sujeto al lado de la montura, y he allí al "cow-boy" equipado. Una serie de ondas cortas, como las que servían para los aparatos de trincheras durante la guerra, y allí está ya el "cow-boy" en comunicación. El "Daily Chronicle", que da la noticia, habla de la utilidad que podría ofrecer la adopción de este aparato radiotelefónico para los pastores australianos, la policía montada de varias colonias, y los aduaneros canadienses.

Grupo de damas y niñas de la comisión de las romerías populares que se celebraron recientemente bajo el patrocinio del Club Atlético Independiente.





EL CINEMA de la BUENA SALUD





Millones de personas deben su buena dentadura á ***Sozodont.***

Cinta No. 3

Escena No. 1

Los malos dientes son la causa de muchas de nuestras enfermedades — no pierda su apariencia agradable con las líneas que producen la inquietud y las preocupaciones.

Escena No. 2

Sozodont mejorara su sonrisa conservando sus dientes sanos y sus encías firmes.

Escena No. 3

Sozodont tiene buen gusto, el efecto es inmediato y los resultados son permanentes.

Escena No. 4

Un hombre en buena salud tiene confianza en si mismo. Los dientes sanos conservan la buena salud.

JOVEN

No ponga obstáculos en su camino, un dolor de muelas no respeta a nadie. El buen éxito lo obtiene solamente el hombre que tiene confianza en si mismo.

Recomendamos que la limpieza de los dientes se suplemente con un masaje de las encías.

Fabricantes

HALL & RUCKEL
Incorporated
153 Waverly Place
N. Y., U. S. A.

Representantes

Harold F. Ritchie & Co.
171 Madison Ave., N. Y., U. S. A.



LO QUE VA DE LA SEMANA

COSAS DE SAN FRANCISCO

No podemos quejarnos de los bellos ejemplos de democracia que sabemos dar nosotros los porteños en tiempo de elecciones.

A mí me gustaría muchísimo que llegaran barcos cargados de Cristóbales Colones precisamente los domingos en que estamos dando pruebas de civismo, para que vieran, los que nos creen salvajes o poco menos, a qué grado de adelanto hemos sabido llegar en un santiamén.

Porque... ¿Cuánto tiempo hace que las elecciones resultan los actos cívicos más correctos que solemos realizar en nuestra vida constitucional?

Desde cuando el presidente don Roque Sáenz Peña, que en paz descanse, hizo aprobar la ley del voto obligatorio. El otro día... En la vida de las naciones seis o siete años apenas si corresponden a un día de vida humana.

Antes las cosas sucedían de otra manera.

En los días de elecciones no era higiénico pasear por las calles, como no lo es todavía en los días de Navidad, Año Nuevo y Pascua de Resurrección. La muchachada exteriorizaba sus entusiasmos por el candidato largando tiros al aire. ¡Y qué saben las balas!... ¡Iban a dónde iban!... A veces se incrustaban en los pulmones de un adversario político, a veces en las piernas de una mujer, otra vez en la cabeza de un niño que jugaba en la puerta de calle. Exactamente como pasa ahora en ocasión de las grandes fiestas religiosas.

Pero vino Sáenz Peña y dijo:

— ¡Bueno, bueno!... ¡Todo el mundo a votar!... Todos los enrolados deben depositar la esquelita en las urnas, si no serán sometidos a los rigores de la ley.

Rigores que consisten no tanto en los diez pesos de multa cuanto en los fastidios que procura presentarse al juez, declarar, buscar pretextos para salir del paso sin pagar la multa, pero pagando a los abogados, etc.

¡Santo remedio!

Me olvidaba. También contribuyó mucho a encarrilar el civismo la prohibición de despachar bebidas alcohólicas desde la salida del sol hasta la hora en que se declara terminado el acto electoral.

Antes los ciudadanos se presentaban a la mesa como... si se hubieran levantado de otra... ¡No todos!... ¡No faltaría más!... Pero los más entusiastas estaban como mareados... Divertidos, vamos.

Y... ¡cuando un pobre se divierte ya sabemos lo que resulta!

Si las fiestas solemnes de la Iglesia las tomáramos en su verdadero sentido, nos entregáramos al recogimiento, al ayuno, a la abstinencia, ya habría desaparecido — ¡qué tiempo! — la maldita costumbre de meter tiros al aire haciendo blanco en pobres diablos que no tienen nada que ver con nuestros entusiasmos y que a lo mejor no son cristianos tampoco.

¡Pero el ayuno lo entendemos de una manera tan rara!...

Ayunamos, ¡eso sí!... Mas, ¿cómo ayunamos?... Una pequeña refacción a la mañana y a la noche y una sola comida en el día.

¡Pero la comida resulta un atracón!... Pescado, anchoas, panetones a la genovesa y a la milanesa, dulces, frutas, confites, todas las cosas que dan una sed endiablada, y entonces vinos de mesa y de sobremesa, aperitivos, lágrimas de Cristi... ¡Hasta eso tomamos!... Y luego los que creemos en los misterios de la fe, quedamos cargados de entusiasmos... ¡Pim!... ¡Pam!... ¡Pum!...

¡De alguna manera hay que darles escape!... ¡Sentimos necesidad de expansión!...

— ¡Venga un auto!... Vamos, muchachos... ¡Arriba!...

El auto corre, se escapa... El aire frío refresca la cabeza, nos quitamos el sombrero y sacamos el revólver... ¡Pim!... ¡Pam!... ¡Pum!...

— ¡Métale, chauffeur!...

Y el chauffeur se agacha prudentemente y... le mete.

¡Las luchas electorales se traban hoy sin empanadas ni asados con cuero, sin vino ni nada!... Puro papel y conferencias callejeras.

Los retratos de los candidatos se colocan lo más alto posible para protegerlos de las furias adversarias, mientras las plataformas de los partidos, por eso mismo que son plataformas, se pegan más bajo.

¡Qué diferencia!... ¡Antes el cuchillo, el revólver, la compra y venta de libretas cívicas. Hoy engrudo, pinceles, cepillos y rasquetas...

Antes las elecciones eran una ganga para los Ganghis de los diferentes centros electorales; hoy resultan un desesperante punto de interrogación que llega a producir hasta afecciones cardíacas en los candidatos.

En San Francisco de Córdoba han empezado ya las luchas para las elecciones de intendente que deben tener lugar en el mes de julio.

En esto Córdoba la docta nos enseña a madrugar.

Es que la docta provincia conoce en qué consiste el secreto de la reclame, puesto que no son otra cosa que reclame los manifiestos electorales.

El secreto de la reclame estriba en la repetición del aviso.

Los sufragios de los... franciscanos cordobeses con toda seguridad han de reunirse sobre don Carlos Borgia.

Por una de aquellas fatalidades bastante comunes en los grandes hombres, Carlos Borgia, que es descendiente legítimo de la familia de donde salieron Alejandro VI, César Borgia, Lucrecia Borgia, etc., actualmente es contratista para el transporte de la correspondencia.

Por consiguiente, hablando con terminología política, resulta que en el orden nacional Carlos Borgia pertenece a la administración de Correos y Telégrafos, mientras en el orden provincial amenaza con fijar rumbo a la administración de una de las ciudades más importantes de la docta provincia, una ciudad que permanece equidistante de Santa Fe y Córdoba, cuenta con cuatro ferrocarriles y es un emporio comercial, agrícola e industrial.

Y no se trata de una autocandidatura. Nada de eso.

Vecinos respetables han firmado un manifiesto que me ha sido remitido por correo. Han resuelto proclamarlo y apoyar su candidatura.

Al leer los nombres de los vecinos de San Francisco se podría creer que estamos en la otra San Francisco, la de California, donde abundan los chinos.

Ahí va para muestra: Doctor Hen Rico K. Rá, Dr. A. Reta, Dr. Poco Tino, Dr. S. Mhör Reno, Dr. Py Kone, Dr. Nin Si, Dr. La Peña, Dr. Bié y Rá, Dr. Ex Pinosa, C. Las K. No, F. y Turras P., Pablo Fastidio, Dr. Körn Ejo, K. Tan Pieri, Or. T. Gha, Vi Si Ni, E. M. Wus Toh, etc., etc.

Sin embargo se trata de la flor y nata de la progresista ciudad, doctores casi todos, muchos de ellos recibidos en facultades extranjeras y del país, otros en la de Cór-do-ba.

Carlos Borgia, compenetrado de la responsabilidad que le incumbirá una vez que llegue al poder, ha formulado su programa y lo ha dictado, porque por razones que no es del caso profundizar, ha descuidado el detalle de los estudios primarios.

Quiso meterse en los secundarios, pero alguien le hizo notar que no le convenía perder tiempo en cosas secundarias y dejó eso también para entregarse de lleno a los problemas más elevados de la administración pública.

Alguien quiso hacerse el gracioso y de puro entrometido insinuarle cómo tal vez su distanciamiento con



el alfabeto podría ser óbice para impugnar la elección.

— ¿Obice? — dijo Borgia. — Obice será usted, ¿sabe?... A mí nadie me dice óbice y retire en el acto esa palabra «tarabalera»...

—Pero si no es ninguna ofensa, don Carlos... Obice quiere decir...

— Le digo que retire el óbice si no quiere que yo también le falte al respeto a usted y a su distinguida familia. En el orden nacional pertenezco a la administración del Correo, pero mi puesto no lo debo a favoritismo ni a gestos de desprendimiento presidencial... A más en mi familia hubo toda una generación de personajes honrados e ilustres... Cuando usted sepa quien fué Alejandro VI, quienes fueron Lucrecia y César Borgia, podrá usted decir algo...

— Ya sé, ya sé... Alejandro VI fué un papa...

— ¿Y le parece poco?

— Lucrecia... una papa...

— César un príncipe y Carlos, que soy yo, será intendente municipal.

El programa del futuro intendente es mucho más extenso que las plataformas que estamos acostumbrados a leer nosotros los de la capital federal en el período de elecciones. Se parece más bien a un mensaje.

Primero trata de las Obras Públicas. Se va a construir:

a) Un puente elevado sobre el Ferrocarril Central Córdoba para unir las instalaciones de la Sociedad Rural con los numerosos despachos de bebidas del lado norte. Con eso se imprime un fuerte impulso al comercio, mientras se evitan los accidentes personales debidos a la imprudencia de los que cruzan los pasos a nivel con andar inseguro y a veces tambaleándose.

b) Apertura de cuatro nuevos pasos a nivel para vehículos: El primero para automóviles norteamericanos cuyo precio no exceda de cuatro mil pesos. El segundo para jardineras de dos ruedas. El tercero para vehículos de mano, admitiéndose un determinado porcentaje de locomotoras «tuesta maní». El cuarto para cocheros zurdos, los cuales, por usar el látigo con distinta mano que los demás, pueden tomar el lado de la derecha aun en contra de la ley provincial del «conserve su izquierda».

c) Erección de un monumento ecuestre al ilustre hijo de la docta, al mártir de la idea, al gran Badessich.

Hay un breve capítulo respecto a la Salubridad Pública; luego dos renglones sobre Educación.

Parece que en San Francisco funcionará por primera vez una escuela municipal de barrenderos, cuya misión será preparar el personal para cuando resulte un hecho el empedrado de las calles.

El candidato a la intendencia se extiende en muchos detalles que me parece inoficioso reproducir, mucho más que los asuntos que se relacionan con San Francisco pueden interesar a un número reducido de nuestros lectores.

Sin embargo, no puedo pasar por alto un sistema preconizado por Carlos Borgia y que permite al que lo adopta conocer al personal del municipio.

Dice el futuro intendente:

« Los peones municipales tienen que ir con gorra « municipal para conocer el personal del municipio.»

¡Vean el poder de una gorra!... ¡Taparse los sesos con la gorra municipal de San Francisco y de golpe y porrazo conocer sin más trámites a los funcionarios de la municipalidad es la misma cosa!...

Una vez se hablaba de la antorcha del saber, de las luces de la sabiduría, de los destellos, de las chispas y demás imágenes retóricas...

Hoy las cosas han cambiado de sana planta. Tenemos las gorras del conocimiento.

¡Me siento atribulado por una duda atroz!...

¿Será una novedad ésta de las gorras del conocimiento?...

¿Es una novedad?... ¿Es un retorno a la sabiduría antigua?... He leído en las fábulas orientales que existían magos dueños de cubrecabezas dotados de poder especial. Era suficiente colocárselos sobre el mate para que en el acto lo escondido resultara tan a la vista como cualquier otra cosa y para que los mismos pensamientos ajenos se proyectaran tan claritos como las imágenes grabadas en una película cinematográfica.

¿ Nuestro Borgia será dueño de ese secreto?

En este caso ¿quién de nosotros no envidiará la supervisión de los barrenderos de la progresista ciudad de San Francisco?

« La banda de música — sigue el señor Borgia — « debe llevar uniforme de músicos. La banda de mú« sica debe tocar un poco «mejorao» para que la gente « vaya a la casa todos «alegraos»; todas las veces que « toca la banda de música debe cambiar de puesto.»

Muy bien... Completamente de acuerdo. Estamos cansados, hartos de ver transitar por las calles grupos de individuos sospechosos armados de instrumentos de viento o de percusión que producen ruidos no siempre agradables.

¿Es posible que tipos así, dotados de una filiación tan poco tranquilizadora, puedan ser caros a las musas, que por lo visto eran nueve chicas simpatiquísimas?

Dicen algunos que somos superficiales...

¿Superficiales? ¿Quién va más al hondo que nosotros? El análisis de un hombre lo hacemos «ab imis fundamentis» — decían los antiguos... Lo empezamos por las bases... «Imis fundamentis» quiere decir lo más hondo de los fundamentos.

Y es lógico. La cabeza representa, en el edificio humano, el séptimo piso, lo que remata la obra.

¿Qué podemos esperar del séptimo piso si la planta baja anda como Dios quiere, si no se le presta la debida atención?...

Las exigencias del futuro intendente quedan más que justificadas.

Ahora la cosa es elegir un uniforme que imponga respeto al público. En este sentido, si no fuera tan gastado, el ideal sería el uniforme de agente de policía.

Todos le guardamos consideración al Poder Ejecutivo, y solamente en la duda de si el músico será agente o el agente músico, todos nos abstenemos de opinar y encontramos que la música es deliciosa. ¡Toque lo que toque!... Lo importante es que nadie nos toque a nosotros.

Si me fuera permitido un consejo tampoco encontraría oportuno el uniforme de los Reales Carabineros o de la Guardia Civil o de la Guardia Republicana... Hay que evitar los choques nerviosos.

Tenemos en nuestro país tantos refugiados políticos, *tantos*, que no sería indicado, *ni simpático*, llamar a la memoria el recuerdo de trances dolorosos que ya pasaron a Dios gracias y a nuestras leyes hospitalarias.

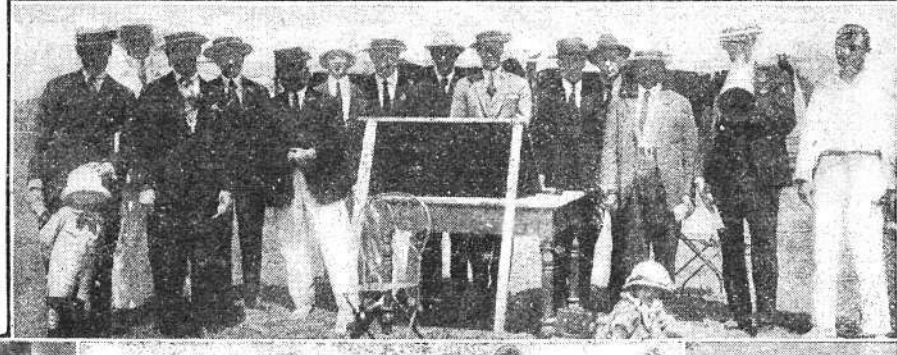
El señor Borgia sabrá salvar estos pequeños inconvenientes que he señalado con el tino y la penetración que le caracterizan.

Sin embargo, me atrevo a someter a su criterio una idea. ¿Qué le parece, para la banda, el uniforme de los diplomáticos?

Serio, lujoso...

Además llama a la memoria al inefable concierto de las naciones, donde cada cual toca por su cuenta, resultando de todo eso una música «dell'avvenire» que me río de la de Wágner.

Sin compromiso... Si encuentra la idea viable... es usted dueño... Tengo muchísimas más... No me hace falta.



Jueces, cronometristas y comisión organizadora del torneo interno patrocinado por el Club Rosario Central.



Roberto Pozzi, ganador de la segunda categoría en la carrera de la hora.



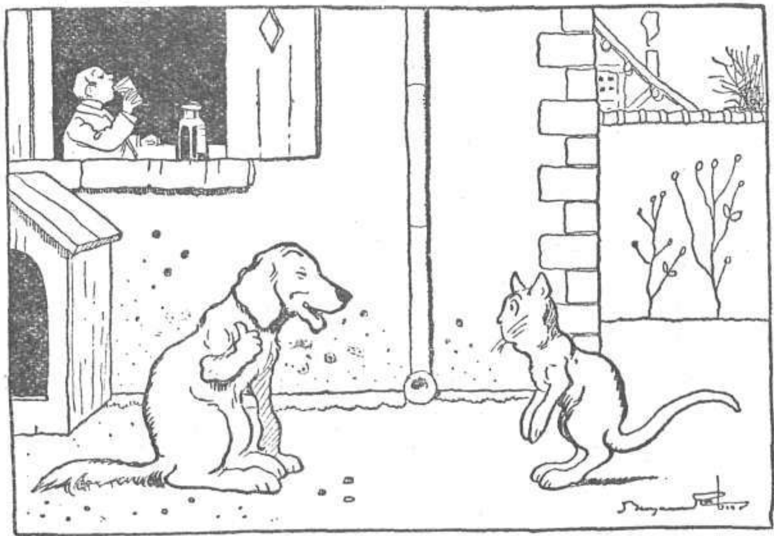
Enrique Zaubrane, Enrique Calvi y G. Suárez, clasificados correlativamente vencedores en la 3.ª categoría.



El señor Eugenio Verduna, vencedor en la primera categoría campeonato de la hora.

Nuevas profesoras de pintura y artes aplicadas bajo la dirección de la señorita Anita Esther Wachs.

Apaga el fuego con carbón



El Perro. — Mi amo apaga el fuego con carbón.
El Gato. — ¿Te burlas de mí?
El Perro. — En modo alguno. Apaga el fuego que le devora el estómago durante sus digestiones, tomando Carbón de Belloc.

El uso del Carbón de Belloc en polvo o en pastillas basta para curar en pocos días los desarreglos gástricos y las enfermedades intestinales, enteritis, diarreas, etc., incluso las más antiguas y rebeldes a todos los demás remedios. Produce una sensación agradable en el estómago, devuelve el apetito, acelera la digestión y hace desaparecer el estreñimiento. Es de gran eficacia contra la pesadez del estómago antes de las comidas, las migrañas dependientes de malas digestiones, las acideces, los eructos y todas las afecciones nerviosas del estómago y de los intestinos. Dep. general: **Maison FRERE, 19, rue Jacob, París.**



A sus encantos naturales, señorita, la

CREMA ALBINA

agregará dos encantos más:

1.º Un cutis suave y terso, blanco y rosado, sin manchas.

2.º Un perfume distinguido y suave.

La **CREMA ALBINA** no contiene grasas ni vaselinas, ni glicerina que aja la piel.

La **CREMA ALBINA** se disuelve en agua fría, y es, gracias al zumo de pepinos que contiene, un alimento de gran valor para el cutis.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires



CHAFALONIA

COSAS DE ESCUELAS

Uno no sabe si alegrarse o preocuparse de ciertas cosas que ocurren en esta época de «redención».

Empecemos por una escuela normal.

EN VÍSPERAS DE EXÁMENES

Hace seis años yo también me presentaba a examen. En los días que se nos concedían para el repaso, estudiábamos. Si para copiar horarios o programas nos reuníamos en la escuela, estábamos silenciosos, angustiados casi. No nos quedaban deseos de jugar. Y eso que no habíamos perdido el tiempo durante el año.

Ahora estas chicas, en días de repaso, bailan el *shimmy* que una de ellas *teclea*. Juegan, ríen.

Y hablan — para colmo — de muchas lecciones perdidas y de programas sin terminar...

LAS FIESTAS

Se realizaban a base de un programa serio. Una conferencia a cargo del profesor, una hermosa poesía conscientemente interpretada, una romanza cantada por alguna voz realmente admirable, unos coros seleccionados y música clásica que ya aprendíamos a sentir en audiciones mensuales.

Ahora... la conferencia se elimina porque *hastía* a las chicas. Las declamaciones se eligen pasionales, más aún, sensuales, casi diría *lujuriales*. (Y las dicen entre hondos suspiros, labios febricitantes, brazos arqueados... Y uno no sabe si reirse o ponerse a llorar de compasión).

Y después lo obligado: *¡danzas clásicas!* (Danzas clásicas: armonía, armonía y armonía. Armonía en la forma y en la esencia de la danza). ¡Y cómo las profanan! ¡Con qué ignorancia o con qué desvergüenza dicen interpretar danzas clásicas ahora! No saben que para ello se necesita elevar el espíritu por medio de un estudio profundo de aquellas edades en que la música era verdadera palabra de dioses que bajaba a los hombres. ¡Bah! qué importa. En esta época de frivolidad se improvisa todo: Unos vestidos de gasa muy cortos y escotados, unas caras mal pintadas y unas flores en el cabello. Después las chicas con sus piernas — a veces nada clásicas... ni derechas — levantadas hacia atrás y hacia adelante sin compás siquiera, rodeando a una rubia que duerme sobre *¡una butaca!* (Esta danza yo la he visto. Llevaba por nombre: La Primavera de Mendelssohn).

Y todo eso delante de los profesores, se entiende.

CONCURSOS ATLÉTICOS

Están de moda y se organizan.

Durante los recreos las futuras maestras no observan a los chicos de los grados para ir conociendo su psicología. En ausencia de un profesor tampoco piden ir a observar clases para aprender a enseñar. Ahora juegan. Se ejercitan en los deportes. Pero no en el deporte decente y elegante: tennis, criquet, pelota al cesto... Esto es muy suave.

Ahora: Saltos a lo alto y a lo largo (polleras que vuelan), carreras de obstáculos (piernas en ridículo).

En fin... se diría, al verlas, que estas chicas son activas por naturaleza y que practican los deportes por higiene.

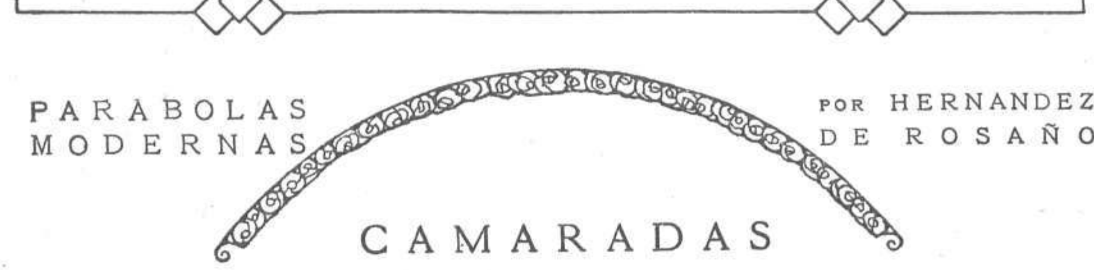
Pero resulta que éstas — como la mayoría de las criollas deportistas en público — se levantan a las diez de la mañana, se fatigan si trabajan y emplean agua tibia al bañarse aún en verano.

¿Deportistas por higiene? Por higiene se madruga y se hace ejercicio físico metódicamente sin esperar a hacerlo delante del público o de la barra...

¡Coqueteo nada más!

¿Mejores? ¿Peores? ¿Ellas, despreocupadas, riéndose de la vida o nosotras tomándola en serio? ¿Quienes, al fin?

HERMINIA C. BRUMANA



PARABOLAS MODERNAS — POR HERNANDEZ DE ROSAÑO

CAMARADAS



Iba el viejo linyera, después de salir de la ciudad, por el camino del ferrocarril; y su figura, en medio de la pampa, semejaba uno de esos dibujos en los que se representa al año viejo marchando hacia el ocaso.

Ya iba el rojo sol bajando las últimas gradas de la curva escalera de los cielos y había un gran silencio en los contornos.

Recordaba el viejo Iván todo su pasado, ya que no podía pensar en su futuro y no tenía más esperanza que la imagen verde de los campos.

Se encontró con otro viejo linyera, Giovanni, que llevaba dirección contraria. Se detuvieron y conversaron.

— ¿Tienes dinero?

— No — contestó Iván. — ¡Y tú?

— Tampoco.

— ¿A dónde vas?

— A la ciudad. ¿Y tú?

— Al campo.

Se miraron y lo comprendieron todo. Se sentaron y, sin apurarse, comieron naranjas.


GALLETITAS CUBIERTAS
CON CHOCOLATE
MORENAS
La cubierta de chocolate las hace tan deliciosas, que constituyen un deleite que no superan los más delicados bombones.
BAGLEY
INDUSTRIA ARGENTINA
M.S. BAGLEY & Cia. Lda
MONTES DE OCA 199 - BUENOS AIRES
GALLETITAS
GALLETITAS
MORENAS



ITALO (F. C. Pacífico). — Comisión directiva y miembros caracterizados de las colectividades extranjeras que concurrieron al lunch con que fueron inauguradas las fiestas a beneficio de la Sociedad Cosmopolita.

SAN FRANCISCO. — Elegante kiosco atendido por conocidas señoritas de esta localidad en la kermesse realizada a beneficio del Club Sportivo Belgrano.

Nuestros pequeños visitantes



María C. Truinques, de princesa persa.

Francisco J. Raffo, de diablillo.

Anita Soriano, de corazón.

María E. de Lorenzo, de sultán.

Laurita Alegro, de fantasía.

Aída Curso, de odalisca.



Rosa Amelia Taranto, de pastora.



María I. Bonavía, de alsaciana.



Angélica I. Bataglia, de florista.



Marta Estévez, de mora.



Julio C. Bonnassene, de arlequín.



Herminia G. Alonso, de billiken.



María Darío Elgoyhen, de Aladino.



Elisa V. Alvarez, de maja.



Catalina Muñoz, de árabe.



Enrique Hondareyte, de "poili".



Noemí P. Bagnieri, de cisne.



Amado J. Batitose, de Cupido.



Oscar Paz, de cocinero.



Olga C. Galfráscoli, de billiken.

Joaquinita Díaz, de monja.



Juanito Kasdagli, de cadete.



Aurora Pol, de fantasía.



Salvador Paúl, de pierrot.

Nuestros pequeños visitantes



Adolfo Salvetti, de pierrot.

Matildita Galante, de locura.

Angelita Barbeito, de gitana.

Ernestina Comparato, de mirasol.

Raúl Vicente Musiche, de Firpo.

Federico Briasco, de jockey.








Ana M. Maltallati, de locura.

Carmelo E. Guido, de holandés.

Crisanta Amerúa, de aldeana.

Osvaldo L. S. García, de pierrot.

Nélida Dora Frasso, de pastora.

Irma Monti, de apache.








Juan Carlos Britos, de payaso.

Lilia Padeschi, de época.

María E. Arena, de pierrot.

Gregoria Tajman, de Firpo.

María Cobello, de bersaglieri.

Amelia Berrueso, de maja.








Esther Neira, de brilarina.

María Luisa Capiarulo, de futurista.

Nelly A. González, de billiken.

Nelly C. M. Crisafalhi, de dama antigua.

Hortensia de P. Sánchez, de princesa.

Manuel Salma, de pierrot.

De Córdoba



ARROYITO. — El subcomisario señor D. Caturegle y el sargento Córdoba que capturaron a Ramón Peralta y José López, autores de varios robos de importancia cometidos en perjuicios de varios estancieros.

EL ORIGEN DE LAS VOCALES

El primer hombre, al despertarse y verse solo con su compañera, exclamó:

— ¡A!

Eva, al oírle, exclamó a su vez, con cierta extrañeza:

— ¡E!

Los dos, al verse tan ligeros de ropa, se echaron a reír, y dijeron:

— ¡I!

Cuando se comieron la manzana, dijeron:

— ¡O!

Y al considerar las consecuencias, exclamaron:

— ¡U!

Así fué como nacieron las vocales.

El Diablo, que los escuchaba furtivamente, exclamó:

— ¡A, E, I, O, U!

CON PUNTUALIDAD

Juan Quincy Adams llegaba siempre con puntualidad a sus obligaciones, y el presidente de la cámara abría la sesión, sin mirar el reloj, en cuanto Adams ocupaba su escaño. En cierta ocasión dijo un representante que ya era hora de empezar la sesión, a lo que repuso otro: «No, porque Mr. Adams no está todavía en su asiento». En efecto, se vió que el reloj adelantaba tres minutos, y al dar la hora, llegó el diputado Adams.

De Tucumán

Jóvenes que tomaron parte en el festival atlético realizado en el gimnasio escolar "24 de Septiembre".



TRAJES

DE ESTILO APROBADO POR PERSONAS QUE SABEN

Cada traje de M. ALVAREZ está hecho de un tipo de casimir de probados méritos y en gustos apropiados para satisfacer sus deseos.

Usar un traje de M. ALVAREZ proporciona la satisfacción y confort que sólo se obtienen cuando se sabe que se usa el más alto exponente de traje de calidad, estilo y elegancia y a un precio extraordinariamente atrayente.

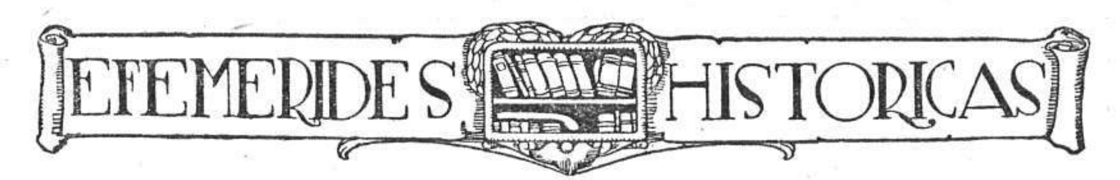
TRAJES de saco sobre medida. en casimir inglés, desde..... $ 115.—

Envíase al Interior catálogos y muestras de casimir.



SASTRERIA DE LUJO — (La más grande de Sud América)

NO TENEMOS SUCURSAL



Febrero 25 de 1819. — Una apertura del Soberano Congreso

Como lección de laconismo parlamentario ahí va este discurso pronunciado por el Director Supremo brigadier D. Juan Martín de Pueyrredón en la apertura de las sesiones del Congreso Soberano, pieza oratoria que la «Gaceta de Buenos Aires» calificaba de arenga:

« SOBERANO SR. — Lleno hoy con satisfaccion mi deber, felicitando á V. Soberanía en la apertura de sus sesiones. Los amigos del país esperan de ellas el término de las vacilaciones en que fluctúa el Estado; y sus enemigos temen el día de ver afirmado para siempre el órden interior, y el imperio de la ley; y trabajan con el teson, que inspira la desesperacion, por alexarlo, ó porque no amanezca jamás. — Son públicos, y son constantes á V. Soberanía los varios medios de que se valen para destruir nuestra paz y nuestra libertad. Seducciones, engaños, conspiraciones contra las vidas de las primeras autoridades, libelos para infamar su reputacion, pasquines los más inmundos son las armas que diariamente emplean para alterar la armonía en que reposan las Provincias Unidas. — Es amargo al corazon menos sensible tener que emplear la proscripcion y el destierro con la freqüencia que lo piden los delitos de perturbacion; aun mas, Soberano Sr.: es contra el crédito del Estado ver á la autoridad siempre armada, y siempre castigando á los turbulentos. Situacion tan violenta, ó cansa á los pueblos que la ven, ó desalienta á la autoridad que executa.

Es pues de primera, y de la mas urgente necesidad, buscar un remedio, que aniquile eficazmente el gérmen de los males que se observan.

No hay otro, Sr., que la conclusion de la constitucion, que ocupa las tareas de V. Soberanía; y que tiene á los pueblos en una ansiosa espectacion.

Constituída la autoridad, y fixa la ley para los que mandan, y para los que obedecen, se verá destruído ese espíritu de aspiracion, que ha hecho tantas veces los conflictos del Estado; tendrá en una regla segura todo el nervio y fortaleza que requiere el Poder Executivo; y se verá desembarazado de tantas asechanzas, que lo perturban con forzoso perjuicio de la atencion, que demandan los grandes intereses a su cargo.

Sabe ademas V. Soberanía en que turbaciones encontré al país cuando recibí el honor del lugar Supremo. Obraron por algun tiempo muy saludables efectos los medios de conciliacion, olvido y beneficencia. Renació el órden, y por todas partes se vieron sus ventajas. — Pronto se cansaron algunos genios inquietos; y me fue preciso reprimirlos. Se repitieron los intentos; y me vi obligado á repetir tambien el uso de la autoridad. — No han cesado desde aquel tiempo de aparecer agentes del desórden; ni yo he podido dexar de perseguirlos, y separarlos como un primer deber de mi ministerio. — Una succesion de actos tan dolorosos me ha hecho el objeto de enemistades, de odios y de venganzas de hombres, que en otra situacion podrían ser útiles á la causa de nuestra libertad. Tambien esto, Sr., pide un remedio y pronto. Yo podía presentarlo en este mismo acto á V. Soberanía, pidiéndole mi separacion del directorio; pero no lo creo conciliable con el crédito exterior y aun interior del Estado. — La constitucion, Sr., es quien dará ese remedio, natural, sin violencia, y eficaz.

Otro hombre sin los compromisos personales que yo, neutralizará esas pasiones encendidas con provecho de la causa comun; y con el código de la ley en la mano refrenará, y castigará los males (si aparecen) sin que se equiboquen su justicia con su malignidad; su rectitud, con su personalidad. — Por otra parte nuestros implacables enemigos los españoles preparan en Cádiz con eficaz diligencia una fuerte expedicion, para sojuzgarnos. — El alma me dice que somos invencibles; pero es preciso prepararnos de un modo no comun, y que aumente nuestra gloriosa opinion; pero es preciso tomar medidas al tamaño del peligro. — El Estado debe tomar hoy una aptitud mas guerrera; y para ello necesita á su cabeza un xefe mas formado en las campañas; y que reuna mas conocimientos militares que los que yo he tenido ocasion de adquirir. Hablo, Sr., con la ingenuidad que me manda el sagrado interes de nuestra salvacion. — Al darnos V. Soberanía la constitucion, debe tambien darnos ese genio que pide nuestra situacion: y, como todo reclama la mayor prontitud, yo ruego á V. Soberanía quiera redoblar sus tareas y su contraccion á este interesante objeto. — Entonces completará V. Soberanía los deseos y la gratitud de los pueblos de la Union, que por tantos títulos le es debida: y descendiendo yo entonces de este lugar de amarguras, haré ver á la nacion que es muy fácil obedecer, y muy difícil mandar. »

El presidente contestó luego, y su discurso fué más corto y preciso. Nada de frases retóricas ni de interminables párrafos.

« Excelentísimo Sr. — Desde que se instaló el augusto cuerpo que hoy tengo el honor de presidir creyó de su primer deber, dar al país una regla constante de administracion capaz de alejar el espíritu revolucionario, y dar al gobierno un carácter más sólido y respetable; pero desgraciadamente en aquellos momentos reclamaban su atencion objetos más urgentes. Las continuadas oscilaciones anteriores habían producido una desquiciacion general: era preciso poner remedio á mal tan grande; y despues de haber arreglado provisionalmente los diferentes ramos de la alta y baja administracion por medio de decretos y reglamentos oportunos, emprendió, ha diez meses, la obra de la constitucion permanente. Al conocer la importancia de su pronta publicacion, no lo ha detenido ni lo arduo de la empresa, ni la asiduidad del trabajo, ni la incomodidad de las estaciones: á la fecha está sancionada su mayor y principal parte: y tengo la satisfaccion de anunciar a V. E. que el resto se concluirá dentro de un mes. Yo cuento para ello con el laudable empeño que observo en los dignos miembros de esta corporacion. »

Después unos párrafos más, y hubo bastante.

NUESTRO OFRECIMIENTO
PARA EL PROXIMO
CURSO ESCOLAR



DICCIONARIO "LA FUENTE"
ENCICLOPEDICO ILUSTRADO

Publicado bajo la dirección de
JOSE ALEMANY
(De la Real Academia Española)

CONTIENE todas las voces de uso corriente y numerosos americanismos, tecnicismos, neologismos y artículos enciclopédicos de Biografía, Bibliografía, Geografía, Historia, Arqueología, Etnografía, Literatura, Bellas Artes, etc., etc., y comprende:

1.294 PAGINAS — 80.000 ARTICULOS
1.014 Grabados - 370 Retratos - 100 Cuadros
13 MAPAS EN COLOR — 9 CROMOTIPIAS

Tamaño 19 x 13 cm., impreso a dos columnas en papel intransparente de la mejor calidad y de poco cuerpo para facilitar el manejo.

Precio del ejemplar lujosamente encuadernado en tela:

$ 4.- c/l.

Interior de la República:

$ 4.40

Pídalo en todas las librerías.
Si no puede usted adquirirlo por intermedio de su librero, diríjase a la

Casa Editorial SOPENA

Sucursal Buenos Aires: Córdoba, 1315. — Sucursal Rosario: Córdoba, 1130.

A los padres

les recomendamos que al adquirir un Diccionario se cercioren de que no es anticuado, evitando ser sorprendidos por ediciones que se titulan «novísimas», pero que en realidad datan de muchos años. Los errores o deficiencias que contienen los diccionarios viejos redundan siempre en perjuicio de los conocimientos que va asimilando el colegial. Exijan en todas partes nuestro DICCIONARIO «LA FUENTE» que es el mejor en su clase y, sin duda alguna, el más moderno.

A los maestros

les rogamos que antes de adoptar cualquier Diccionario examinen nuestro «LA FUENTE», que es el que con mayor eficacia pueden recomendar, así por ser de muy reciente publicación como por el exquisito cuidado con que se ha procurado que contenga todo lo verdaderamente necesario e indispensable para el colegial. Les agradeceremos que lo comprueben consultando el texto, grabados, mapas, datos geográficos e históricos, biografías, etc.

Enlaces



Señorita Luisa Monti con el señor Horacio O. Albacetti.— Rosario.



Señorita Angélica Mairino con el señor Ernesto Le Breton. — Rosario.



Señorita Rosa Aguilar con el señor Antonio Schiavo. — Capital



Señorita Agustina Cattenassi con el señor Esteban Martin. — Carlos Casares.



Señorita Juanita Ferrante con el señor Carlos Bassoler. — Carlos Casares.



Hace muchos años

que la Cía. L. C. Smith y Hnos. inventó y lanzó al mundo, de su gran fábrica de máquinas de escribir, su notable modelo nuevo, que hasta hoy queda sin rival, por su verdadero silencio y durabilidad. La "Smith Silenciosa" ha obtenido un éxito tan grande que ya sus competidores tratan, por agregados y cambios en la construcción, de imitar sus cualidades inmejorables. Pero el silencio de la máquina L. C. Smith Silenciosa es debido a su construcción bajo principios especiales, con municiones de acero en cada barra de tipo y en todas las demás partes que pueden gastarse, construcción ésta muy costosa, por lo que ha retenido a los competidores.

Maipú esq. Córdoba Rosario

Pratt & Cia.

San Martín N.° 89 Córdoba

626 - Sarmiento - 636 — Buenos Aires

EDISON-DICK

El Joven DICK

marcando los modelos sobre los arados en una gran fábrica en el oeste de los Estados Unidos, concibió la idea de facilitar su trabajo por medio de un cliché hecho por un papel de seda encima de una lima. A esta idea, en combinación con el inventor Edison, es debida la fábrica más grande del mundo en su clase A. B. Dick Cía., de Chicago, fabricantes del renombrado "Mimeógrafo Edison-Dick".

Hoy no hay casa de comercio en el mundo que envíe a sus clientes circulares, cotizaciones de precios, folletos, etc., que no tenga que usar el "Mimeógrafo Edison-Dick" para conseguir el máximo de resultados con el minimum de gasto y labor.

Pratt & Cia.

626 - SARMIENTO - 636. — *Bs. Aires*

Maipú esq. Córdoba
Rosario

San Martín, 89
Córdoba

EL PRIMER RESENTIMIENTO

El primer mes de matrimonio de Elvira García y Luis Gurmendi había transcurrido como un ensueño. Las economías de Gurmendi les permitieron pasar ese período de tiempo en un hotel confortable, sin preocupaciones de ninguna naturaleza. Antes de cada comida realizaban un paseo en coche, sin apuros, por Palermo. Luego, en el hotel, eran bien atendidos. Por la noche, el teatro los contaba entre su público. Las ñoñerías de Elvira satisfacíanse prontamente, de tal manera que la vida les resultaba un placer corriente. Luis Gurmendi se mostraba solícito y satisfecho, y sólo en la última semana de su primer mes de matrimonio habló a su esposa de los negocios que realizaría para reforzar su sueldo que, aun cuando no era muy bueno, resultaba tolerable, ganándolo con comodidad en el ministerio donde estaba empleado. A Gurmendi le parecía fácil mejorar su situación, pues creía tener ejemplos bien claros en el ministerio. Bastaría preocuparse en revisar los expedientes, y los que conviniera atrasarlos en el despacho, esconderlos, y luego mostrarse indignado ante el interesado por semejante morosidad del trámite, con objeto de cobrar confianza e indicarse como el indispensable para mover esos volúmenes de infolios. Después, el emisario que visita al cliente, un cigarro grueso entre los dedos, un bastón, una pose y... la propuesta. Con un poco de apresuramiento esbozó en esos términos sus proyectos ante la expectativa golosa de su mujercita, que le interrumpió finalmente, llena de júbilo, para preguntarle si entonces podría esperar tener una cocinera, pues eso de andar entre ollas y papas era sucio; si le permitiría tomar una mucama, para darse más tiempo en la atención personal que deseaba dedicarse; si irían todos los días al teatro y a Palermo, como hasta ahora; si podría comprarse algunos brillantes, pues pronto llegaría el invierno y ya sabía él que entonces decae el uso de las fantasías...; si podría tener sala, en fin, que era su sueño.

—¡Todo, todo, Elvirita! — respondía él, aturdido, sin tener noción de la responsabilidad ni suponer que para semejante empresa era necesario atrasar muchos expedientes, además de otras cosas...

—¡Ah, eres bueno, Luis! ¡Buenísimo, Luisito!

—Gracias, monona, gracias. Todo eso tendrás, aunque yo tenga que hacer un poco de prosa...

—¿De qué?

—De prosa, Elvira. Aunque tenga que abandonar las formas, los escrúpulos...

—¡Oh, por Dios! Pero eso no será así... por mucho tiempo — objetó Elvira, sin saber precisamente lo que decía, aunque sí lo que quería.

El cortó pronto el diálogo. La última expresión de su esposa le hizo pensar en que el abandono de los escrúpulos tiene sus peligros, y sufrió interiormente. ¿Era posible que comprometiera su honor por darse el gusto de tener una cocinera, una mucama, unos brillantes y otras tonterías con que obsequiar a su mujer? Pronto, sin embargo, serenó su espíritu. Apoyando sus manos en los hombros de Elvira le dió varios besos, la hizo unos mimos y se dispuso a salir. Díjole que regresaría en seguida y para tranquilizarla le prometió unas golosinas.

—¡Y un cintillo! — reclamó ella; a lo que observó Gurmendi:

—Eso... cuando se detenga la marcha del Estado!

(Quería referirse, simplemente, a los expedientes.)

II

Los primeros ensayos para atrasar expedientes que efectuó Luis Gur-



El atorrante (ex viajante comercial antes de tirarse a dormir). — ¡Imposible olvidar las costumbres del hotel!



—Tendrás que caminar, porque yo no pienso tirar después de que has comido.

Por

FELIX ESTEBAN CICHERO

mendi en la oficina no dieron el resultado previsto. Díscola, la gente protestaba y amenazaba con quejarse a los jefes e ir, si era necesario, hasta el mismo ministro en demanda de actividad. Las cavilaciones se impusieron. Si insistía, quién sabe no perdería el puesto y ahora era preciso cuidarlo. Elvira le mortificaba con sus preguntas. Por la cocinera, por la sala, por las alhajas, por la realización de todas las promesas preguntaba a su esposo cuantas veces le tenía al frente. El se disculpaba, disimulando el malestar que le producía aquella insistencia. Empezaba a sentir injusta a su esposa y le asaltaban frecuentes deseos de observarle su maldad y desconsideración. Para colmar su impaciencia efectuó una comprobación, lo cual terminó de hacerle perder toda esperanza en el negocio de los expedientes. Revisando en su memoria confirmó que eran únicamente empleados de alta gerarquía quienes podían practicar la maniobra. El, «pinche» de oficina no podría mover sino los expedientes que ocultara, y no así cuando los retuviesen sus jefes; en cambio, éstos fácilmente le harían realizar los trámites necesarios de esos expedientes que ocultara, con lo que se vería obligado en cualquier momento a hacer marchar al Estado... En semejante trance fué cuando resolvió imponer «su autoridad» en su casa... ¡No habría, pues, alhajas, mucamas ni paseos! ¡Era menester economizar, y economizar mucho! Y además, ensuciarse las manos, pero en la cocina, con las papas y las ollas...

Por cierto que Elvira no pudo substraerse a un ataque de nervios cuando vió en aquel estado de ánimo a su esposo. Protestó. Una palabra llevaba la otra, los reproches se sucedieron y lo que produjo mayor escándalo en ella fué la transición tan violenta que había sufrido Gurmendi. Le reprochó su pobreza y sus «mentiras», y hasta le pareció a él presentir temblando en los labios de su esposa una acusación terrible: esperaba que lo tratara de ladrón. No obstante, Gurmendi quería disculparse, pero ella no admitía palabras, llevando a tal punto las recriminaciones que él salió violentamente de la casa, dispuesto a presentarse a la madre de su esposa y «reclamar». Cuando hubo caminado más o menos quinientos metros notó que la medida no era la más acertada y que esos disgustos debían solucionarse en la intimidad del hogar. Volvióse en consecuencia a éste, meditando algunas contestaciones oportunas a los reproches que sin duda le haría otra vez su esposa y dispuesto a proceder con mano firme. Demoró poco en estar nuevamente en su habitación, y cuando se disponía a recibir el grito insultante, fino e hiriente, de Elvira, la vió que colocaba una flor en un florerito que hasta entonces había permanecido vacío, de simple adorno, sobre la mesita de luz que pertenecía a Luis. Además, ahí estaba Elvira sofocada por el llanto, como en una solemne imploración de perdón... La escena lo emocionó. De pie en la puerta de su dormitorio, sin encontrar la palabra o la frase adecuada para hacerse notar, temblábanle las piernas y algo molesto le hacía latir la garganta. Al fin, quizás a su pesar porque en un momento de serenidad lo habría considerado deprimente, atinó a decir:

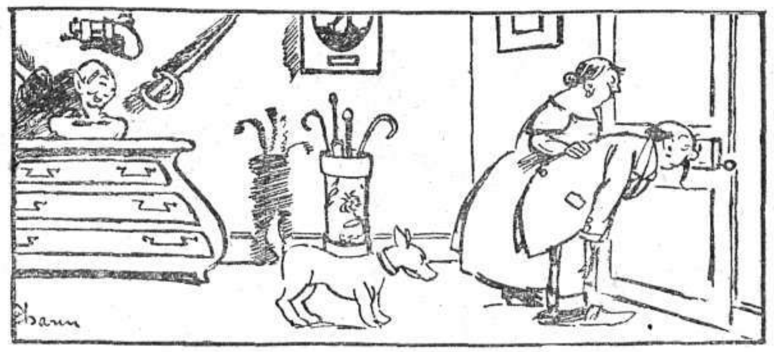
—¡Elvira... sí... tendrás eso!

La transición que experimentó ella fué espontánea. En rápido movimiento dióse vuelta y corrió hacia Gurmendi, con los brazos abiertos, gozosa, con el corazón a flor de labios... Y cuando lo tuvo en sus brazos y lo hubo cubierto de besos, díjole un poco libre ya de la emoción:

—¡Ah, viniste! Bueno, bueno, Luis; ya no quiero nada de eso... Te quiero a ti sólo, y que este primer resentimiento sea también el último... ¿eh? ¡Viniste! ¡Ah, querido Luis!...



El marido furioso. — ¡Vestidos! ¡Vestidos! ¡Sólo piensas en vestidos y siempre sales a medio vestir!



—¡No traen ningún paquete!
—¡Entonces no abras!

Necrología





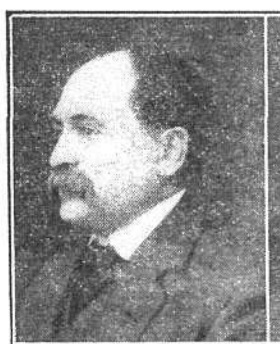

Señora Catalina F. Refancore. — Capital.

Señora Rosina Pandolfo de Aragone. — San Isidro.

Señora María Elena Sozzi de González. — 9 de Julio.

Señora María M. de Di Lalla. — Navarro.






Señora Graciana Espil de Borda. — Navarro.

Manuelito González. — 9 de Julio.

Señor Vicente Quarterolo. — Lanús.

Señor Heriberto Trejo. — Capital.



Use

TACOS de GOMA
GOODYEAR

Si usted aplica Tacos de Goma Goodyear a sus zapatos, puede estar seguro que obtendrá de ellos confort, duración y economía.

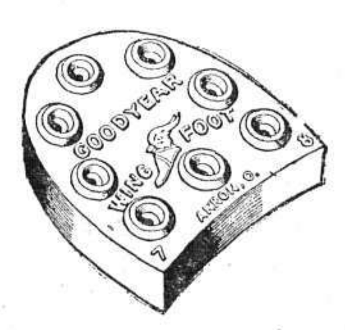
Dan confort porque absorben las vibraciones al caminar.

Duran porque están hechos de goma firme y tenaz, lo que los hace económicos.

En todos los tamaños para hombre.

Negro y Marrón.

TACOS de GOMA
GOODYEAR



RELOJES LONGINES

¡Vendemos a precios más bajos que nadie!

LONGINES DE PLATA 3 TAPAS **$ 38**

ANILLO de oro Fix, 18 kilates, a $ 8.—

Oro 18 k. Oro 18 k.

PULSERA-RELOJ oro 18 k., cinta moiré, por sólo $ 28.—

PRECIOSOS aros de oro sobre plata, nácar y azabache, por sólo pesos......... 3.50

AROS de moda, galalit, con camafeo, el par pesos 2.50

ELEGANTES aros imitación platino con camafeo, el par...... $ 3.90

ANILLO platinit con hematite, a.... $ 2.—

AROS de moda, estilo antiguo, el par pesos...... 5.—

COLLARCITO con portarretrato de oro garantido, a...... $ 10.—
El mismo, enchapado en oro, a pesos....... 3.90

AROS fantasía, nácar y simili el par, pesos 3.50

CORRESPONDENCIA Y PEDIDOS A:

CASA MATUCCI

Avenida de Mayo, 1062 — Buenos Aires

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

De Mendoza



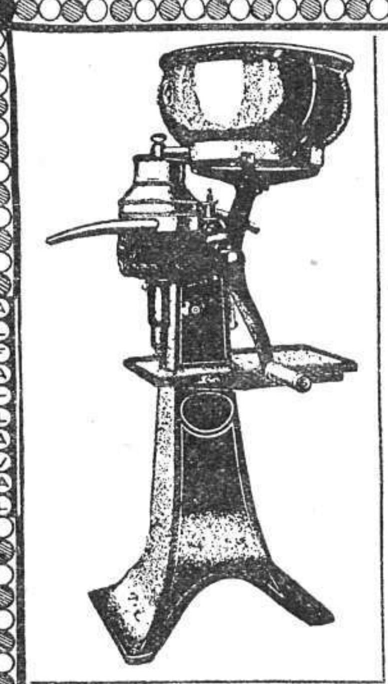
El personal de Correos y Telégrafos que ofreció una demostración de aprecio al nuevo jefe de esa repartición.

De José Vasconcelos.

Yo considero que el patriotismo nacional corresponde al período burgués de la civilización. Son organizaciones políticas formadas para defender intereses materiales en la mayor parte de los casos; todos los economistas están de acuerdo en que el fenómeno de la repartición de estos países en nacionalidades, cuando se separaron de España, obedeció a razones económicas y geográficas. Pero las razones económicas y geográficas son razones inferiores a las espituales. Ya Bolívar dijo, adelantándose a todas las objeciones, que la ciencia y la geografía iban a oponerse durante un siglo a la unión de estos países; ya el gran genio, superior al criterio de los hombres de ciencia y prácticos, dijo (no recuerdo exactamente las palabras) que si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y la venceremos porque esa es la misión del espíritu, reformar la rutina, transformar el medio, modificar las condiciones morales de la vida humana. Por eso es condenable la tesis científica que quiere que el hombre sea un producto del medio y del ambiente; no señor: debe cambiar el medio y poner su ideal por encima de las condiciones terrestres de la vida.

El mundo moderno no ha hecho más que substituir las monarquías por grupos poderosos que siguen teniendo un predominio y un privilegio sobre las masas de la población. Esta estructura es muy cómoda dentro del nacionalismo; pero a medida que esta situación se transforma en todo el mundo, a medida que las masas, por su educación, van conquistando derechos, y el valor del hombre se va haciendo más fuerte ante la comunidad, es natural que se vaya modificando el concepto social del nacionalismo y del patriotismo, de suerte que el movimiento por la intensificación del sentimiento de la raza tiene que acentuarse a medida que una sociedad dé mayor bienestar a la mayoría de su población.

ALFA-LAVAL



ALFA-LAVAL

Desnatadoras y Máquinas de Ordeñar

Instalaciones completas para Cremerías y Granjas.

Instalaciones para la elaboración de Caseína, etc.

SOLICITEN DATOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Ltda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

Sucursal en el Uruguay: URUGUAY, 986 — Montevideo.

ALFA-LAVAL



En 3 minutos un vestido nuevo

¿Cómo? Comprando un paquete de la maravillosa

ANILINA ALEMANA

VENUS

EXIJASE



ESTA MARCA

única en el mundo que tiñe instantáneamente toda clase de géneros, seda, lana, algodón, sin dañar las telas por finas y delicadas que sean. No mancha las manos ni los utensilios. Es la única que da los colores más firmes y brillantes. Es la más sencilla, la más económica y la más segura de cuantas se conocen.

SOLICITE POR CARTA MUESTRAS GRATIS

Se las remitiremos a vuelta de correo.

20 COLORES	Castaño obscuro	Kaki
Negro	Castaño claro	Naranja
Azul marino	Gris perla	Vert-gris obscuro
Violeta	Amarillo	Bleu
Lila	Rosa viejo	Azul celeste
Verde obscuro	Rosa pálido	Colorado
Verde claro	Punzó	Vicuña

PRECIO DEL PAQUETE: $ 0.80

CODINA & Cia. — Tacuarí, 24 — Buenos Aires

Unión Telefónica 5850, Libertad.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

CONSTRUCCIÓN DE UN ONDÁMETRO

Como puede deducirse de su nombre, el ondámetro es un implemento eléctrico que nos permite medir las ondas electromagnéticas.

Sabemos que las oscilaciones de alta frecuencia que dan origen a las ondas electromagnéticas tienen lugar en un circuito oscilante constituído por una self y un condensador.

La relación que existe entre el valor de la self y la del condensador es la que permite obtener una frecuencia oscilatoria determinada.

Sabemos que la velocidad de propagación de las ondas es de 300.000 kilómetros por segundo. Luego la longitud de onda es el resultado de dividir 300.000.000 de metros por el número de frecuencias por segundo.

De manera que si la longitud de onda está en relación con la frecuencia del circuíto oscilante, variando el valor de la self o de la capacidad, se puede obtener cualquier longitud de onda.

Las longitudes de onda que pueden interesar al aficionado están comprendidas entre 140 y 500 metros, longitudes que corresponden a una frecuencia de 2.142.600 a 600.000 períodos por segundo, de manera que el ondámetro debe contar un circuito oscilante que permita obtener esas frecuencias por medio de las variaciones de una de sus características.

Como estas variaciones deben ser progresivas, para poder determinar fácilmente todas las longitudes de onda comprendidas entre los dos límites que hemos señalado, se varía la capacidad, que está constituída por un condensador variable de hojas y dialéctrico aire.

Se calcula entonces una self que permita obtener con el mínimo de capacidad del condensador la onda mínima, o sea 140 metros, y con cuya capacidad máxima permita alcanzar la onda máxima, en este caso de 500 metros.

Un ondámetro tiene varios empleos, pero los más importantes son: la medición de la onda de un transmisor y la de un receptor.

Como este último empleo es el que más interesa al aficionado, para poder determinar la onda del transmisor que se está escuchando el ondámetro que se podrá construir con las siguientes indicaciones se utilizará para este fin.

Sabemos que al sintonizar el receptor para escuchar una transmisión ponemos el circuito de antena del receptor en resonancia con la onda del transmisor, es decir, por medio de variaciones de la self de antena y del condensador, hacemos que la frecuencia del circuito oscilante de antena y del receptor sea igual a la del transmisor que estamos escuchando.

Luego todo trabajo se reduce a medir la frecuencia de ese circuito oscilante del receptor, y el mejor sistema sería poseer un transmisor de poca potencia cuyo circuito oscilante, por medio de las variaciones de la capacidad, pondremos en resonancia con el receptor, pudiendo apreciar el momento justo en que éste se produce al oir un sonido fuerte en los teléfonos, que alcanza el máximo de intensidad para la resonancia.

Habiendo calibrado de antemano el transmisor nos bastaría conocer los grados de desplazamiento de la armadura del condensador para saber inmediatamente la longitud de onda que corresponde.

En esencia un ondámetro es un pequeño transmisor constituído por un circuito oscilante y un dispositivo que excite ese circuito para que dé origen a ondas electromagnéticas, obteniéndose la excitación por medio de una chispa que debe producirse con una frecuencia audible.

Nada se presta mejor para este fin que un interuptor eléctrico semejante al de una campanilla. La chispa que se produce al interrumpirse la corriente es lo suficientemente enérgica para que el circuito se excite, y oscilando a una frecuencia que corresponde a la relación que existe entre la capacidad y la self, obteniéndose la onda deseada.

Como el interruptor de campanilla produce muy pocas interrupciones por segundo, se oirá en el teléfono un sonido muy ronco, fácilmente confundible, de manera que conviene adquirir un vibrador o buzzer especial para este fin, que permite obtener un elevado número de interrupciones por segundo, de manera que la nota que se oirá en el teléfono será aguda y fácil de distinguir.

Además de la construcción, el ondámetro requiere ser calibrado, para lo cual debe compararse con otro, pero como no se tienen a mano fácilmente, se dan a continuación las ondas que corresponden a los grados de desplazamiento del condensador, siempre que se use una bobina exactamente igual a la que se describe y que el condensador sea un Murdock número 368, de 23 placas.

BUZZER

La bobina medirá 16,25 centímetros de diámetro (6 ½ pulgadas) y contará 22 vueltas de alambre de cobre aislado con seda, de 1,3 milímetros de diámetro.

Grados de desplazamiento	Longitud de onda
0	140
10	160
20	195
30	235
40	260
60	300
80	340
100	365
120	400
140	440
160	470
180	500

El buzzer se conecta como se indica en el esquema, empleándose una pila, para linterna de bolsillo de 4 volts, para su funcionamiento, disponiendo una llave para abrir el circuito cuando no se necesite.

Cuando se desea medir una onda, se sintoniza perfectamente con el receptor al transmisor, se desconecta antena y tierra y se cierra el circuito del buzzer haciéndolo vibrar.

Se varía lentamente la capacidad hasta que se oiga en los teléfonos con el máximo de intensidad las interrupciones del buzzer, y consultando la tabla adjunta se sabrá la longitud de onda que corresponde a los grados de desplazamiento del condensador.

Es importante que el punto cero corresponda a la capacidad mínima del condensador, es decir, cuando la armadura móvil está completamente afuera de la fija.

En el Radio Club Argentino se encuentra un ondámetro, donación de uno de los socios, a disposición de todos los asociados, por medio del cual se podrá calibrar perfectamente el ondámetro construído.





Es éste un precepto de alto valor higiénico, que desearíamos que todas las madres tuvieran presente al preparar el alimento para sus hijitos.

Porque está probado científicamente que asociando la leche de vaca con la ***"Germinase"***, se combina un alimento de gran valor nutritivo, más digerible y mayormente aprovechable que el insubstancial te o café con leche, que empobrecen la leche que deben ingerir los pequeñuelos.



De venta en Farmacias y Casas de Alimentación.

RADIOTELEFONIA

ACCESORIOS GENERALES PARA LA CONSTRUCCION DE APARATOS



REOSTATOS Bakelite	$ 3.20
Diales 1 ½" »	» 1.50
Id. 3" »	» 2.20
Id. 4" »	» 4.30



Variómetros de Bakelite	$ 13.—
Id. de Madera	» 5.70
Vario coupler Bakelite	» 13.50
Id. id. Madera	» 3.50

Solicite nuestros precios del día.
LOS MAS EQUITATIVOS.

B. MAGDALENA - Maipú, 669. Bs. As.

HEMORROIDES

CURA RADICAL con el "ACEITE EXELSO"

Aprobado por el C. N. de HIGIENE.

Aplicación sencilla e higiénica. Solicítelo en las buenas farmacias.

AGENTES GENERALES:
C. Codina, Dalmau & Cía.
Rioja, 1748
ROSARIO



Los Teléfonos "BROWN"

para Radiotelefonía son los mejores.

Su sensibilidad es superior a la de cualquier otro teléfono. **Prueba de sus buenos resultados son los miles de ellos que hay en uso en el mundo entero.**



Teléfono BROWN Tipo D.
4.000 ohms
$ 51.30

La enorme demanda de material radiotelefónico ha dado un gran impulso a la fabricación. La tendencia general ha sido sacrificar la calidad a la cantidad a fin de poder satisfacer los pedidos. Durante el período actual de enorme demanda la casa S. G. Brown Ltd. ha rehusado sacrificar la alta calidad de sus productos aun a riesgo de demorar ocasionalmente la ejecución de los pedidos. Por esto la envidiable reputación del nombre B R O W N se ha afianzado aun más, y continúa siendo reconocido por los aficionados y profesionales del mundo entero como la mejor garantía sobre los aparatos que lo lleven grabado.

GUERRERO & GACHE

Unicos distribuidores para la Argentina

ESMERALDA, 455. (U. T. 7206, Av.). BUENOS AIRES

RIVADAVIA—Concurrentes al picnic organizado por el señor José Barrasa, director de la escuela nacional N.º 21, festejando el nuevo año, y al cual asistieron las más destacadas familias de esta localidad.



PUENTE DEL INCA. — El senador doctor José A. Núñez con algunos miembros de su familia y amigos en Puente del Inca, descansando de su intensa tarea legislativa.

¡Venza Sus Debilidades!



STRONGFORT
EL HOMBRE PERFECTO.

¿Qué clase de hombre es usted? ¿Es usted lo que se llama un modelo en sangre fuerte, saludable, vigorosa y limpia, que rebosa vitalidad y condiciones viriles? ¿Es usted de los hombres débiles que pasan su vida en constante queja, una apariencia de verdadero hombre, que sufre de Catarro, Estreñimiento de Vientre, Indigestión, agobiado por el Reumatismo, Hernia, Debilidad Espinal, Pecho Plano, Cargado de Espalda, Pies Planos, víctima de Nerviosidad, Enfermedades Venéreas, Errores Juveniles y Agotamiento Vital producido por los Excesos?

No importa cuál es su estado ni qué lo ha producido, puede usted desterrar sus dolencias, restaurar su Poder Debilitado y Virilidad y hacerse apto para el Matrimonio y la Paternidad por medio del STRONGFORTISM, la Ciencia Moderna para Promover la Salud. Yo se lo garantizo.

Indique los padecimientos sobre los cuales desea información especial y confidencial y envíeme esa indicación junto con veinte centavos para ayudar a pagar los gastos de franqueo, etc., de mi libro, **"Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental"**. Es un reconstructor de hombres y un salvador de vidas. Envíe por él **ahora mismo. Hoy.**

LIONEL STRONGFORT

Especialista en Perfección Física y Salud

1071 Strongfort Institute   Newark, New Jersey, E. U. de A.

——— Corte y envíe por correo este cupón ———

CUPON DE CONSULTA GRATIS

Mr. Lionel Strongfort, 1071 Strongfort Institute, Newark, N. J., E. U. de A. Tenga la bondad de enviarme su libro. **"Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental"**, *para cuyo porte incluyo 20 centavos.* He colocado una X delante de las materias en las cuales estoy interesado.

..Resfriados	..Barros	..Gastritis
..Catarros	..Delgadez	..Caída del cabello
..Asma	..Insomnio	..Vista débil
..Romadizo	..Pies planos	..Mala circulación
..Dolor de cabeza	..Desórdenes estomacales	..Corazón débil
..Hernia	..Estreñimiento	..Desórdenes de la piel
..Lumbago	..Indigestión	..Decaimiento
..Neuritis	..Nerviosidad	..Hombros redondeados
..Neuralgia	..Obesidad	..Espalda débil
..Tórax plano	..Sangre pobre	..Corto de respir.
..Deformidad (descríbase)	..Mala memoria	..Molestia pulmonar
..Felicidad matr.	..Debilidad	..Anemia
..Desórdenes femeninos	..Pérdidas vitales	..Gran fuerza
..Parto feliz	..Errores juveniles	..Desarrollo muscular
..Hijos saludables	..Hábitos secretos	
..Aumento de talla	..Reumatismo	
	..Bilis	

Nombre...

Edad.................Ocupación.........................

Calle...

Ciudad.................Estado.........................

GRAMOFONO "SPORT"

Se remite, con 6 piezas y 200 púas, a cualquier punto de la República



POR SOLO $28.—

LIBRE DE TODO GASTO.

Caja 32 ½ × 27 × 17 ctms., de metal charolado de muy buen efecto de sonoridad.

Pedidos a **CASA CHICA de A. Ward**

CALLE SALTA N.º 674-676   BUENOS AIRES

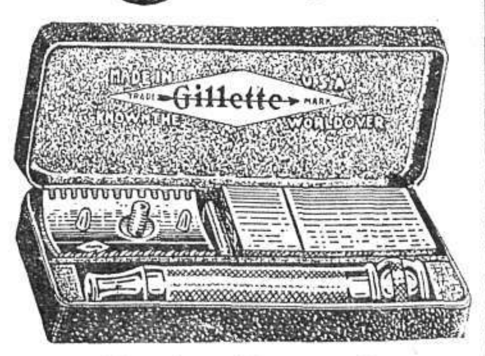
CATALOGOS Y FOLLETOS ILUSTRADOS GRATIS.

Ponemos en conocimiento del público que por el precio de

$ 6.— m/n

hemos puesto a la venta otro estilo de la afamada navaja de seguridad

Gillette



Estilo "Beacon"

Este tipo de navaja desmontable, a la que acompaña un estuche para guardar las hojas — la que contiene una — es *todo de metal dorado*, y viene dentro de una caja forrada con imitación cuero y su interior con terciopelo, siendo uno de los estilos económicos que fabrica la GILLETTE SAFETY RAZOR Co., a efecto de poner al alcance de todos las afamadas máquinas de su fabricación.

Este modelo está en venta en todas las Armerías, Cuchillerías, etc., de la República.

Sólo podemos garantizar resultados satisfactorios usando las hojas GILLETTE legítimas con las máquinas GILLETTE legítimas, las cuales llevan esta marca



Invitamos a usted a visitar nuestra EXPOSICION GILLETTE, Moreno, 562, donde podrá examinar los diferentes estilos de máquinas, y obtener del experto personal con que cuenta todas las explicaciones y detalles necesarios.

Si no puede conseguir las máquinas ni las hojas, escriba inmediatamente a los

UNICOS IMPORTADORES:

DONNELL & PALMER

554, Moreno, 572   Buenos Aires

o a sus Agentes en el Interior.

Rosario: FLANAGAN Hnos. & Cía., Sarmiento, 538.
Córdoba: REY & Cía., Deán Funes, 55.
Paraná: GUILLEM Hnos. & Cía., Chile, 144.
Tucumán: M. PEREZ OTERO, 24 Septiembre, 790.
Mendoza: A. SIERRA RANCHER, Rioja, 1866.
Pergamino: LUIS M. JAUREGUY, 9 de Julio, 943.



TRIGO PARA SECANO

Hemos tratado en artículos anteriores del cultivo de secano, y vulgarizado los procedimientos en que se funda, así como de los resultados que con ellos se obtienen; para completar la referencia, queremos hoy recordar un asunto importante y fundamental, esto es indicar cuáles son las variedades de trigo más adecuadas para las zonas áridas.

Y a este respecto las variedades americanas del norte, algunas de las cuales han sido ensayadas entre nosotros con éxito, pueden ser desde luego recomendables.

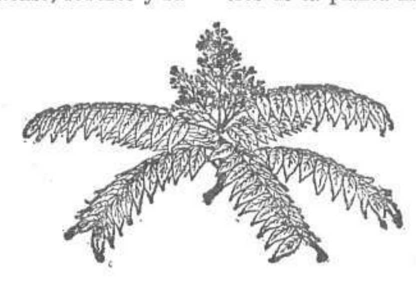
Entre las variedades de trigo tierno, sin aristas, de invierno, recordamos el Sonora, de paja amarilla, algo rojiza, espiga amarilla y grano ídem; el Defiance, de paja blanca, de grano amarillo, rústico, productivo, resistente al vuelco; el Little Club, de paja baja, fuerte, y grano amarillo o colorado, rústico, resistente a las sequías y adaptable para siembra tardía. Entre los trigos tiernos, con barba y de invierno, el Red Russian es muy apreciado, de paja rojiza, grano colorado, muy rústico y resistente a las sequías.

En la categoría de los trigos duros o semiduros debemos señalar el *Turckey*, de paja no muy alta, fuerte, espiga amarilla, grano duro, casi córneo; macolla bastante, no vuelca y no desgrana; resiste al polvillo, a las sequías y a las neblinas. En la Pampa y Santiago del Estero demostró excelentes condiciones de adaptación, obteniéndose rendimientos entre 2.000 y 2.500 kilogramos por hectárea, con 80 kilogramos el hectolitro, con escasas precipitaciones pluviales. El *Kubancka*, de paja fuerte y resistente al vuelco, no muy alta, macolla bastante; espiga de regular tamaño, no desgrana; granos semiduros; resiste al polvillo, a las neblinas y sequías; en el territorio y provincia mencionados dió entre 3.500 y 4.000 kilogramos por hectárea, con un peso de 81 ½ kilogramos el hectolitro. Y, en fin, el *Marquis*, sin barba, de primavera, para siembra tardía entre nosotros, de paja fuerte, rústico, resistente al polvillo, al vuelco y a las sequías; de grano semiduro, bien desarrollado; en Norte América ha dado hasta 50 quintales por hectárea; en la Pampa casi 30 y en Santiago del Estero más de 25, con un peso de 81 ½ kilogramos el hectolitro. Este trigo es un híbrido obtenido por el profesor Saunder, de la Estación Experimental de Ottawa (Canadá); en los últimos congresos del Dry Farming de Estados Unidos de Norte América le fué asignado el primer premio de 3.000 dólares. Es el favorito del cultivo de secano; por esto debería extenderse también entre nosotros.

PLANTAS FORESTALES: EL ÁRBOL DEL CIELO

Este árbol (*Ailantus glandulosa*), originario de China, muy difundido en Europa y también en la Argentina, se adapta a todas las tierras aunque pobres y áridas, si bien prefiere las sueltas y profundas; viene bien en todos los climas y resiste bastante a las heladas y sequías; por su sistema radicular extenso, robusto y superficial, se presta también para consolidar terrenos medanosos y movedizos.

Se reproduce por semilla, por retoños y por estaca; por el primer método se siembran las semillas en almácigo, en otoño, porque con frecuencia son estériles y su facultad germinativa dura un año o dos apenas; su germinación es lenta, pues tiene lugar en la primavera siguiente, y si se siembran en esta época tardan dos meses en salir las plantitas, las que una vez nacidas crecen rápidamente; a los seis meses llegan a un metro y más de altura.



Rama florida de ailanto.

Por estaca puede multiplicarse también de la misma manera empleada para el sauce o el álamo; pero el modo más usual y rápido es por retoño, que crecen numerosos y fuertes al pie; se plantan éstos con sus raíces en vivero, o bien directamente en su lugar, llegando ya en el primer año a dos y tres metros de altura.

El desarrollo de sus raíces y su facultad exagerada de criar retoños hasta una distancia de cincuenta metros de la planta madre hacen que se críen en torno de ésta un sinnúmero de plantas, formando a veces pequeños matorrales o bosquecillos; por esto mismo suele considerarse al árbol del cielo como planta invasora, adjudicándosele carácter de plaga.

Es de muy rápido crecimiento y puede alcanzar hasta una altura de treinta metros, y cuatro a cinco de circunferencia; por su amplio y hermoso follaje es muy adecuado para sombra en estancias y avenidas; por su rusticidad, fácil y rápido crecimiento es conveniente su cultivo para suelos pobres, donde otras especies no resultan; su madera es bastante dura, lustrosa, no se raja, es de mucha duración y empléase en carpintería y construcciones. En fin, cuidando de que no se extienda en exceso y no invada el terreno, es un árbol conveniente y recomendable.

EXPOSICIÓN DE TRIGOS Y ANEXOS

Por iniciativa del Ministerio de Agricultura se efectuará del 5 al 13 de mayo próximo, en un pabellón de la Sociedad Rural Argentina en Palermo, una exposición de trigos y anexos, que comprenderá seis secciones: los trigos, en espiga y granos, que provienen del Concurso Nacional de Trigos que se viene realizando; máquinas y aparatos para la limpieza y clasificación de las semillas y procedimientos para curarlas contra la caries; máquinas pequeñas para molienda, adecuadas para chacras o granjas; aparatos y máquinas para la fabricación del pan, amasadoras, hornos y levaduras; sembradoras a mano o a tracción animal, y estudios, monografías, gráficos, investigaciones y experiencias relativas al trigo en la Argentina.

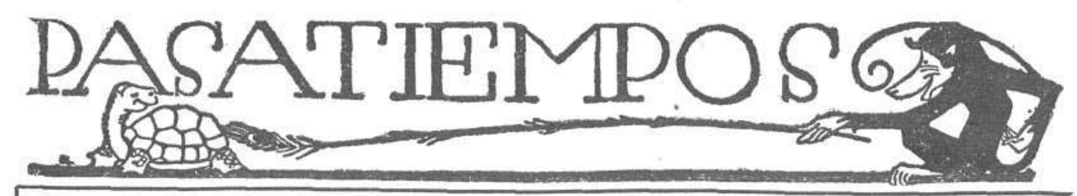
Es la primera vez que se organiza un conjunto de esta clase, y su exhibición, prescindiendo de la importancia y resultados, ha de ser sumamente interesante, pues refiérese a un artículo que es la base de la alimentación humana, el pan nuestro de cada día, y que en el cuadro de nuestra producción agrícola ocupa el primer lugar por su extensión cultivada y valor comercial.

Y más que interesante, sugestiva en alto grado ha de resultar esta exposición, porque es propósito de sus organizadores que cada máquina o instalación se presente en pleno funcionamiento; así, las aventadoras y clasificadores, limpiando y clasificando la semilla; los molinos, triturando y reduciendo el trigo a harina; y en los hornos veremos la modesta chacarera amasar la harina y cocer el bendito pan casero, sabroso y alimenticio como el que más.

Auguramos y descontamos desde ya, para este torneo, el más lisonjero de los éxitos.

HUGO MIATELLO

ING. AGRÓN.



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE DE 1922.

Número 1262. — Número 1: Entre col y col lechuga; 2: Al pie de la letra; 3: Sin resollar; 4: Esparta; 5: Ojos que no ven, corazón que no siente; 6: Sodio, oídos; 7: Re, gula, rizar (regularizar).

Número 1263. — Número 1: Sindicato; 2: Antesala; 3: El fin corona la obra; 4: Mitre; 5: Pasa, tiempo, sapo, popa (pasatiempo); 6: Mendoza, moneda, mando, mona, amo, do, a; 7: Lo que se hizo fué «Ajustarle las cuentas»; 8: mano... palma, nada... o (paloma); 9: Celadora, lacerado; 10: En el *último tercio de la vida*; 11: Amargo llanto; 12: Tabaco, badana, conato; 13: Regata, gacela, tálamo; 14: En el pecado está la penitencia; 15: Gran Premio Nacional; 16: *Las tres gracias.*

Número 1265. — Número 1: Pantalla; 2: Parodia; 3: Anulado para el cómputo de soluciones únicamente por haber aparecido el grabado al revés; 4: Genaro, enero, rana, aro, re, o; 5: Estacionada; 6: Ave-María; 7: Enamorado; 8: Aparejo; 9: Anotadores; 10: Asalto; 11: Sea breve; 12: Pereyra; 13: Reptil, triple; 14: Baco, taco, taba (tabaco); 15: El trabajo y la sobriedad son las dos columnas de la salud.

Nota. — La serie de pasatiempos publicados en nuestro número 1265, llevó por error el cupón N.º 1264; siendo igualmente válido, desde el momento que en el número 1264 no apareció la sección respectiva.

RESULTADO DEL CONCURSO DE PASATIEMPOS CORRESPONDIENTE AL MES DE DICIEMBRE DE 1922.

Por colaboraciones. — Primer premio, señor Alcides Bonini, Morón, 3699, ciudad; segundo premio, señor Enrique Pranzetti, (seudónimo «Irene Q.»), Río Santiago (F. C. S.).

Por soluciones. — Primer premio, señor José Castro, Tacuarí, 1430, ciudad; segundo premio, señorita Adela S. R. de Baizán, Dorila (F. C. P.).

Nota. — Los premios pueden retirarse de la Administración cualquier día hábil, mediante la presentación de documentos de identidad. Cualquier tramitación en ese sentido debe ser tratada directamente con la Administración, ya sea por carta o personalmente.

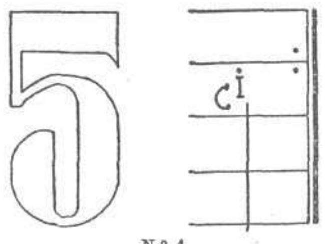
N.º 1
Frase interpretativa, por Julio Renart (Mendoza)



N.º 2
Intercalación, por Alberto Montalvo (La Plata)

GASE ANIMAL OSA

N.º 3
Jeroglífico, por Julio Renart (Mendoza)



N.º 4
Intercalación, por Alberto Montalvo (La Plata)

NAI × PE

N.º 5
Metátesis, por Alberto Montalvo (La Plata)

1 2 3 4 5 6 7 8 9 Verbo.
4 2 3 1 6 9 7 8 5 Verbo.

N.º 6
Combinación, por Alberto Montalvo (La Plata)

E D L O N T
1 3 2 2 3 1

A M S
4 1 2

Repetir las letras tantas veces como indican los números y combinarlas todas de manera que se lea un refrán.

N.º 7
Triple logogrifo-jeroglífico, por Alberto Montalvo (La Plata)

VERBO

1 4 3 2 5 6
3 2 6 1 4 5
5 4 6 3 2 1

N.º 8
Comprimido, por E. Glabe (Rosario)

500

N.º 9
Comprimido, por E. Glabe (Rosario)

A E I O ANIMAL

N.º 10
Comprimido, por E. Glabe (Rosario)

500 500 10,000 NOTA

N.º 11
Comprimido, por E. Glabe (Rosario)

R
NOMBRE DE MUJER

N.º 12
Comprimido, por E. Glabe (Rosario)

Nota Nombre de mujer Nombre de mujer

N.º 13
Comprimido, por «Héctor» (ciudad)

NOTA ARTICULO VERBO

CONCURSO DE PASATIEMPOS
FEBRERO DE 1923
CUPON N.º 1273

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Concurso de febrero. — Se reciben soluciones hasta el 10 de marzo inclusive.

De San Luis

SAN ROQUE. — Durante el almuerzo en el picnic organizado por los maestros de territorios, para estrechar vínculos con sos colegas de esta localidad.



Grupo de maestros que asistieron al picnic antedicho. Esta fiesta, que fué de franca y amena camaradería, dejó muy gratos recuerdos entre los asistentes.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACIÓN:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR:

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

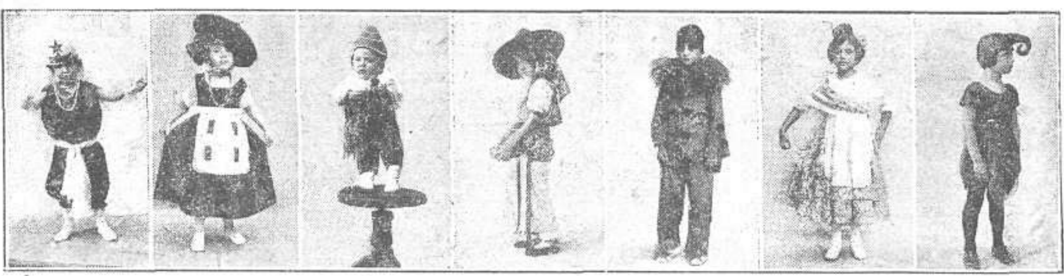
Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

Nuestros pequeños visitantes



Carmen Valls, de odalisca. — Amelia Greijomil, de portuguesa. — Nicolás Flores, de moro. — Chelita López, de danzarina. — Marcelo C. Rodríguez, de pierrot. — Rafaela Martel, de gitana. — Carlos Riolfi, de polichinela.








Arturo Aguiler, de farruco. — Juan C. Sosti, de baturro. — Aída Sosti, de choclo. — Elsa N. Mur, de princesa. — Irene Casabella, de reina. — Irene A. Delgado, de midinette. — Julietita Valls, de maja.








Catalina Nagmanzón, de internacional. — Nélida J. Giorgi, de campesina. — Mario Velázquez, de abisinio. — Aidée M. Nápoli, de polvera. — Hortensia M. Diana, de princesa. — Nélida Bottini, de hojas de rosa. — Lolita Salina, de billiken.









Zulema Arce, de florista. — Esther F. Arce, de Pompadour. — Isabel Rodríguez, de Pompadour. — Nilda E. Pérez, de paloma. — Emmy D. Roth, de caperucita. — Nélida Biancardi, de hojas verdes. — Zulema Sannelli de mirasol.








María Esther Senra, de maja. — Teresa Moirano, de bretona. — Aidée Marinelli, de maja. — Haydee E. Garriz, de fantasía. — Carlos J. Larrosa, de príncipe hindú. — Peregrina González, de bailarina. — Angela Leguizamón, de segadora.

Nuestros pequeños visitantes



María R. Benedetto, de noche.

Isabel N. Alvaro, de aguadora.

Eselcia Magnaghi, de águila.

Palmira Campese, de maja.

Vicenta Pastora, de reina de harem.



Agustín J. Valange, de fantasía.



José Conver, de apache, y Antonia Combache, de fantasía.



Francisco y Juan S. Serisola, de pierrots.



Elsa y Jorge Robañatti, de danzarina y pierrot.



Juan C. y José R. Vázquez, de apache y paisano.



Rosario Bachiller, de odalisca.



Inés Ferreyra, de india.



María y Beatriz Sauvrine, de reinas orientales.



Niñitas de Guindón, de bailarinas.



Camilo Feomini y Juana Polari, de gaucho y rosa.



Amalia y Alfredo Tomás, de gitana y payaso.



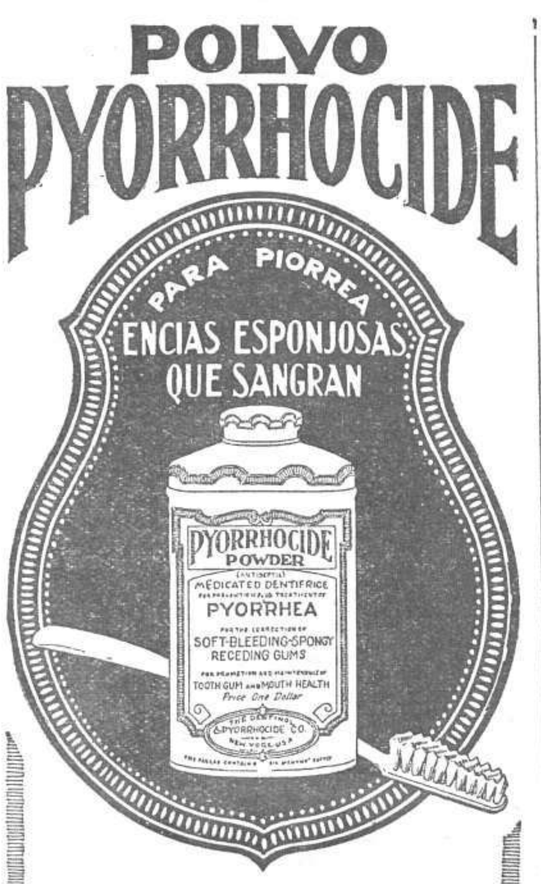
Alberto Encheverry, de pintor.



Nélida Robles y Oscar Montesano, de Pompadour y napolitana.

El nuevo jefe de 7.º Distrito postal y telegráfico, señor Pedro Arce Morán, con el personal subalterno.

POLVO PYORRHOCIDE



Si Vd. tiene piorrea lo conocerá por el estado de sus encías.

La piorrea es una infección de las encías. Afecta los dientes solamente en lo referente a la destrucción de su soporte. Si la enfermedad no es contrarrestada o corregida, los dientes pierden su firmeza y caen por la falta de sostén aunque el diente mismo esté sano y libre de caries.

Si sus encías sangran fácilmente al usar el cepillo
Si son blandas y esponjosas y han empezado a contraerse
Si sus dientes son sensibles al toque, Vd. es

UNA VICTIMA DE LA PIORREA

La clave para prevenir la piorrea consiste en mantener las encías duras. Estando en estas condiciones resisten el ataque de los gérmenes de la piorrea, mientras que las encías blandas facilitan la infección y por ende la destrucción del alveolo o sea la base que asegura la raíz de los dientes.

El polvo «PYORRHOCIDE» es un dentífrico medicinal indicado para la prevención y el tratamiento de la piorrea. Años de estudios en clínicas que se dedicaron exclusivamente a la investigación de la piorrea y su cura, dieron forma a este producto como el más eficaz para mantener las encías y la dentadura en perfecto estado higiénico.

El polvo «PYORRHOCIDE» es recetado por los dentistas más eminentes como el medio más eficaz de conservar los dientes blancos y limpios y las encías duras y firmes.

Mándenos el cupón acompañado de 10 centavos en estampillas de correo para remitirle gratis una muestra de polvo Pyorrhocide.

C. C. 2

Nombre..

Calle y N.º....................................

Localidad......................................

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

Unicos Agentes:	Fabricantes:
MAYON Lda.	The Dentinol & Pyorrhocide Co.
1245. Av. Mayo. 1257. Bs. As.	New York



El señor José Antonio, Villar López, Alienes, Lauria, España, dice lo siguiente: «Tengo sumo placer en escribir estas líneas, para hacer constar a Vds. mi gran agradecimiento por la cura completa que en mi caso han efectuado las Píldoras De Witt. Durante mucho tiempo padecí de enfermedad de los Riñones y Vejiga, y sentía ganas de orinar con gran frecuencia.
Sufría dolores terribles y nada parecía aliviarme hasta que por casualidad me decidí a tomar las Píldoras De Witt. Después de tomarlas durante tres días me sentí aliviado, mi orina cambió de color según Vds. declaran es uno de los resultados de sus Píldoras, quedando así probado que las Píldoras están limpiando los Riñones y la Vejiga; también pasé cierta materia cristalizada. Los dolores fueron disminuyendo de día en día, quedando ahora yo en un todo curado después de tomar solamente dos botellas de las Píldoras De Witt.
Doy a Vds. permiso que **hagan saber lo expuesto al público en general**, con el fin de habilitar a aquellas personas que padezcan de la misma enfermedad que yo, a que obtengan sin demora el único remedio eficaz.»

TESTIMONIO DE BUENOS AIRES

«Certifico por la presente que he sufrido durante diez años dolores de riñones y reumatismo crónico, que me obligaban a quedarme en cama durante muchos días. Me he visto obligada a recurrir a Médicos, quienes me dieron a tomar diferentes medicinas, sin embargo, todo esto no me causaba ninguna mejoría. Y por fin me decidí a hacer la prueba con las Píldoras De Witt, con las que después de quince días me encontraba completamente mejorada, habiendo desaparecido por completo mis dolores reumáticos y mis molestias de los Riñones.»

PILDORAS DE WITT

para los Riñones y la Vejiga

El Remedio incomparable para

Reumatismo	Cistitis
Lumbago	Piedra
Ciática	Gota
Cálculos	Dolor de Espalda
Debilidad de Espalda	Laxitud

Todas las formas de Trastornos de la Vejiga.

Se venden en todas las principales farmacias y droguerías al precio de $ 3.— el tamaño pequeño, y $ 5.— el tamaño grande; pero si usted tiene alguna dificultad en hallarlas, pídalas al depósito general:

E. C. de Witt & Co., Ltd., Casilla de Correo 1550, Buenos Aires.

Previo recibo de una estampilla por valor de 5 centavos, enviaremos porte pagado una muestra conteniendo cantidad liberal junto con un librito interesante.

Comentarios

— Alvear es muy correcto.
— Demasiado.
— En efecto.
¡Cualquiera se le anima
a hablarle en broma. ¡Se pondría fulo!
— Aquí debe uno andar con disimulo.
— A mí esta pantomima
de corrección y seriedad me apena.
— Y todos son lo mismo. Gente buena,
pero muy estirada.
— Es un fastidio.
¡Aquellos tiempos en que estaba Elpidio
sí que eran cosa linda!
— Hoy, al contrario,
pasa uno por grosero y ordinario.
No se puede, a esa gente que es tan sabia,
ni tratarla de che. ¡Me da una rabia!

* * *

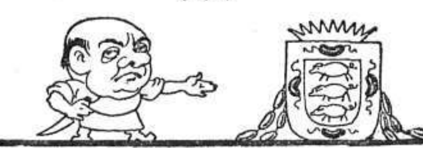


— No se te ve hace unos días.
¿Fuiste a Mar del Plata?
— Fuí.
Jugué, perdí, me volví.
Y, ahora, aquí hago economías
para regresar allí.
— ¿A perder?
— Es lo probable.
— Pues te debo declarar
que te he empezado a envidiar.
— ¿Qué me envidias?
— La admirable
virtud de economizar.

* * *

— Fumaba enormemente.
— Era una chimenea.
— Y actualmente
ver fumar a los otros no le agrada.
— Es una chimenea jubilada.

* * *



— ¡Ya soy caballero! —
gritó el salchichero. —
Y a un hombre entendido le voy a encargar
que pinte en mi escudo tres cerdos azules
y cuatro morcillas en campo de gules.
No quiero un escudo que sea vulgar.

* * *

Demostraron su alegría
con salvaje frenesí.
Y llegó el último día
y cantaban por ahí:
— A marcharse se deciden
y, gozosos al final,
los guarangos se despiden
hasta el otro carnaval.

* * *



Con la «Filosofía del reposo»
quiere hacerse famoso.
Como tiene una voz ingrata y bronca,
nadie le hace salir de su mutismo.
Pero se va a la cama, duerme y ronca.
Y eso vale algo más que un silogismo.

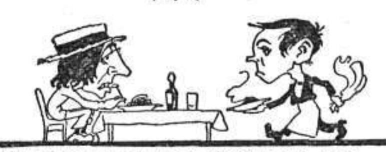
* * *

— Aunque no intenta exhibirse,
todos la buscan.
— ¡Qué suerte!
— Tiene el arte de aburrirse,
fingiendo que se divierte.

* * *

Noticia singular
que llama la atención:
Alvear quiere viajar
por toda la nación.
Y Elpidio dice:
— ¿Alvear
se marcha? No lo sé.
¿Querrá dejarme aquí?
¿La banda me pondré?
¿Realmente será así?
¿Vicepresidiré?

* * *



Con diez centavos se alimenta el vate,
pues suele ir a un fondín donde los mozos,
en platos de latón, le sirven trozos
de arpillera con salsa de tomate.
Satisfecho y tranquilo,
después suele escribir a la carrera
cualquier cosa y ¡oh dioses! en su estilo
aparecen los trozos de arpillera.

* * *

Soñó en imponerse un día
con sus salidas de tono.
— Sí; como yo suponía,
ser superhombre quería
y se quedó en supermono.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: Memorias de un amante perverso, por **Bernardo Esclair.** La locura de la abuelita, por **Rafael Ruiz López.** El pariente de Pacheco, por **Eugenio Julio Iglesias.** El viejo Quilques entre las fieras, por **Santiago Maciel.** Primeros premios en anuncios, por **Ramón Gómez de la Serna.** Ettore Ferrari, por **Itálicus.** Las esperanzas..., por **Félix B. Visillac.** Versos del lunes, por **Héctor Pedro Blomberg.** Simbólica, por **Damián P. Garat.** Marión, la divette, por **Kodak.** La hija de Huang Chow, por **Lax Kohmer.** La foca, por **Miguel Zamacois.** La zambullida del olvido, por **Eduardo Cecil.** La armadura, por **Prudencio Canitrot.** A medias, por **Mauricio Level.** Idilio y tragedia, por **Juana Manuela Gorriti.** Visiones del presidio de Sierra Chica, continuación, por **el Vizconde de Lascano Tegui.**